
LAANE SOUSA
RELATOS DE SECRETOS
DEVOTO

Devoto

Laane Sousa

Nota de la autora:

Comencé a desarrollar esta historia a principios del año pasado y, desde entonces, he realizado diversas modificaciones. Esta trilogía se sitúa en dos ciudades ficticias a principios de los años 90. La primera ciudad, Delfín, es una comunidad pequeña, mientras que la segunda, Belmonvilla, es una reinterpretación de Los Ángeles, California.

En el primer libro, la trama se desarrolla exclusivamente en Delfín.

Agradezco a los lectores por brindarme la oportunidad de compartir este viaje literario. Espero que disfruten de esta historia tanto como yo disfruté escribirla.

Aviso:

Esta narrativa aborda temas sensibles que podrían resultar perturbadores para algunos lectores. Incluye escenas de violencia con descripciones gráficas de sangre, así como escenas de contenido sexual explícito. Este relato está destinado a un público adulto y se recomienda únicamente para lectores mayores de 18 años.

Prólogo
[1990]

Paco soltó una risa estridente, con sus ojos maliciosos clavados en Ícaro, mientras lanzaba su comentario ácido:

— Carajo, Ícaro, echa un vistazo a esa porquería de Jesse Walsh. El tipo parece haber salido directo de un desfile de personas afectadas — se burló Paco, exagerando en los gestos afectados y riendo lo suficientemente fuerte como para llenar la casa vacía con su sarcasmo.

En ese momento, los dos amigos estaban aislados, sumidos en el típico aburrimiento adolescente que irrita más allá de lo necesario. Ícaro, por otro lado, mantuvo una expresión impasible, con sus ojos perdidos en el vacío mientras el humo del cigarrillo se dispersaba en el aire como un desprecio ambulante.

"Pesadilla en Elm Street 2" se reproducía en la televisión de fondo, irónicamente haciendo eco de la tensión cada vez más palpable entre ellos.

— Jesse Walsh, el virgen de mierda — continuó Paco con un aire de desprecio, elevando el tono de su voz para asegurarse de que Ícaro escuchara. — Jesse Walsh, el mariconcito a la moda... Y en cuanto a ti, Ícaro Ferreira de la Luz, no eres más que una mierda completa.

Finalmente, la paciencia de Ícaro se agotó, y lanzó una mirada fulminante a Paco. El silencio se apoderó del lugar por un momento, una sensación de nerviosismo recorriendo a Paco de pies a cabeza. Sin embargo, pronto amplió su sonrisa, riendo como si contara el chiste del año, todo en un intento por aliviar la tensión.

— ¿Qué diablos te tiene tan enfadado? — preguntó Paco.

Ícaro mantuvo su postura inquebrantable, con los ojos fijos en el cigarrillo entre sus dedos, su expresión ceñuda sin cambiar.

— La policía va a archivar la investigación sobre el caso de mi madre por falta de pruebas — dijo, su voz cargada de una rabia visceral.

Paco frunció el ceño; una expresión sombríamente preocupada se instaló en su rostro, sin tener la menor idea de cómo reconfortar a su amigo. Un denso silencio llenó la habitación, como una niebla de tensión a punto de romperse, y este silencio fue brutalmente desgarrado por un grito que estalló en la televisión. Ambos se volvieron instintivamente hacia la pantalla, pero pronto redirigieron su atención de nuevo el uno al otro, mientras Ícaro hablaba:

— ¿Cuál es la maldita cosa más asombrosa en las películas de terror?

— ¿senos grandes? — provocó Paco, una sonrisa irónica dibujándose en su rostro, una mueca exagerada retorciendo sus facciones.

Una risada amarga escapó de los labios de Ícaro, un breve destello de humor mórbido danzando en sus ojos mientras miraba intensamente a su amigo.

— El mal siempre regresa más fuerte para hacer una secuela — murmuró de manera siniestra, un brillo malévolo centelleando en sus ojos. Se hundió aún más en el sofá, deslizándose en dirección a Paco, sus palabras susurradas como una maldición siseante. — ¿No sería genial si nos convirtiéramos en el mal y cada vez fuéramos más fuertes?

La sugerencia de Ícaro golpeó a Paco como un puñetazo en el estómago en una pelea callejera oscura. Ya se había dado cuenta de que Ícaro se sumergía cada vez más en esas sombras de demonios, magia negra y sacrificios.

La resolución en los ojos de Ícaro era inquebrantable, como si hubiera esculpido su

propio destino sombrío con las palabras más profanas en su mente retorcida. Paco sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal, mientras se daba cuenta de que estaba a punto de ser arrastrado hacia algo mucho más siniestro de lo que jamás había imaginado.

— ¿Qué diablos estás tramando? — preguntó Paco, su preocupación evidente en cada contorno de su rostro.

— Ah, solamente imagínee — susurró Ícaro, una sonrisa maliciosa arrastrándose en su expresión. — Sacrificamos algunas almas, alegramos al demonio y, quién sabe, tal vez recibamos regalos a cambio. ¿No sería increíble?

La frialdad calculada de Ícaro dejó a Paco atónito, experimentando una sorprendente desconexión con el amigo que pensaba conocer. Pero una chispa salvaje de emoción capturó su atención. Era una perspectiva insana, pero la adrenalina pulsaba en las venas de Paco. Después de todo, la promesa de tal depravación era una tentación perversa.

— Esto es una maldita locura — exclamó Paco, sacudiendo la cabeza, aunque una risa áspera se escapó poco después. — No puedes estar hablando en serio.

— ¿Por qué diablos no? — preguntó Ícaro, encogiéndose de hombros en un gesto de indiferencia. — La gente de aquí es un fracaso, patética, destinada a morir en esta ciudad. Nosotros merecemos más, ¿no es así?

Sus ojos centelleaban con una determinación sombría, como si estuviera a punto de romper las cadenas que lo mantenían atado a la mediocridad de la vida cotidiana. Paco sintió un nudo en el estómago, una mezcla de inquietud y atracción por el peligro que Ícaro estaba proponiendo.

Sus ojos se posaron en la televisión, donde Freddy Krueger arrebataba otra vida, y se preguntó si la ficción estaba empezando a mezclarse con la realidad en la mente perturbada de Ícaro.

— Tienes que dejar esta porquería. Vamos a hacer algo más. Salimos por ahí, conocemos chicas, disfrutamos de la vida.

Ícaro soltó una risa cínica, apagando el cigarrillo en la mesa de centro y dejando una marca de quemadura en la madera. Paco torció la cara con disgusto.

— ¡Ey, idiota, no hagas esa porquería! ¡Mi madre me matará si ve eso!

Sin embargo, a Ícaro parecían importarle un comino las consecuencias y, sin retroceder ni un paso, pasó el brazo casualmente sobre el hombro de Paco. Los muslos de los chicos se presionaron, chocando en un contacto eléctricamente cargado, mientras Ícaro inclinaba la cabeza más cerca, haciendo que el corazón de Paco retumbara como un motor descontrolado. No tenía otra opción más que admitir la verdad: había un encanto maldito, casi imposible de resistir, en Ícaro.

Ícaro, con ese aire de badboy que lograba atraer a todas las chicas de la escuela a su alrededor, siempre había liderado el grupo en popularidad. En las primeras etapas de su amistad, Paco había luchado contra una envidia oscura hacia ese carisma.

El calor que emanaba del cuerpo de Ícaro envolvía a Paco, mientras el aroma del cigarrillo se entrelazaba con una sutil nota de colonia masculina y llegaba a sus fosas nasales. Era una mezcla extrañamente única, pero que ejercía un magnetismo extraño sobre Paco.

Sus ojos se fusionaban como los polos de un imán. En ese momento, el resto del mundo simplemente se desvanecía para Paco, como si estuviera entrando en un universo paralelo, donde solo él y Ícaro existían.

Paco estaba aturdido en ese momento con Ícaro, sepultado por un torbellino de emociones que, hasta entonces, nunca había sentido. Se encontraba preguntándose qué demonios

estaba sucediendo y por qué, demonios, estaba perdiendo el control de esa manera. Todo eso era un territorio extraño y desconocido, un laberinto confuso de sentimientos inéditos.

En cuanto a Ícaro, parecía estar sumergido hasta el cuello en esa trama. Tenía una idea precisa del juego que estaba jugando, sabiendo con una precisión diabólica cuánto estaba provocando a Paco, y parecía disfrutar del sabor amargo del placer que esa provocación proporcionaba. Una chispa maliciosa bailaba en sus ojos mientras observaba la reacción de Paco.

— ¿Qué opinas, Paco? — susurró Ícaro, su voz baja y ronca como el roce de hojas secas. — ¿Y si guardamos un secreto solo nuestro? Algo que solo nosotros dos compartiríamos.

Paco sintió que su corazón martillaba en el pecho, como los tambores de un ritual en el que no sabía que estaba a punto de ingresar. No estaba seguro de las intenciones exactas de Ícaro, pero la sugerencia estaba cargada de un atractivo seductor. La respiración de Ícaro, cálida y embriagadora, lavó la cara de Paco, enviando escalofríos eléctricos por su espina dorsal.

— ¿Qué tipo de secreto? — preguntó Paco, luchando por mantener su compostura, aunque una sensación de hormigueo de anticipación lo recorría.

Ícaro sonrió, y en sus ojos, Paco vislumbró un brillo traicionero, una chispa traviesa.

— Un secreto que nos involucre a ti y a mí, un secreto para ser guardado y enterrado, un pacto de silencio — murmuró él, las palabras dichas casi como un susurro prohibido.

Paco sintió un torbellino de sensaciones revolviendo su estómago, pero también percibió un imán que lo atraía hacia la propuesta de Ícaro. Siempre había existido ese deseo latente por él, una atracción compleja como un hilo tenue que ahora estaba siendo tirado con fuerza.

Miró fijamente a Ícaro, sus retinas capturando la seriedad del momento, y luego asintió lentamente.

— Está bien, cuenta conmigo. — respondió con un leve temblor en la voz, como una mariposa tímida acercándose a una llama ardiente.

La sonrisa de Ícaro se ensanchó, una mezcla de triunfo y desafío, y Paco sintió escalofríos recorrer su piel como la de un animal amenazado. No podía prever con claridad las profundidades de este abismo que estaba a punto de explorar, pero sabía, en lo más profundo de su ser, que se estaba entregando a Ícaro sin vacilación.

Capítulo 1
Paco

[1992]

Desperté intentando recordar lo sucedido la noche anterior. Estoy seguro de que fui a un bar gay en las afueras de la ciudad, pero los detalles de los acontecimientos me resultan confusos. Mi única certeza es que estuve involucrado con alguien llamado Pedro en el baño, y su olor a cigarrillo quedó impregnado en mí.

Observé a mi alrededor y noté que la habitación estaba hecha un desastre: ropa tirada en el suelo como trapos, vasos vacíos amontonados en la mesa, revistas arrojadas sin rumbo. Un fuerte olor a alcohol impregnaba el aire. Maldición.

Mi cabeza palpitaba a causa de la maldita resaca y no lograba recordar todos los detalles que me llevaron a ese bar, pero estaba seguro de que había ingerido una cantidad considerable de alcohol, lo cual no era poca cosa.

Mientras intentaba arreglarme de cualquier manera para enfrentar la escuela, me di cuenta de que ya no tenía control sobre mis movimientos, como si la resaca hubiera atado cuerdas a mis músculos. Cada movimiento requería un esfuerzo lento; parecía una maldita máquina con engranajes averiados y circuitos de mierda.

Me arrastré hasta el baño, casi bailando un vals torpe entre la ropa esparcida por el suelo. Cuando llegué allí, noté que el espejo estaba completamente empañado y tuve que limpiarlo con la mano antes de poder ver mi reflejo.

Mis ojos ardían, enrojecidos como una mierda, empapados y escocían, como si hubiera pasado toda la noche llorando por alguna maldita tragedia indescriptible. Me lavé la cara y me di dos cachetadas para intentar despertar, pero eso solo intensificó mi dolor de cabeza. Me reí, una risa casi desesperada, y finalmente arrojé la toalla, abrazando esa apariencia caótica como si fuera una bandera de aceptación de la derrota.

Las ropas, lanzadas sin importar un carajo en el suelo, fueron mis próximas víctimas. Agarré una por una, sin preocuparme mucho por los detalles. La camisa estaba completamente arrugada, como un papel que a nadie le importó, y los pantalones tenían manchas cuyo origen ni siquiera podía imaginar. Pero, no sé, parecía que el día iba mal en cuanto a la apariencia, así que desistí una vez más y me puse esas ropas desaliñadas.

Me puse los tenis de cualquier manera, con los cordones ondeando sueltos. La mochila estaba ahí, tirada en el suelo, olvidada. La agarré sin importarme mucho. Todo se estaba acomodando con esa maldita aura de desorden a mi alrededor, como si el mundo hubiera decidido echarme una mano, o al menos estar del lado de mi nula voluntad de organizar las cosas.

Todo esto porque estaba lidiando con una jodida resaca, algo que no venía solo del alcohol y sus mierdas. Era una resaca que afectaba mi moral, una sensación persistente en mi mente. La elección de frecuentar esos bares exclusivamente masculinos... Esto estaba dejando una marca profunda, una mancha desagradable en la forma en que me veía a mí mismo.

Los recuerdos borrosos con hombres extraños, la búsqueda de una conexión rápida... No era solo el mal sabor del alcohol pegado en mi boca, sino también el sabor amargo de la mierda de elección que seguía haciendo.

Me estaba culpando por dejarme arrastrar a este ciclo, por seguir el mismo camino sin importarme las mierdas que iban a suceder. La resaca moral no se iba tan fácil como la resaca física.

Bajé las escaleras lentamente, sintiendo un dolor de mierda en la cadera, un cruel recordatorio del encuentro con tal Pedro la noche anterior.

Yo sabía que aquello era arriesgado; los desconocidos generalmente no son muy amigables, al menos no los tipos de desconocidos que yo había conocido. Sin embargo, en ese momento, solo existía un deseo desenfrenado y no podía articular un "no". A pesar de todo lo que había aprendido en las clases sobre enfermedades de transmisión sexual.

Llegué a la cocina, donde sabía que encontraría café frío y añejo en la cafetera. Tomé una taza, mis manos temblaban un poco mientras vertía el líquido. El dolor en la cadera parecía intensificarse, casi como si fuera una advertencia constante de que las acciones que llevaba a cabo tenían consecuencias, no solo en mi mente, sino también en mi cuerpo.

Al apartar la mirada de la taza, noté una nota colorida en la nevera con la letra cuidada de mi madre.Con curiosidad, la tomé y leí sus palabras, las cuales trajeron claridad a mi confusión interna.

"Paco,

Esperamos que estés bien mientras disfrutamos de nuestra tercera luna de miel. Te pedimos que cuides la casa durante nuestra ausencia y evites causar desorden. No te preocupes, no nos olvidamos de ti; dejé mi tarjeta de crédito en la mesita de la sala. Úsala con responsabilidad.

Con cariño,

Mamá."

Sentimientos conflictivos me invadieron al leer esas palabras. Admiraba a mis padres como un modelo de amor y estabilidad, pero también llevaba el peso del secreto que ocultaba. La vida nocturna, las conexiones fugaces y la autodestrucción eran un universo desconocido para ellos.

Salí de casa sin mirar atrás. Los rayos del sol de la mañana me golpearon fuertemente, y parpadeé repetidamente para apartar el intenso brillo. Murmuré palabras de frustración debido a la persistente resaca. Alcancé mi jeep estacionado en el garaje y lancé mi mochila en el asiento trasero de cualquier manera, sin ninguna organización.

Cuando encendí el coche, pisé el acelerador y di marcha atrás bruscamente, casi golpeando la maldita caja del correo en la entrada del garaje. Tuve que maniobrar rápido para esquivar esa situación y seguir adelante. Pero, sinceramente, no le di mucha importancia a lo que había sucedido; simplemente seguí conduciendo. Después de todo, ya estaba retrasado para la clase y aún tenía que pasar por la casa de Ícaro para ir juntos a la escuela.

Estacioné el coche frente a su casa y pulsé repetidamente la bocina.

— ¡Vamos, Ícaro! — grité, mi voz sonaba estridente, pero una punzada pulsante en la cabeza me golpeó como una puñalada profunda. — Mierda...

La casa de Ícaro era más modesta, y sabía que no estaba pasando por una buena etapa desde que asesinaron a su madre. Observé a mi alrededor, notando el césped alto. Opté por no mencionarlo, limitándome a saludar cuando lo vi caminar lentamente y arrojar descuidadamente su mochila en el asiento trasero del coche.

— Tienes un aspecto terrible. ¿Al menos te has duchado?

Arranqué el motor y mi respuesta salió como un gruñido:

— Buenos días para ti también.

Era una fachada casual, una máscara para ocultar el verdadero terror del cansancio y de toda la mierda. Sabía que podía parecer un malhumorado, pero enfrentar la verdad era como mirar al abismo del infierno, y aún no estaba listo para eso.

— Salí anoche con una chica y bebí como un hijo de puta — mentí.

No tenía el valor para confesarle a Ícaro que había entrado en un maldito bar gay fuera de la ciudad. Mis dedos permanecían aferrados al volante, los ojos concentrados en la carretera en un intento desesperado de ahuyentar el dolor de cabeza, que martilleaba como un grupo de demonios en fiesta.

Ícaro, en cambio, pareció no importarle en absoluto, como si lo que acababa de decir no tuviera ninguna importancia. Se inclinó hacia el asiento trasero, agarrando la mochila con indiferencia. Su camiseta se levantó ligeramente, revelando un trozo de piel bronceada. Mi mirada fue inmediatamente atraída por la senda de vello que iba del ombligo hasta los vaqueros, y no pude evitar mirar por un momento.

Desde que me di cuenta de que me atraían los chicos, Ícaro siempre había sido protagonista de mis fantasías. No eran pocas las veces que fantaseé con él.

Lo imaginaba en un montón de posiciones. A veces era algo más animal, como follando con pasión, y otras veces era más suave, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Y siempre, joder, siempre gemía mi nombre, ese sonido me volvía loco, pidiendo más, como si nunca fuera suficiente. Cada imagen, cada sonido, cada fantasía en mi cabeza, me hundía en ese deseo como un adicto en busca de un trago más.

Al principio, me sentía culpable, pero ahora no me importaba tanto. Lo que quedaba era una maldita frustración, sabiendo que eso nunca iba a suceder, que siempre sería solo en la fantasía.

— Compré anoche — soltó Ícaro, sus palabras atrayéndome de vuelta a la realidad.

La mochila se abrió. La hoja del puñal brillaba, su filo parecía listo para cortar cualquier cosa.

— Este puñal fue muy caro — dijo Ícaro con una sonrisa que encajaba bien con la situación. — Pero nos traerá millones.

Las palabras sonaron como una predicción camuflada bajo una conversación casual. Era consciente de que esto no era simplemente un juego. Su plan creaba un potencial para el éxito o el desastre. Mientras Ícaro sonreía emocionado, un escalofrío recorrió mi espalda como una serpiente.

En realidad, no tenía la menor certeza. Ícaro siempre estuvo obsesionado con estas cosas sobre demonios y sacrificios, y juraba por todo lo alto que matar a seis personas, tres mujeres y tres hombres, era el boleto dorado para hacer realidad nuestros sueños. Aunque dudara de esa charla, haría cualquier cosa por Ícaro.

Y, de todos modos, poder hacer esto con él, a su lado, me emocionaba como una mierda.

— Vamos a escribir historia — dijo con una confianza que daba escalofríos.

— Vamos a convertirnos en un jodido éxito — completé.

Hay un montón de gente que pasa por la vida sin causar ni siquiera una pequeña vibración. Algunos tipos no llaman la atención, deambulan por ahí sin dejar nada de mierda atrás, y algunos ni siquiera encuentran la maldita felicidad. Mientras pensaba en eso, una sensación extraña se instaló en mi pecho, una mezcla de ansiedad y decisión. No se podía garantizar que encontraría la felicidad, pero al menos no sería un maldito aburrido y sin gracia.

— Vamos a salir de esta maldita ciudad — soltó Ícaro. De repente, su expresión se volvió fruncida.

Las oscilaciones de humor de Ícaro no me sorprendían por completo. Podía parecer tranquilo frente a todos, pero cuando estábamos solos, la máscara caía, y sus cambios bruscos eran tan evidentes como relámpagos en una noche oscura. Sobre todo, comprendía esa volatilidad suya, esa ira que se asemejaba a un volcán a punto de entrar en erupción sin ninguna válvula de escape.

Era evidente que Ícaro alimentaba un creciente odio hacia esta ciudad, un sentimiento que se intensificó aún más después del asesinato de su madre. Cada calle, cada esquina, todo recordaba su ausencia, y el hecho de que el asesino nunca hubiera sido encontrado lo volvía todo aún más sombrío.

— ¿Tienes un chupetón en el cuello? — soltó Ícaro, con el ceño fruncido, su expresión desapareciendo tan rápido como apareció. Extendió el dedo y lo apoyó en mi cuello, señalando exactamente dónde estaba la marca. — Aquí.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. En realidad, casi nunca nos tocábamos; siempre manteníamos una distancia como intocable. Era una danza cuidadosa, un ballet de espacios vacíos. La última vez que Ícaro me tocó así, de manera relajada, había sido casi hace dos años, en la misma noche en que me convenció de entrar en este plan.

En ese momento, me ilusioné pensando que ese gesto casual podría evolucionar hacia algo más grande, tal vez incluso un vínculo más profundo y físico. Sin embargo, los meses siguientes solo aumentaron la distancia entre nosotros. Vi las oportunidades escaparse como humo, mientras me consumía en la autocrítica y el desespero por haber alimentado esas ilusiones vacías. Busqué consuelo acostándome con desconocidos en bares sucios.

— Dije que me topé con una chica — comenté, tratando de disimular las mariposas que revoloteaban en mi estómago debido al contacto fugaz que duró menos de dos segundos. Diablos, pensé, ¿será que soy tan sensible? Sentí el calor de la vergüenza subir por mi cuello, las palabras saliendo de mi boca como un río sin freno. Tenía esta maldita costumbre de volverse más parlante cuando estaba nervioso, una reacción extraña y autosaboteadora que había perfeccionado con el tiempo.

— Maldición, sí, fue en ese bar nuevo en el centro — comencé, intentando suavizar la voz un poco temblorosa con una risa forzada. — Nos encontramos en la barra mientras pedía una cerveza, ella pagó por mí y después nos cruzamos en el baño — conté la versión a medias. Ícaro arqueó una ceja con una sonrisa pícara, como alguien que ya conoce toda la situación.

— Y ella estaba interesada en ti, ¿verdad?

Me rascé la nuca.

— Maldición, ni te imaginas. La chica mostró interés en mi estilo, pero era del tipo que se lía con cualquiera, ¿entiendes?

La realidad es que la persona en cuestión era un chico que se relacionaba con cualquiera, lo cual, siendo honesto, incluso resultaba conveniente para mí. Admito que también sentía atracción por las mujeres, pero ellas eran más complicadas; tenías que conquistarlas y sostener una buena conversación. Cuando solo quería olvidarlo todo, prefería relacionarme con chicos, quienes eran más directos, y muchos de ellos estaban casados, es decir, lo último que deseaban era que les llamara al día siguiente.

Finalmente, el jeep ingresó al estacionamiento de la escuela, donde las voces jóvenes llenaban el aire. Ícaro salió del coche rápidamente, y yo me quedé un segundo allí, simplemente observando a la gente con una expresión que denotaba indiferencia. Mis dedos se dirigieron al compartimiento de guantes y saqué un par de gafas de sol que abrí con un movimiento tranquilo. El mundo, visto a través de las lentes oscuras, se suavizó, y sabía que usar esas gafas era como

una provocación silenciosa a las reglas del director Pascual.

Continuamos caminando lado a lado hasta que divisé a Paloma en el pasillo y aceleré el paso en su dirección. Sus cabellos rubios estaban recogidos en una cola de caballo, y llevaba una falda a cuadros. Parecía concentrada, aplicándose lápiz labial frente al espejito que tenía dentro del armario. Aprovechando su distracción momentánea, decidí asustarla.

— ¡Paco, caramba! — se volteó rápidamente y me dio un golpe en el hombro. — Casi haces que borre mi lápiz labial, idiota.

Sonreí de lado y pasé el brazo por sus hombros. Ambos éramos como una pareja, pero no exactamente. No éramos novios de hecho, pero esa era la impresión que dábamos. Nuestros padres se conocían, y de vez en cuando nos quedábamos juntos. Creo que ella sabía que también salía con otras personas, pero nunca demostró que eso le molestara.

Según yo sabía, ella no salía con nadie más, pero claro, eso era solo lo que yo creía. Y si saliera con alguien más, no lo tomaría bien. No quería convertirme en motivo de burla en la escuela.

— ¿Y tú? ¿Cómo fue tu noche? — pregunté, curioso.

— Ah, nada especial — respondió ella encogiéndose de hombros. — Me quedé en casa viendo películas con mi papá. ¿Y la tuya?

— Mi noche fue bastante movida — respondí con una sonrisa maliciosa en el rostro.

Paloma rodó los ojos.

— Realmente no entiendo cómo puedes pasar toda la noche bebiendo. Prefiero quedarme en casa, gracias.

Solteé una risa.

— Cada uno tiene su manera de divertirse — dije, tomé a Paloma por la cintura y le di un beso suave en los labios.

Sus labios eran suaves y tentadores, y el sabor era una mezcla del lápiz labial recién aplicado y un toque sutil de menta. La verdad es que los besos entre nosotros nunca eran gran cosa, al menos en mi opinión. No eran malos, pero les faltaba esa chispa, ¿sabes? Y siempre era yo quien tenía que empezar. No es que ella me rechazara, pero parecía que cada maldito beso partía de mí. Era como si tuviéramos un acuerdo silencioso de seguir un guion y mantener las apariencias.

Tan pronto como detuve el beso, noté que Ícaro estaba relajadamente apoyado en el armario a nuestro lado, observándonos. Intercambiamos miradas llenas de significado.

— Hablando de diversión — comencé, lanzando una mirada sugestiva —, mis padres estarán fuera de la ciudad mañana por la noche. ¿Qué tal si vamos a mi casa?

Paloma levantó una ceja, sonriendo de manera intrigada.

— ¿Los dos solos? — preguntó ella. — No estoy segura de que sea una buena idea.

Amplié mi sonrisa, tratando de convencerla.

— Es una excelente idea, de hecho. Será divertido. Y además, tengo un juego en mente que te encantará.

Ícaro sonrió maliciosamente mientras nos observaba a ambos y me guiñó un ojo, indicando su aprobación. Paloma se quedó en silencio, reflexionando sobre la propuesta.

— Está bien — respondió finalmente —, pero nada de películas de terror.

Sonreí de lado y añadí, confirmando los detalles:

— Mañana, a las siete.

De repente, la maliciosa sonrisa en el rostro de Ícaro se amplió aún más, y al seguir su línea de visión, vi a Nina acercándose por el pasillo, atrayendo miradas a su paso. Tenía una

belleza natural que no necesitaba de maquillaje exagerado. Era el tipo de chica que me sacaba de quicio. Buena alumna, hija ejemplar, una imagen de pureza forzada.

— Hola — dijo Ícaro, dándole un beso rápido en los labios, pero luego lo intensificó. Una sensación de irritación creció en mí, y sabía muy bien cuál era la razón: los celos. Tal vez esa era la razón por la que no la soportaba.

Respiré hondo, tratando de disimular la inquietud. Sin saber cómo lidiar con este lío de sentimientos, fingí estar ocupado, observando mi reflejo en el pequeño espejo colgado en la puerta del armario de Paloma. Era un intento inútil de distraerme del torbellino interno.

Nina soltó un maldito suspiro después de ese beso, y ambos se quedaron allí, mirándose como si fueran los únicos hijos de puta en el pasillo. Tuve que contener mis ojos para no rodarlos, porque esa escena era una mierda de melosidad exagerada. O Ícaro era un buen actor, o realmente sentía algo por Nina.

Pero demonios, no podía ser amor. No con el plan que tenía en mente. Y, para ser honesto, me sentía incluso un poco mejor con eso, sabiendo que él no estaba realmente enamorado de esa chica.

Resulta que, para que el plan funcione, una de las víctimas debía ser una bella virgen. Así que, planeándolo con anticipación, Ícaro comenzó a salir con la chica más recatada del salón y adoptó el discurso de 'elegimos esperar', para asegurarse de que ella no se entregara a nadie.

Ella era ingenua, o tal vez incluso estúpida por creer que Ícaro seguía ese lema. La pobre chica tenía más cuernos que dedos para contar.

— Te llamé más temprano, pero no me respondiste — dijo Nina con una voz melosa.

Ícaro respondió con una sonrisa torcida que a muchas chicas les encantaba.

— Estaba ocupado con mi padre — respondió, abrazándola por la cintura.

El ambiente era tan empalagoso que parecía que podría haber un unicornio desfilando allí. Si algún joven desquiciado quisiera entrar a la escuela disparándole a todo el mundo, ese sería el maldito momento adecuado.

Nina se giró hacia mí, probablemente para saludarme. Abrió la boca, pero luego la cerró, haciendo una mueca. Por un momento, me sentí inseguro, preguntándome si mis celos estaban tan evidentes y si ella finalmente se había dado cuenta.

Confieso que mi corazón dio un vuelco al imaginarlo. No quería que esta cosa de que me gustan los chicos saliera a la luz, especialmente mi secreto enamoramiento por ese individuo.

Sin embargo, luego me di cuenta de que ella estaba mirando mi cuello y tomó algunos segundos darme cuenta de que en realidad estaba viendo la marca de chupón en mi cuello.

Paloma también debió haberlo notado, pero como siempre, no dijo nada. Nina, por otro lado, probablemente iba a defender a su amiga. Pero, demonios, sonó el timbre, indicando que era hora de ir a las aulas. Me libré de eso. Paloma me dio un beso y se fue con Nina.

Miré a Ícaro con una sonrisita, y él miró a su alrededor, esperando a que la gente despejara el pasillo para decir algo. Sea lo que sea, en serio o tonto, yo estaba tranquilo. Cada momento de paz que lograba con él, lo valoraba un montón.

— Voy a quedarme en tu casa hoy para finalizar los detalles — soltó. Ya habíamos repasado el plan un montón de veces, pero ¿qué importaba? Estaba seguro de que mi sonrisa era más grande que el universo. A veces me preguntaba si Ícaro era tan ciego o simplemente se hacía el idiota. No se podía negar que parecía un niño en Navidad cada vez que él dormía en mi casa.

— Nos vamos a retrasar para la clase — gruñó, dándose cuenta de que yo iba a quedarme allí parado con una sonrisa tonta en la cara. A nadie le importó mientras entrábamos en el aula y nos acomodábamos en nuestros lugares habituales en el fondo.

El profesor empezó a divagar sobre algo aburrido relacionado con la Revolución Francesa. ¿Quién diablos se preocupa por esa tontería de verdad? No podía prestar la más mínima atención, así que abrí el cuaderno y comencé a dibujar. De todos modos, antes de que llegara Halloween, todo el mundo estaría tan loco que la escuela pasaría por alto todo solo para deshacerse de este lío.

Durante la hora del almuerzo, nuestro grupo se reunió como siempre, ocupando la misma maldita mesa de siempre. Ícaro al lado de Nina, yo al lado de Paloma, y allí estaba Artur, siempre solitario, porque el chico simplemente no podía conseguir a nadie. Solo se sentaba con nosotros porque era el primo fracasado de Nina.

En serio, Artur era quien más destacaba en nuestro grupo. Un nerd virgen lleno de granos.

— Ahora es definitivo: ya no la voy a invitar a salir — dijo él, después de haber sido plantado por tercera vez por la misma chica.

Mostré mi mejor semblante de aburrimiento, dejando claro que sus problemas no me afectaban.

— Exactamente lo que dijiste la última vez — respondió Paloma. Parecía que a ella tampoco le importaba mucho, pero tal vez, al ser una chica, prefería mantener la conversación fluyendo en lugar de quedarse en silencio.

— Pero es la pura verdad — continuó Artur. — Me dejan plantado una vez, está bien, pero a la tercera ya es demasiado.

La conversación se sumía cada vez más en el aburrimiento, hasta que algo capturó mi atención. Allí estaba ella, nuestra primera víctima, Patricia Khoury. Se había cambiado el peinado, se había teñido el cabello de rubio en verano, lo que le daba una apariencia casi angelical, aunque estaba lejos de ser una santa, todo lo contrario. Sin embargo, eso no importaba; después de todo, ella era nuestro sacrificio.

Mis ojos se posaron en Ícaro, y contuve una sonrisa. Patrícia Khoury ya estaba muerta y no tenía ni idea de eso.

Se acercó a nuestro grupo, poniendo una mano en el hombro de Ícaro.

— Hola, chicos — saludó, una sonrisa que se extendía de oreja a oreja.

— Hola — devolvimos el saludo con simpatía.

Su mirada se fijó en Nina.

— ¿Podrías quedarte después de clase para revisar el próximo periódico?

Patrícia, redactora del periódico de la escuela, poseía belleza y popularidad que la calificarían para ser líder de porristas. Sin embargo, estaba decidida a demostrar que era más que solo una cara bonita.

Nina forzó una sonrisa. Aunque no era una de las miembros del periódico, estaba encargada de revisar los artículos para obtener puntos extras, una tarea que podía ser increíblemente tediosa.

— Está bien — respondió, esbozando una sonrisa forzada.

— Gracias — agradeció Patrícia, — e Ícaro, tus fotos con el uniforme del equipo de fútbol quedaron increíbles.

Ella sonrió de manera sugerente, con un toque de coqueteo. Ícaro respondió con una sonrisa y soltó un "gracias", mientras Nina entrelazaba su brazo en el suyo de manera casi posesiva. Patrícia fingió no notar la interacción, su expresión una mezcla de inocencia y sutileza que dejó un rastro de duda en el aire.

— Me gusta tu peinado — solté, sin entender bien por qué estaba diciendo eso. En

realidad, no tenía un motivo claro para hablarle, para llamar la atención. Tal vez fuera simplemente el placer de charlar con la chica que sería nuestra primera víctima.

Patrícia me lanzó una mirada y soltó una sonrisa.

— Gracias, Paco.

La vi alejarse, moviéndose con confianza, como si fuera la chica más atractiva de la escuela, y eso no era mentira. Pronto sería el centro de atención cuando Ícaro y yo pusiéramos nuestro plan en acción.

— ¿Por qué diablos Paco está mirando a Patrícia como si fuera un pedazo de sándwich en medio del desierto? — La voz de Artur me devolvió a la realidad.

Mi boca se abrió, dándome cuenta de que la mirada de Paloma parecía un tanto incómoda y Nina me miraba como si fuera un completo idiota. ¡Mierda! No era nada inteligente mirar a la chica que pretendías atacar.

— Bueno, chicos, vayamos con calma — dije, echando un vistazo relajado alrededor. — Solo estaba... apreciando la vista. Quiero decir, mira ese trasero, es casi una obra de arte.

Nina rodó los ojos inmediatamente, y evité mirar a Paloma para ver su reacción.

— ¡Oye, Paco! — llamó Ícaro, levantando las cejas con una mirada crítica. — Deja de actuar como un idiota.

Una vez más, la campana salvó mi pellejo, indicando que el recreo había terminado.

El resto del día pasó volando, con mi mente centrada solo en los planes para la noche. Sabía que pasar tiempo con Ícaro significaba cerveza, charlas sin sentido y películas de terror. Cuando finalmente terminaron las clases, me encontré con él en el pasillo, cerca de mi armario.

— Voy a pasar la tarde con Nina — soltó.

Hice una mueca.

— Pensé que ibas a ir a casa conmigo.

— Quiero ser un novio decente y pasar tiempo con ella — dijo en voz baja, mirando a su alrededor.

— Está bien — resmungué, sintiendo la misma incomodidad de siempre revolviéndose en mi estómago, y solté en un susurro — Pero novios decentes no planean matar a sus novias.

Ícaro me lanzó una mirada que podría haberme matado si las miradas fueran armas.

— ¿Quieres poner eso en el periódico de la escuela? — gruñó entre dientes, con los puños apretados, parecía que se estaba conteniendo para no golpearme.

Tragué saliva, dándome cuenta de que había metido la pata.

— Lo siento...

Ícaro me interrumpió, su voz cargada de amenaza contenida.

— Escucha bien. Si arruinas el plan, habrá un precio. Y te aseguro que no será barato.

Tragué de nuevo, sintiendo el peso de sus palabras.

— Está bien, hombre, entendido. Voy a controlar más mi boca.

Él me miró por otro segundo, evaluando mi sinceridad. Luego asintió lentamente, soltando un suspiro.

— Es mejor que sí, porque no respondo por mí mismo.

Salió sin decir más, simplemente soltando un breve

— Nos vemos luego — mientras se alejaba.

Me quedé ahí parado, observándolo desaparecer en la distancia, con un peso incómodo en el pecho.

Suspiré y me dirigí a mi jeep, abriendo el compartimento. Agarré un cigarrillo, lo encendí y di una larga calada. El humo subía en espirales, y mientras exhalaba, sentí como si estuviera

liberando parte del estrés que esa conversación había causado. Pero la verdad era que la amenaza no era lo que más me afectaba.

Me apoyé en el coche, mirando a la nada mientras dejaba que los pensamientos flotaran. No era el miedo a la represalia lo que me afectaba, era el hecho de que Ícaro se enojara conmigo. Y eso me afectaba de una manera que no me gustaba. No soportaba verlo disgustado, especialmente por mi culpa.

Con un suspiro, arrojé la colilla del cigarrillo al suelo y me enderecé, encendiendo el coche para finalmente dirigirme a casa. Sin embargo, antes de dirigirme allí, decidí hacer una parada rápida. Pasé por la videoteca, la campana sobre la puerta tintineando cuando entré.

Caminé por los pasillos polvorientos, explorando los estantes de películas. La visión de los coloridos pósteres y títulos llamativos trajo algo de distracción a mi mente inquieta. Mis ojos se detuvieron en la sección de películas de terror, y una sonrisa irónica se dibujó en mis labios.

A Ícaro le encantaban las películas de terror, especialmente el clásico "El Exorcista". En cambio, yo tenía predilección por las películas slasher, repletas de sangre y vísceras. Sin embargo, sabía que para él, el exorcismo y todas esas escenas aterradoras tenían un lugar especial en su corazón. Era como un ritual para él: ver la película y luego discutir apasionadamente cada detalle.

Decidí alquilar "El Exorcista" como una suerte de extensión de mi intento por enmendar las cosas después de la discusión, a pesar de que no fuera mi primera elección. Con la cinta de video en mis manos, regresé a mi jeep y la coloqué en el asiento del pasajero.

Llegué a casa y me di una breve ducha. El agua caliente cayendo sobre mí alivió las tensiones que habían marcado mi día. Después de secarme y vestirme con una camiseta cómoda y un par de jeans, bajé las escaleras. La sala de estar estaba tranquila, iluminada solo por la suave luz de la televisión que estaba encendida.

A pesar de que un programa insulso sobre la vida salvaje en África se reproducía en la pantalla, mi mente estaba en otro lugar. La casa estaba vacía, algo que normalmente disfrutaba cuando mis padres estaban fuera. Era como tener todo el espacio solo para mí, sin interferencias. Sin embargo, en ese momento, esa soledad que normalmente apreciaba parecía diferente. Tal vez era la maldita resaca emocional de la pequeña discusión con Ícaro.

Me senté en el sofá y agarré el control remoto, cambiando de canal mientras buscaba algo que pudiera distraerme. No obstante, mis pensamientos seguían dispersándose, sin fijarse en nada en particular. La televisión era solo un ruido de fondo, incapaz de captar mi maldita atención.

Miré el reloj, dándome cuenta de que Ícaro probablemente no llegaría antes de las siete, lo que me ponía más ansioso. No diré que ya lo extrañaba, porque eso sería demasiada sensiblería. La verdad era que estaba ansioso por verlo y asegurarme de que todo estuviera bien entre nosotros.

Cada maldito segundo parecía arrastrarse como una eternidad. Miraba el reloj y solo habían pasado tres míseros minutos. Ya estaba actuando como un idiota y, admitámoslo, un poco insensible también. Me levanté con un suspiro y fui hasta la nevera, agarrando una cerveza. Abrí la botella y regresé a la sala.

Eso ayudó un poco, al menos para acelerar esos malditos minutos en el reloj. Pero continuaban pasando lentamente, y una cerveza pronto se convirtió en dos, tres, cuatro... Cuando finalmente dieron las siete, me enderecé en el sofá, levantándome con cierta dificultad. Por Dios, ya había seis botellas vacías alineadas en la mesa de centro. Me tambaleé hasta la cocina y abrí el microondas para hacer palomitas para la película.

Mientras esperaba que las palomitas estallaran, mis pensamientos se mezclaban con la ansiedad. ¿Cuánto tardaría Ícaro en llegar? ¿Y si las cosas se volvían extrañas entre nosotros? La maldita incertidumbre golpeaba mi mente, y la cerveza que estaba bebiendo no ayudaba en absoluto.

Los malditos punteros seguían avanzando, de las siete pasaron a las ocho, y luego a las nueve. ¿Y sabes qué? Que les den. Que les den a Ícaro, a su estúpida novia, a mis padres, a esta mierda de ciudad, a Tuliamom, al plan. Que les den a todos.

Me recosté en el sofá, observando cómo el mundo daba un giro torpe por un momento. La sensación era como si el suelo estuviera medio inestable, bailando una valsa borracha conmigo. Pero, sinceramente, en ese momento, ni esa mierda importaba.

Las luces de la sala parecían más tenues, y el sonido de la televisión parecía provenir de muy lejos. Mi mente estaba un poco nublada, y esa maldita mezcla de cerveza y ansiedad no estaba haciendo nada bueno. Poco a poco, el agotamiento comenzó a apoderarse de mí.

Las imágenes en la pantalla de la televisión se volvieron borrosas, y cerré los ojos por un momento, sintiéndome hundirme en el sofá. Las preocupaciones, los miedos, las inseguridades... todo parecía irse a la mierda bajo el creciente sueño. Era casi como si estuviera escapando de toda esa mierda, al menos por un momento.

Mi respiración comenzó a calmarse, y el sonido de la televisión se mezcló con un zumbido distante en mis oídos. Y luego, sin resistencia, el sueño me embistió.

Capítulo 2
Ícaro

Cosas terribles suceden constantemente, en todas partes. Es algo inevitable que las personas comunes debemos enfrentar ante los giros impredecibles del destino. Esto forma parte intrínseca de la vida, como si estuviéramos participando en un espectáculo donde no tenemos control sobre el guion.

Recuerdo un período especialmente desafiante, cuando todo parecía escapar de mi dominio, sumiéndome en un caos desconcertante. Todo empezó con un viaje a la capital cuando tenía seis años.

Permanecí desaparecido durante tres meses, deambulando solo por la ciudad. Mis padres me contaron que mi historia fue noticia en todo el país, pero no tengo recuerdo alguno de eso. Lo único que puedo evocar es la imagen de un policía encontrándome, con aspecto sucio y notablemente más delgado.

Las memorias se desvanecieron, como si las páginas de un diario hubieran sido arrancadas. ¿Qué ocurrió durante esos meses perdidos? Los psicólogos intentaron descifrar lo sucedido, pero estuve tres años sin emitir palabra, como si mi voz hubiera sido arrebatada.

Los recuerdos son complicados, ya que solo nos brindan destellos del pasado. El pasado se vuelve confuso, pero las emociones persisten, nunca desaparecen.

Entonces, algo sorprendente sucedió: mi madre me mostró un libro de magia negra que poseía, repleto de rituales y encantamientos.

Recuerdo que ella realizó un pequeño corte en mi garganta con una cuchilla afilada. Y, de manera milagrosa, recuperé mi capacidad de hablar. Ella me hizo jurar secreto, asegurándome de que nadie comprendería la situación.

Entré en el autobús y me acomodé en un rincón sombrío, apartado. La luz del sol desapareció, sumiendo todo en la oscuridad, y los asientos vacíos aseguraban mi soledad. Instintivamente, ajusté mi gorra, casi aplastándola más. La idea de usar gafas cruzó mi mente, como una capa extra de disfraz para ocultar mi identidad. Después de todo, lo último que quería era que alguien me reconociera.

Mi destino era el centro de la ciudad, y la razón detrás de mi viaje era un encuentro con alguien llamado Paulo. Él poseía una máscara que necesitaba para los sacrificios. Paco estaba al tanto de esa parte del plan, pero decidí arriesgarme y encontrarme con Paulo solo, anhelando un breve momento de soledad.

Finalmente, el autobús se detuvo en el centro de la ciudad y bajé, mis ojos explorando rápidamente el entorno a mi alrededor. El peso del dinero que llevaba en mi chaqueta parecía casi insoportable. Con precaución, comencé a caminar hacia el lugar de encuentro, cada paso una mezcla de ansiedad y anticipación. Miré el trozo de papel donde había anotado la dirección, verificándolo una vez más para asegurarme de que iba en la dirección correcta.

Una mueca involuntaria se formó en mi rostro cuando me encontré con el lugar de encuentro. Frente a mí, se alzaba un pequeño salón de belleza, y no pude evitar la sensación de perplejidad. Mis ojos recorrieron las letras de la dirección anotada, comparándolas con el letrero del establecimiento. ¿Era ese el lugar correcto?

Con un suspiro incierto, di el siguiente paso y entré en el recinto. Era un espacio pequeño, lleno de la agitación de varias mujeres brasileñas que parecían inmersas en sus propias

actividades. Una de ellas, con senos prominentes y una mirada curiosa, volvió sus ojos en mi dirección, como si mi entrada hubiera interrumpido la rutina familiar. Un destello de duda pasó por su mirada, casi como si también estuviera cuestionando si estaba en el lugar correcto.

— ¿Qué deseas? — preguntó ella, con la voz cargada de autoridad mientras fruncía el ceño hacia mí. Mi respuesta pareció titubear en el aire.

— Busco a Paulo.

Su mirada, una vez llena de curiosidad, se transformó en una expresión de irritación latente, como si el simple sonido de ese nombre la hubiera despertado de alguna manera incómoda. Se volvió bruscamente y emitió un grito estridente.

— *Paulo, tem alguém te procurando!* — su voz resonó a través del ambiente, llena de tensión.

Sin embargo, antes de que la tensión pudiera aumentar, un joven con tatuajes visibles en los brazos emergió de la sombra de un pasillo adyacente. Sus ojos se encontraron con los míos por un breve instante, y luego hizo un gesto sutil, indicándome que lo siguiera.

Cruzando el salón, sentí miradas penetrantes que me acompañaban, como si los susurros murmurados de las mujeres brasileñas se transformaran en ecos silenciosos de curiosidad.

El joven me condujo por el pasillo, alejándonos de las miradas curiosas y entrando en una pequeña habitación. El ambiente era cálido y sofocante. Muebles simples y desgastados completaban la escena, y el distintivo olor a humo de cigarrillo flotaba como una neblina impregnada en las paredes. El joven señaló hacia una silla en un rincón, indicándome que me sentara.

Sin embargo, no estaba solo en esa habitación. Dos hombres estaban inmersos en sus actividades, concentrados en la lectura de libros antiguos en algún idioma muerto. Eran figuras que se apartaban del estereotipo de los nerds: tatuajes adornaban sus fuertes brazos y sus expresiones eran concentradas y serias.

Finalmente, reuní valor para hablar.

— ¿Paulo, verdad?

Paulo asintió con un lento movimiento de cabeza, sus oscuros ojos fijos en mí.

— Exacto. ¿Y tú quién eres?

— Un conocido de Dagoberto — respondí, manteniendo mi expresión serena a pesar de la ansiedad pulsante.

En ese momento, uno de los hombres tatuados que estaba traduciendo los libros se levantó, sus ojos curiosos fijos en mí.

— ¿Dagoberto te conoce?

Asentí con confianza, devolviendo su mirada firme.

— Sí, tuvimos una conversación sobre una... máscara.

Un silencio expectante se instaló en la habitación. Paulo finalmente tomó la palabra.

— Dagoberto es mi tío. Si hablaste con él, todo está bien, ¿entiendes?

Respiré profundamente, decidido a seguir adelante con confianza.

— ¡Claro! Traje el dinero, como acordado.

Paulo asintió, una sugerencia de una sonrisa curvando sus labios.

— Directo y decidido. Es una cualidad apreciada por aquí.

Se acercó a una mesa cercana y tomó una caja del tamaño de una caja de zapatos. Mis ojos siguieron cada movimiento, mi expectativa creció.

— El dinero, por favor — pidió Paulo, extendiendo la mano.

Tomé el sobre que llevaba y, con una sonrisa discreta, se lo entregué.

Él entregó la caja negra. Con las manos controladas, la tomé y abrí la tapa con cuidado. Una máscara ritual, esculpida en madera oscura y pulida hasta adquirir un brillo casi etéreo. La boca de la máscara estaba esculpida con una sonrisa siniestra, curvándose hacia arriba en los extremos, dándole una apariencia inquietante, y tenía tiras de cuero para atar detrás.

— Nuestra colaboración está cerrada — dijo Paulo.

Asentí con la cabeza, mirando la máscara en mis manos.

La venta de mi videojuego y computadora fue un sacrificio que se hizo en aras de esa máscara. El valor parecía tan inmenso, pero también tan necesario. Dejé atrás parte de lo que me brindaba alegría, todo para alcanzar lo que anhelaba.

Caminando por las calles de la ciudad, vi a personas pasar a mi alrededor, inmersas en sus rutinas cotidianas. Eran vidas tranquilas, quizás un tanto monótonas. Sin embargo, yo no estaba destinado a eso. Mi jornada me llevaba hacia algo grandioso, algo que trascendería la mediocridad de lo cotidiano. La ansiedad burbujeaba en mi pecho, y apenas podía esperar para poner en marcha mi elaborado plan.

Las aceras seguían bulliciosas a mi alrededor, un microcosmos de la normalidad que estaba a punto de dejar atrás. Mi determinación me impulsaba hacia adelante, destacándome entre la multitud. Sabía que mi destino era recorrer un camino que desafiaría lo común, y estaba decidido a abrazar esa grandeza que me esperaba.

Sin embargo, por ahora, esa noche se desenvolvía como cualquier otra. El viento frío encontraba su camino hasta mi rostro, trayendo consigo una sensación de frialdad.

Decidí sentarme en un banco, esperando la llegada del autobús. Mi destino era el barrio de Paco, donde planeaba caminar tres o cuatro cuadras a pie. En ese momento, después de pagar a Paulo, solo me quedaba un único boleto de bus.

Permanecí sentado allí, luchando por contener una risa que amenazaba con escapar, como si la locura estuviera a punto de apoderarse de mí. Después de todo, había superado la fase más intrincada de mi plan, un paso crucial que se había ejecutado con éxito.

Sin embargo, lo inesperado estaba al acecho. Un coche de policía pasó por mi lado, pero para mi sorpresa, redujo la velocidad y se detuvo a unos metros más adelante, luego dio la vuelta y se acercó en mi dirección. Mi mente comenzó a dar vueltas en un torbellino de preguntas. ¿Habían descubierto algo? ¿Podría alguien tener alguna pista sobre mi intrincado plan? La incertidumbre se apoderó de mí, generando preguntas silenciosas. ¿Había Paco dejado escapar alguna información crucial?

Tan pronto como el coche de policía se estacionó, mis ojos fueron inmediatamente atraídos por un bigote terrible y una amplia sonrisa que se dibujaban en el rostro. Allí estaba Héctor, mi tío y novato en el departamento policial, alguien que parecía estar siempre un paso atrás de los acontecimientos, un pez fuera del agua en el oscuro mundo en el que yo operaba.

Me puse de pie y me acerqué al vehículo de la policía, inclinándome para espiar a través de la ventana. La luz intermitente del coche parpadeaba en su uniforme y en su expresión expectante.

— Hola, tío Héctor — dije, mi sonrisa cargada de una ironía maliciosa.

— Oficial Héctor para ti — corrigió rápidamente, aunque su sonrisa persistió, como si fuera consciente de su propia inexperiencia pero decidiera no dejarse afectar por eso.

Héctor inclinó la cabeza, sus ojos transmitían una mezcla intrigante de curiosidad y humor.

— ¿Qué haces por aquí, Ícaro? ¿Patrullando la ciudad o simplemente planeando algún gran golpe?

Di una risa suave.

— Descubriste mi secreto, oficial Héctor. Mi verdadera ambición es ser un maestro de crímenes perfectos.

Se rió, pareciendo cómodo en nuestra conversación.

— Bueno, espero que cualquier golpe que estés planeando sea, al menos, original.

— Oh, me conoces bien —respondí con una sonrisa cínica — Nada de clichés para mí.

Sus ojos estaban atentos a todo a nuestro alrededor.

— Hablando en serio, Ícaro, creo que no hay muchos lugares apropiados para alguien de tu edad por aquí.

Concordé con un gesto de cabeza.

— Parece que las opciones son un tanto limitadas.

Héctor giró el rostro hacia mí, su sonrisa sincera ensanchándose.

— Bueno, si quieres, puedo ofrecerte un paseo de vuelta a casa. No creo que sea seguro andar por ahí solo.

Lo miré por un momento, evaluando sus intenciones.

— Un paseo suena bien. Agradezco la preocupación.

Abrí la puerta del coche patrulla y me subí, percibiendo el olor familiar del interior del vehículo. Mientras Héctor arrancaba, observé la ciudad a nuestro alrededor.

A medida que el coche patrulla avanzaba por las calles de la ciudad, Héctor me lanzó una mirada de reojo.

— Entonces, Ícaro, ¿cómo ha sido en la escuela últimamente?

Arqueé una ceja, notando su esfuerzo por mantener la conversación.

— Ah, ya sabes cómo es la rutina. Clases, tareas... La emocionante vida de un estudiante.

Héctor rió, pareciendo consciente de la superficialidad de la pregunta.

— ¿Y has pensado en qué harás después? ¿Algún plan para la universidad?

Sonreí, reconociendo su intento de mantener el diálogo fluyendo, incluso por mera formalidad.

— Sí, estoy considerando algunas opciones. Todavía estoy decidiendo qué camino seguir.

Él asintió, manteniendo un tono casual.

— Es una decisión importante. Espero que encuentres algo que realmente te represente.

— Gracias — concordé, dando a entender que sabía que la conversación era más una cortesía que un interés mutuo genuino — Y tú, ¿cómo te estás adaptando a la vida como policía?

Él soltó una risa breve.

— Bueno, es una experiencia nueva, sin duda. Hay mucho que aprender.

Asentí, captando el mensaje subyacente de que evitaba entrar en detalles.

— Imagino que sí. Después de todo, ser policía debe tener sus desafíos.

Él asintió con un gesto, sus ojos fijos en la carretera por delante.

— Claro que sí. Pero estamos aquí para mantener la paz, ¿verdad?

— Exacto.

Él soltó un suspiro suave, como si estuviera recordando algo.

— Sabes, Ícaro, los últimos años no han sido exactamente un camino de rosas para mí. Muchos desafíos, altibajos. Pero de alguna manera, he llegado hasta aquí.

Asentí como si estuviera genuinamente interesado, pero en realidad, mis pensamientos ya estaban divagando a otros lugares. Sus palabras parecían caer en una categoría de conversación que consideraba extremadamente aburrida.

— Sí, la vida realmente tiene sus formas de poner a prueba — respondí, intentando

mantener la fachada de interés mientras mi mirada divagaba por la ventana.

Héctor giró el rostro hacia mí, con una mirada casi nostálgica en sus ojos.

— Pero, ya sabes, todos tenemos que lidiar con nuestras propias batallas, ¿verdad? Aunque no siempre sean visibles para los demás.

Balanceé la cabeza en señal de acuerdo. Había perdido a su hermana y yo a mi madre. Aunque fuera mi tío, nunca fuimos cercanos, así que no quería abrirme con él.

— Sin duda. A veces es difícil entender lo que alguien está pasando solo con mirar.

Él asintió, como si apreciara mi comprensión.

— Exactamente. Pero, oye, disculpa si estoy siendo molesto con esta conversación.

— No, para nada — dije con una sonrisa tranquilizadora — Es bueno poder hablar de estas cosas a veces.

Nuestras miradas se encontraron por un momento, y pude percibir una mezcla de emociones en sus ojos. Sin embargo, mientras me esforzaba por parecer comprometido, mi mente ya estaba ansiosa por escapar del territorio monótono.

Héctor pareció darse cuenta de mi desconexión y, de alguna manera, decidió profundizar en la conversación.

— Por cierto, hablé con tu padre el otro día.

Mi corazón dio un salto involuntario. La mención de mi padre, especialmente viniendo de él, me causaba un malestar inmediato.

— ¿En serio? ¿Sobre qué?

Héctor esbozó una sonrisa discreta.

— Estaba contando que algunas cosas desaparecieron de su casa. Habló de una computadora, un videojuego que no era precisamente barato, que simplemente desaparecieron sin explicación.

Tragué saliva, sintiendo una punzada de nerviosismo, y por un momento, mis pensamientos buscaron una excusa plausible. Sin embargo, mi mente estaba operando en modo de respuesta de emergencia.

— Ah, sí, esas cosas. — Intenté parecer casual, pero sabía que mi voz tenía un tono de falsedad.

Héctor siguió mirando hacia la carretera, pero su expresión estaba más seria.

— ¿Tienes alguna idea de lo que pudo haber pasado?

Me rasqué la parte de atrás de la cabeza, buscando una respuesta que sonara razonable.

— En realidad, las presté a un amigo. Deben estar por ahí, ya sabes cómo es.

Héctor parecía evaluar mis palabras.

— Mmm, entendido. Bueno, espero que las devuelva pronto. Tu padre parecía un poco preocupado.

Asentí con un gesto de cabeza, tratando de disimular el alivio que sentía al no estar siendo interrogado más intensamente.

— Hablaré con él al respecto.

La conversación se apagó por un momento, y sabía que Héctor aún tenía sospechas. Mientras observaba la ciudad pasar por la ventana, una inquietud comenzó a instalarse dentro de mí. El hecho de que Héctor estuviera investigando algo tan cercano a mí me hizo cuestionar hasta qué punto estaba al tanto de en qué realmente estaba involucrado.

Decidí cambiar el foco de la conversación, aprovechando la oportunidad para escapar de esa línea de interrogatorios.

— De todos modos, ¿podrías dejarme en la casa de Paco?

Héctor asintió, pero su expresión indicaba que tenía otras ideas.

— Creo que sería mejor dejarte en tu casa, hijo.

Fruncí el ceño, curioso sobre el cambio de planes.

— ¿En mi casa? ¿Por qué?

Él esbozó una sonrisa amable.

— Solo creo que es más seguro. Además, podría usar un poco más de compañía.

Un consejo de seguridad disfrazado con un toque de solidaridad. Era típico de Héctor intentar parecer atento, pero sabía que sus intenciones eran más profundas de lo que parecían.

— Bueno, creo que es una buena idea.

Mientras nos dirigíamos hacia mi casa, Héctor volvió a mirarme.

— Eres joven, Ícaro. Tienes toda la vida por delante.

A pesar de ser bienintencionado, el consejo me hizo rodar los ojos internamente. Era el tipo de cosa que ya había escuchado muchas veces y que, siendo honesto, me aburría profundamente.

— Claro, tío. Lo tendré en cuenta — respondí, con un tono de voz que intentaba transmitir gratitud, pero no lograba ocultar completamente mi falta de entusiasmo.

Él pareció satisfecho con su pequeña perla de sabiduría compartida.

— Genial. Y, quién sabe, tal vez podamos tener conversaciones más profundas en otra ocasión.

Sonreí de manera forzada, consciente de que la promesa de "conversaciones más profundas" de Héctor distaba mucho de mis verdaderas intenciones. El coche patrulla se detuvo frente a mi casa, y sabía que se acercaba el momento de poner fin a esta actuación. Agradecí a Héctor por el paseo, aunque la voz en mi mente ansiaba liberarse de esa conversación forzada.

— Gracias, Tío Héctor.

Él saludó con una sonrisa.

— Siempre a la orden, Ícaro. Que tengas una buena noche.

Salí del coche, manteniendo mi sonrisa de despedida, pero mi mente ya estaba un paso adelante. Mientras caminaba hacia mi casa, ya estaba tramando mi plan para escapar a la casa de Paco tan pronto como el coche patrulla desapareciera de la vista.

Sin embargo, mis planes se vieron interrumpidos cuando me di cuenta de que su coche aún estaba estacionado en la acera. Una ola de frustración recorrió mi cuerpo. ¿Estaba esperando algo? ¿O peor aún, sospechaba algo?

Traté de actuar con naturalidad, pero no pude evitar la sensación de que estaba siendo observado. Giré el pomo de la puerta y miré hacia atrás. Héctor aún estaba allí, una mirada tranquila en sus ojos, pero una determinación silenciosa en su expresión.

— Creo que es mejor que entres a casa, hijo — dijo él, su voz firme.

Mi corazón comenzó a latir más rápido. ¿Qué estaba sucediendo? Me sentí casi obligado a obedecer.

— Claro — Mi voz sonó más tensa de lo que pretendía.

Él asintió con la cabeza, satisfecho.

— Que tengas una buena noche, Ícaro.

Le lancé una última mirada perpleja antes de entrar en casa, mi mente bullendo de preguntas.

Dentro de casa, la sensación de malestar no me abandonaba. Subí las escaleras hasta mi habitación y me tiré en la cama, dejando escapar un suspiro. La conversación con mi tío había dejado un rastro de desconfianza en mi mente. Las piezas del rompecabezas parecían encajar de

manera perturbadora.

Mi padre, como siempre, aún estaba en el trabajo. Al menos, eso decía. En realidad, sabía que probablemente estaba en algún bar, ahogando sus preocupaciones en alcohol. Desde la muerte de mi madre, se había perdido en ese hábito autodestructivo.

Cerré los ojos e imaginé a mi padre llegando a casa más tarde, con el característico olor a alcohol impregnado en su ropa. Intentaba disimular el olor, diciendo que estaba trabajando hasta tarde. Era triste presenciar esa decadencia, pero me había acostumbrado a vivir en ese silencioso caos.

Ahora, retomando la conversación con mi tío, reflexionaba sobre sus palabras. ¿Estaba simplemente buscando información, o realmente se estaba acercando a la verdad? Medité sobre la historia de las cosas desaparecidas en casa, que yo había "prestado". Para Héctor, parecía que me estaba implicando en algo peligroso, tal vez relacionado con drogas.

Con un suspiro, me percaté de que me dirigía hacia una pista falsa. No tenía la menor idea de las verdaderas razones detrás de las cosas desaparecidas ni del tipo de riesgos que estaba dispuesto a asumir para conseguir lo que quería. Mientras reflexionaba, la rabia empezó a brotar en mi interior. ¿Cómo se atrevía a pensar que podía encasillarme en una narrativa tan simplista?

Agarré mi almohada, sintiendo la frustración y el aburrimiento envolviéndome, pero decidí que era hora de actuar. La sensación de estar atrapado en una rutina tediosa y la perspectiva de experimentar alguna emoción real me impulsaron a salir de la cama.

Dado que mi padre me privó de tener un coche, mis únicos medios de transporte eran mis propios pies. Aún recordaba la razón detrás de esto: un momento de descontrol en el tiempo cuando mi madre falleció, la fase más difícil de mi vida. Un enfrentamiento tan explosivo con mi propio padre que culminó con un puñetazo. Desde entonces, decidió que no merecía tener mi propio coche.

Salí de la habitación y descendí las escaleras con determinación. Sabía que la caminata hasta la casa de Paco sería larga, pero el pensamiento de encontrar alguna acción real me estaba dando energía. Era como si la rabia que albergaba dentro de mí me estuviera proporcionando fuerzas adicionales.

Tomé mi chaqueta, aunque no era estrictamente necesaria, me sentía más completo con ella puesta. Antes de salir, me miré en el espejo de la entrada. Mis ojos reflejaban una determinación intensa.

La calle estaba oscura y silenciosa mientras iniciaba mi caminata. A pesar de que eran casi las nueve de la noche, la ciudad parecía sumida en un sueño, como si compartiera el mismo aburrimiento que yo intentaba eludir.

Ir a la casa de Paco no iba a ser tarea fácil. La distancia era considerable y sabía que tomaría un tiempo considerable llegar. Sin embargo, la mezcla de determinación y resentimiento que albergaba en mi interior me mantenía alerta y activo.

Mientras avanzaba por las calles oscuras, mi mente retrocedía a la época del asesinato de mi madre. Los recuerdos eran borrosos y dolorosos, cargados de emociones crudas que intentaba reprimir.

La casa de Paco estaba cada vez más cerca y sabía que estaba a punto de adentrarme en un territorio que me permitiría olvidar, aunque solo fuera temporalmente, todas mis frustraciones y molestias.

Cuando finalmente llegué a su casa, mis pasos parecían más pesados, impregnados de impaciencia. Me detuve frente a la puerta y golpeé con fuerza. Llamé una, dos, tres veces, pero no hubo respuesta. Comencé a sentir crecer la frustración dentro de mí. ¿Había olvidado que

vendría? ¿O tal vez estaba demasiado ocupado con algo más?

Impaciente y ansioso, escudriñé a mi alrededor, buscando una alternativa. Fue entonces cuando mi memoria me recordó la antigua piedra falsa que la señora Helena Nery solía usar para ocultar una llave de repuesto en el jardín. Era información que tenía almacenada desde hacía tiempo, quizás anticipando momentos como ese, y con la llave en la mano, no dudé en desbloquear la puerta.

Una vez dentro de la casa de Paco, lo llamé una vez más, mi voz resonando en las paredes vacías.

— ¡Paco? Oye, Paco, ¿estás ahí?

Pero el silencio fue mi única respuesta, y entonces me percaté de la escena en la sala. Paco yacía en el sofá, aparentemente desmayado, algunas botellas vacías esparcidas en el suelo a su lado. Una ola de decepción y frustración me invadió.

Me acerqué a él y lo llamé nuevamente, sacudiendo su hombro suavemente.

— Paco, despierta.

Se movió ligeramente, pero estaba claramente embriagado, su respiración pesada e irregular. Parecía como si estuviera ausente, perdido en algún lugar lejano. Una mezcla de enojo y desilusión se apoderó de mí.

Con un suspiro, me acomodé en un sillón cercano, observándolo inconsciente en el sofá. Toda la emoción que había traído conmigo, la determinación y el deseo de escapar de mi rutina, ahora parecían un tanto huecos.

Exploré la sala con la mirada, sintiendo un vacío dentro de mí que no lograba llenar. Ansiaba desesperadamente algo que me hiciera sentir vivo, y aquí estaba él, mi cómplice en la búsqueda de aventuras, tirado en el sofá debido al exceso de alcohol.

Dejé salir un suspiro pesado y pasé las manos por el cabello, sintiendo una mezcla de frustración y desánimo apoderándose de mí. La escena frente a mí, con él desmayado en el sofá, parecía reflejar mis sentimientos internos. Era como si todo lo que intentaba para escapar de la monotonía y el vacío de mi vida siempre terminara desmoronándose ante mis ojos.

Las incertidumbres empezaron a insinuarse en mi mente, como sombras crecientes. ¿Estaba destinado al fracaso? ¿Estaban condenados todos mis planes, todos mis intentos de encontrar alguna emoción, a terminar en decepción?

Comencé a cuestionarme si acaso la vida tenía otros designios para mí, planes que involucraban solo conformidad y mediocridad.

La imagen de mi tío Héctor flotó en mi mente. Sus palabras bien intencionadas, su persistencia en intentar guiarme por un camino más seguro. ¿Y si, al final, tenía razón? ¿Y si mis acciones impulsivas y rebeldes solo me conducían a más problemas?

El pensamiento de ser arrestado o, peor aún, llegar a un punto sin retorno donde la muerte acechaba, comenzó a atormentarme.

Mis pensamientos se dirigieron hacia Paco, mi compañero en esta búsqueda de algo más emocionante. ¿Será que nuestra amistad era solo un preludio para un desenlace trágico? La idea de que estábamos destinados al fracaso y la tragedia empezó a arraigarse en mí, como una semilla oscura de autoconocimiento.

Recordé los momentos en que la vida parecía más simple, antes de que asesinaran a mi madre y todo se derrumbara. Ahora, estaba atrapado en un ciclo de descontento, desesperado por algo que me hiciera sentir vivo, pero siempre llegando a un callejón sin salida. Tal vez Paco y yo estuviéramos realmente condenados a ser solo un registro de fracaso en las páginas del tiempo.

Mi mirada vagó por la habitación, y el sentimiento de desesperación se intensificó.

Quería escapar, encontrar una salida, pero parecía que cada puerta que intentaba abrir estaba cerrada con llave. El vacío a mi alrededor reflejaba el vacío que sentía dentro de mí.

Cerré los ojos por un momento, buscando un destello de esperanza, alguna chispa que me recordara la razón por la cual buscaba esa emoción. Pero todo lo que vi fue un abismo de incertidumbres y miedos.

Cuando finalmente abrí los ojos, mi mirada encontró a Paco nuevamente, aún inconsciente en el sofá. Una ola de determinación empezó a formarse dentro de mí, borrando momentáneamente mis dudas.

Ya me había deleitado en fantasías con respecto a él una o dos veces antes. Bueno, tal vez fue más que eso. En realidad, no importa cuántas veces. Lo relevante era que, esta vez, era diferente. Nunca antes lo había hecho en su presencia. Estaba inconsciente, sumido en un sueño profundo, y me convencí de que no despertaría, que no se daría cuenta de mi presencia.

Mi corazón latía en mi pecho, un tambor acelerado. La excitación y la ansiedad se entrelazaban. Pero, a pesar del miedo que se insinuaba, de la incertidumbre que se aferraba a cada pensamiento, la determinación ardía dentro de mí.

Era una oportunidad única. Me repetía que sería solo un poco, un mantra para calmar los nervios agitados. Nada serio, solo un juego, una escapada momentánea de las ataduras de la rutina.

Pensamientos sucio invadieron mi mente y percibí cómo mi cuerpo respondía, mi pene inflándose. Una corriente eléctrica recorrió mi espina dorsal mientras, con caricias, comencé a explorar mi abdomen bajo la camisa, sintiendo los músculos contraerse.

Mi mente se perdía en un océano de pensamientos desenfrenados, imaginando todas las cosas que nunca había experimentado con él. Sin dudarlo demasiado, desabroché la hebilla de mi pantalón. El sonido metálico resonó, entremezclándose con el rápido latido de mi corazón.

El aire se cargaba de excitación y una amalgama de nerviosismo. Mi mano siguió su trayectoria, dirigiéndose directamente a donde la razón insistía que no debería ir.

Mi mano finalmente halló mi pene, firme y palpitante. Mis dedos se deslizaban por su longitud, acariciándolo con una intensidad frenética. Con cada toque, la pulsación de placer se intensificaba, recorriendo mi cuerpo como una corriente eléctrica.

Mis ojos se clavaban en Paco con una intensidad hipnotizante, como si estuviera atrapado en algún trance inexplicable. La mirada fija, incapaz de apartarla.

El calor dentro de mí crecía a cada segundo, mientras me dejaba llevar por las fantasías. Mi cuerpo se movía en perfecta armonía con mis pensamientos. Podía sentir la intensidad del placer extendiéndose por todo mi ser. Mis manos se deslizaban con habilidad, acariciando mi cuerpo con ritmo y precisión.

Una inexplicable pulsión me envolvió, como si una fuerza invisible me empujara en la dirección de Paco. Me levanté, cada paso guiado por un encantamiento hipnótico. Mis piernas parecían responder a una voluntad más allá de la mía.

La presión aumentaba, y sentía cómo mi corazón se aceleraba, mi respiración volviéndose entrecortada a medida que se acercaba al límite.

Pero entonces, antes de que pudiera llegar al clímax, Paco se movió. Un ligero sobresalto recorrió mi cuerpo mientras luchaba por mantener la compostura. Él se movió, y mi cuerpo reaccionó instintivamente, apartándome de forma brusca y desordenada.

Un miedo incontrolable se apoderó de mí, la idea de que podría haber despertado, listo para atacarme, resonando en mi mente.

Con el corazón latiendo descontroladamente en el pecho, arreglé mis pantalones, la

sensación de vergüenza y arrepentimiento pesando sobre mí como una carga. Miré a Paco y vi que aún estaba dormido.

Sin decir una palabra, sin mirar hacia atrás, me di la vuelta y empecé a correr. Cada paso que daba era una escapada, una huida desesperada de lo que había hecho. La oscuridad de la noche me envolvió mientras me alejaba de su casa, mi corazón aún latiendo con la mezcla de emociones que no podía controlar.

Mis piernas parecían tener vida propia, mi cuerpo moviéndose por la ciudad como si estuviera siendo conducido por una fuerza invisible.

¿Hacia dónde iba? Ni siquiera lo sabía. Mis piernas me llevaron por calles vacías, callejones oscuros, mientras intentaba encontrar un lugar donde pudiera esconderme, donde pudiera escapar del peso de mi propio arrepentimiento. Tropecé en una acera y caí, lastimándome el pie.

Me detuve, jadeante, en algún lugar fuera de la vista de cualquier persona. Miré al cielo nocturno, las estrellas brillando como testigos silenciosos del caos dentro de mí. El deseo de huir, de olvidar, era tan fuerte como antes, pero la sensación de derrota también estaba presente.

Capitulo 3
Paco

Desperté, o mejor dicho, emergí de las profundidades del sueño con un dolor de cabeza que se sentía como un tren descarrilando dentro de mi cráneo. ¿Resaca? Sí, otra más para la colección. Y como un auténtico campeón de malas vibras, estaba tumbado en el sofá, con mi cuello completamente trabado, quejándome de haber pasado la noche allí. Nada como despertar en una posición digna de un contorsionista borracho.

Miré a mi alrededor y ahí estaban ellas, las botellas vacías, esparcidas por el suelo como trofeos de mi propia derrota. Ah, que se joda. Merezco pasarla mal de todos modos.

Con un esfuerzo que parecía digno de Hércules, me levanté; mis manos sostenían mi cabeza como si pudieran contener el pulso doloroso que martillaba allí. Y para empeorar las cosas, Ícaro, el grandioso Ícaro, no apareció anoche. Ninguna sorpresa. Solo otro compromiso tirado a la basura, sumándose a tantos otros. Esto solo aumentaba la sensación de que mi vida seguía un guion previsible, lleno de desilusiones y resacas.

Me esforcé por salir de ese sofá infernal; mis piernas parecían hechas de plomo. Caminé hacia la cocina, desesperado por un sorbo de agua que apagara el incendio en mi garganta. Abrí la nevera y agarré la primera botella, sintiendo el agua fría bajar como una bendición momentánea, limpiando la resaca.

El día apenas comenzaba, lo que significaba que tenía horas interminables por delante antes de la maldita escuela. Una perspectiva que no me animaba en absoluto. De hecho, en ese momento, no estaba animado para nada.

En la cocina, algo llamó mi atención: el teléfono fijo parpadeaba con una luz roja intermitente. Rápidamente, llegué hasta él, casi tirando el aparato en el proceso. Con un toque de esperanza, mi corazón se hundió como una piedra. No era Ícaro, de ninguna manera. Era solo la voz pregrabada de mi madre, como siempre hacía cuando estaba fuera.

"¡Hola, mi amor! Espero que te estés comportando y no faltes a clases. México es increíble, las playas son un sueño. Recuerda darle comida al gato y no dejes la casa pareciendo un escenario de película apocalíptica. ¡Te amo!"

Reviré los ojos ante la típica preocupación de ella. Eso era solo mi madre, asegurándose de que estuviera vivo y no destruyendo la casa. Murmuré una maldición en voz baja, pero en el fondo, admito que hubo un sentimiento reconfortante de que alguien se preocupaba.

Abrí el armario, buscando cualquier cosa que pudiera calmar el hambre que sentía como un agujero negro en mi estómago. Mi mano encontró una caja de cereal, una opción perezosa, pero era mejor que enfrentarse a la estufa.

Agarré la caja y me volví hacia la encimera, buscando un tazón. Encontré uno, un poco polvoriento, pero era lo que había. Miré la nevera, preguntándome si valía la pena el esfuerzo de calentar la leche. Mierda, odiaba la leche fría y la idea de esperar por el microondas parecía un tormento en ese momento.

Decidí que el cereal sería mi aperitivo. Abrí la maldita caja, cogí un puñado y comencé a masticar los trozos secos, uno tras otro. Parecía una maldita ardilla roiendo nueces, o algo así. El sabor no era el mismo, pero al menos llenaba el vacío en el estómago.

Subí las escaleras arrastrando mi cuerpo; la sensación de cansancio me llenaba hasta el carajo. Mi mente estaba llena de confusión, pero sabía que necesitaba tiempo antes de enfrentar

el día.

Entré al baño, cerrando la puerta detrás de mí. Encendí la ducha y dejé que el agua caliente recorriera mi cuerpo, lavando la noche de mierda, la frustración y la resaca que no quería soltarme. Me quedé allí unos minutos, tratando de dejar que el agua me diera un respiro mental.

Salí de la ducha, me sequé y agarré la ropa que estaba tirada en el lavabo. Me puse la camiseta y los vaqueros, sin muchas vueltas. Até mis zapatillas y me enfrenté al espejo por un segundo, viéndome allí, cansado hasta el carajo.

Entonces, decidí dar un paso hacia la dignidad y finalmente enfrentar esa tarea que había estado posponiendo como un maestro en el arte de la procrastinación. Bajé las escaleras, agarré una bolsa de plástico y fui arrojando las botellas que estaban en la sala. El sonido del vidrio chocando, el tintineo que parecía un coro de desaprobación, acompañaba mis movimientos. Era como si las propias botellas estuvieran diciendo adiós a su breve carrera como adorno borracho de la sala.

Con la bolsa en mano, salí afuera y la arrojé en la basura. Y quién lo diría, yo, Paco Constantino Nery, estaba haciendo una tarea doméstica. Quiero decir, era una cosa pequeña, pero al menos estaba haciendo algo.

Agarré mi mochila, recordando en el último minuto que tenía un trabajo que entregar hoy. Solté una maldición, la irritación apoderándose de mí. ¿Cómo demonios se me había olvidado esto?

Subí a mi jeep, encendí el motor y me dirigí hacia la casa de Ícaro. Tenía que recoger a ese desgraciado para ir juntos a la escuela. Mientras conducía, pensaba en lo que iba a hacer. ¿Debería fastidiarlo por no haber aparecido ayer o simplemente dejarlo pasar y no parecer un jodido necesitado?

Estacioné el auto frente a su casa, mirando hacia la ventana de su habitación. Joder, quería respuestas, pero tampoco quería parecer que me importaba demasiado. Mierda, esto era un dilema de los infiernos.

Bufé y toqué la bocina del auto, esperando a que él apareciera. Todo lo que sabía era que teníamos que resolver esta mierda, sea lo que sea que haya pasado anoche. Si él iba a darme largas o no, eso aún no lo tenía claro.

Toqué la bocina una vez más, esperando que apareciera pronto, y me estaba poniendo molesto con la demora. Pero en lugar de Ícaro, fue su padre quien apareció, vestido con un traje y sosteniendo un maletín, listo para ir a trabajar.

— Hola, Paco — me saludó su padre mientras se acercaba al auto.

— Hola, señor Humberto — respondí, tratando de parecer tranquilo. — ¿Está Ícaro aquí?

Él negó con la cabeza, con una expresión cansada.

— Lo siento, él ya salió de casa. Tomó el autobús escolar temprano hoy.

— Ah, está bien... — murmuré, sintiendo una punzada de frustración. — Sin problemas, entonces.

El señor Humberto pareció darse cuenta de mi decepción y suspiró.

— Sabes cómo es, Ícaro tiene sus propias cosas que hacer. A veces solo necesitamos dejarlo seguir adelante.

Asentí con la cabeza, tratando de ocultar mi irritación.

— Sí, lo entiendo.

Él sonrió, pero se vislumbraba un rastro de tristeza en su expresión.

— De todas formas, que tengas un buen día, chico.

— Gracias, igualmente, señor.

El padre de Ícaro se alejó y subió al coche, dirigiéndose hacia el trabajo. Miré la calle por un momento, frustrado con la situación. Demonios, quería hablar con Ícaro, aclarar las cosas, ¿y él tenía que tomar justo el maldito autobús? Qué mala suerte la mía.

Suspiré, insertando la llave del coche en el encendido nuevamente. Presioné el acelerador y me dirigí hacia la escuela.

Al llegar finalmente a la escuela, saqué las gafas de sol del portaguantes del coche y las coloqué en mi rostro. Necesitaba disimular la mirada de alguien que había pasado una noche infernal. Salí del jeep y entré al edificio, sintiendo que al menos estaba logrando ocultar algo.

Pero mi plan se vino abajo cuando me crucé con el director Pascual en el pasillo. Demonios, el peor momento del mundo. Era un tipo sin paciencia, y sabía que no le gustaba ver a los estudiantes con gafas de sol o gorra dentro del edificio.

— Francisco Constantino Nery — me llamó, la voz impaciente.

— ¿Qué pasa, director Pascual? — Levanté la mano en un gesto de saludo, con la clara intención de dar un choca esos cinco. — Choque aquí.

Él extendió la mano y arrancó las gafas de sol de mi rostro, casi cegándome en el proceso.

— Nada de gafas de sol dentro de la escuela, tú sabes eso.

— Claro, porque las gafas de sol son el enemigo número uno de una buena educación.

El director Pascual bufó, claramente sin paciencia para mis bromas.

— No estoy para juegos, Francisco. Dirígete a tu aula antes de que tome la decisión de que pasarás toda la clase en detención

Encogí los hombros, sin querer prolongar la discusión.

— Está bien, jefe. Tú eres el jefe aquí, no hay manera de ganarle a ti.

Me lanzó una mirada de advertencia y se alejó, probablemente con asuntos más importantes que resolver que pelearse conmigo.

Reviré los ojos tan pronto como se fue y continué mi camino por el pasillo, pensando que al menos la mañana estaba siendo bastante consistente en su vibra negativa. Solo necesitaba sobrevivir a las clases y, quién sabe, tal vez encontrar a Ícaro en algún momento.

Caminando por el pasillo, terminé chocando con Paloma. Una sonrisa se formó en mi rostro y, sin pensarlo dos veces, la abracé, levantándola del suelo y dándole vueltas en el aire. Ella soltó una risa sorprendida, pidiéndome que parara, pero la verdad es que este tipo de actitud era un poco mi sello distintivo. Tenía la costumbre de ser expansivo cuando estaba molesto, una extraña forma de ocultar mi verdadero estado de ánimo.

— ¡Paloma, mi heroína! — exclamé, colocándola en el suelo con una sonrisa juguetona.

Ella rodó los ojos, pero había un atisbo de diversión en su mirada.

— Estás más animado de lo normal hoy.

— Ah, ya sabes, solo esparciendo mi encanto por la escuela.

Ella sonrió.

— Debe ser la resaca volviéndote loco.

Encogí los hombros, tratando de disfrazar lo que realmente estaba pasando por mi cabeza.

— O tal vez he descubierto el secreto de la felicidad eterna.

Paloma arqueó una ceja, estudiándome.

— No sé qué estás tramando. Solo espero que no involucre incendiar nada.

— Ah, ya sabes que soy un ángel — bromeé, guiñándole un ojo.

Ella rodó los ojos una vez más.

— Anda, ve a causar problemas en otro lugar. — dijo, empujándome suavemente.

Hice un gesto exagerado de tristeza.

— Ahí arruinas mi diversión, nena.

Ella rió.

— Sé que disfrutas llamando la atención, pero permíteme irme antes de que me vea envuelto en esto también. Estaba a punto de dar la vuelta y seguir mi camino, pero sujeté suavemente su brazo, impidiéndole salir. Paloma giró la mirada hacia mí, mostrando una mezcla de curiosidad e impaciencia en su rostro.

— Espera un segundo, Paloma — dije, adoptando un tono serio. Ella suspiró dramáticamente.

— ¿Qué has hecho ahora, Paco?

Puse una expresión reflexiva, como si estuviera considerando un asunto de vida o muerte.

— No puedo dejarte ir... pero siento que debería. Pero, por otro lado, no puedo. Pero es lo correcto. Aunque duela. Pero no, no debería. Pero la nostalgia... Ay, eso es difícil. Por favor, quédate. Pero, pensándolo bien, quizás deba dejarte ir.

Paloma rodó los ojos, pero una sonrisa obstinada jugaba en sus labios.

— ¿Estás tratando de ser romántico ahora? Solo suéltame.

— Soy romántico, mi querida —dije con una mirada seria, antes de romper en una sonrisa.

Ella bufó, rodando los ojos de manera teatral.

— Eres insoportable, Paco. Como siempre.

— Insoportable, pero irresistible — corregí con un guiño.

Ella sonrió.

— Sabes, no sé por qué sigo hablando contigo.

— Porque soy increíble y no puedes resistir mi encanto — respondí, dando un paso atrás y soltando su brazo.

Ella rodó los ojos nuevamente.

— Eso es lo que piensas.

— Vete, vete antes de que el director Pascual aparezca de nuevo y nos descubra en pleno acto — bromeé, empujándola suavemente en dirección al pasillo.

Paloma sacudió la cabeza.

— Realmente eres un caso perdido, Paco.

— Pero soy tu caso perdido favorito — replicó con una sonrisa en la comisura de los labios.

Ella soltó una risa y se alejó.

— Hasta luego, Paco.

— Nos vemos por ahí, Paloma — respondí, saludándola con la mano.

Tan pronto como se alejó, la ansiedad que había intentado dejar de lado me golpeó de lleno. Miré a mi alrededor, buscando a Ícaro, pero parecía estar invisible en alguna parte. Mi garganta se apretó, una mezcla de enojo y preocupación extendiéndose por mi pecho.

La maldita campana sonó y me arrastré hacia la primera clase de Economía, esa clase que no tenía con Ícaro. Pero a mi lado estaba Nina, lanzándome una sonrisa tímida. Le devolví la sonrisa, luchando por parecer tranquilo a pesar de la confusión interna.

La clase transcurría como una porquería, el profesor hablando a un ritmo tan lento que parecía que intentaba torturarme. Sus palabras simplemente iban y venían, sin sentido alguno en mi cabeza. La ansiedad seguía royéndome, como un gusano molesto en mi mente.

Cuando finalmente no pude evitarlo más, me volví ligeramente en su dirección.

— Oye, Nina, ¿viste a Ícaro hoy?

Ella me miró por un momento antes de responder.

— Sí, lo vi antes de la clase.

Traté de mantener un tono casual, aunque mi preocupación era evidente.

— ¿Él está bien?

Hubo un destello de sorpresa en sus ojos, pero pronto asintió.

— Sí, parecía bien.

Esas palabras trajeron un alivio momentáneo, pero la preocupación seguía ahí, como una piedra en mi estómago.

Finalmente, esa tediosa clase llegó a su fin y salí del aula, encaminándome hacia mi segunda lección de Matemáticas. Y sorprendentemente, el universo parecía haber mostrado algo de compasión hacia mí, ya que Ícaro estaba allí, aunque su semblante daba la impresión de haberse tragado un cubo de cristales rotos. Su expresión estaba cerrada, como si estuviera profundamente molesto por algo.

Me aproximé y ocupé el asiento junto a él.

— Oye, Ícaro, necesitamos hablar. — Él me miró, pero inicialmente guardó silencio. Decidí no rendirme. — Ícaro, ¿qué está pasando?

Finalmente, bufó y desvió la mirada hacia el cuaderno.

— No tengo ganas de hablar ahora, Paco. Déjalo.

Mi paciencia estaba a punto de desaparecer, pero respiré profundamente e hice todo lo posible por no explotar.

— Oye, debería estar muy molesto. Después de todo, ayer ni siquiera apareciste para que pudiéramos afinar los detalles del plan.

Me miró con rabia en sus ojos por un momento. Luego, simplemente abrió el cuaderno y comenzó a escribir, como si yo no estuviera presente. El maldito silencio me estaba volviendo loco.

— Mierda, Ícaro, no puedes ignorarme así — dije, elevando mi voz.

Suspiró fuerte, manteniendo los ojos fijos en el cuaderno.

— Ya te dije que no quiero hablar, Paco. Déjalo, ¿vale?

No iba a permitirlo, de ninguna manera. No sería el tonto que se quedara en la incertidumbre mientras él hacía lo que le venía en gana.

— No, no está bien, ¡carajo! Somos amigos, maldita sea, y estás actuando como si fuéramos extraños.

Ícaro finalmente levantó la mirada hacia mí, con sus ojos centelleando de rabia.

— Te dije que dejaras de molestar. Respeta mi espacio.

El profesor de Matemáticas irrumpió en el aula, un individuo airado que no toleraba ni el más mínimo susurro. Dirigió una mirada amenazadora a la clase, como si estuviera dispuesto a arruinar la vida de cualquiera que se atreviera a abrir la boca. Inhalé profundamente, reprimiendo mi frustración y preparándome para la clase.

Comenzó a impartir la lección, explicando algún teorema que sonaba como una lengua extranjera para mí. A pesar de mis esfuerzos por concentrarme, el silencio entre Ícaro y yo me estaba volviendo insoportable. No pude resistirlo y, picado por la curiosidad, susurré en voz baja hacia él.

— ¿El plan para esta noche sigue en pie?

Ícaro me miró con expresión molesta. Antes de que pudiera responder, el profesor estalló.

— ¡Silencio! ¡Todos mantengan la boca cerrada o se irán directo a detención!

La mirada del profesor clavándose en mí como un cuchillo. La maldita clase continuó, y yo me esforcé por no maldecir en voz alta. La rabia bullía dentro de mí, y la sensación de impotencia aumentaba.

Miré rápidamente a Ícaro, pero él estaba concentrado en su cuaderno, ignorando mi pregunta. Todo estaba completamente fuera de control, y sentía que estaba a punto de explotar. Cada segundo que pasaba parecía estirarse como una eternidad, y el teorema que el profesor intentaba explicar sonaba como un montón de tonterías sin sentido. Sabía que mi mente no aguantaría mucho más antes de estallar de frustración.

Con un suspiro de puro cansancio, abrí el cuaderno y agarré la pluma con fuerza. Necesitaba hacer algo, cualquier cosa, para liberar la tensión que estaba a punto de consumirme. ¿Qué más podía hacer cuando la clase no avanzaba y Ícaro estaba ahí, tan molesto como yo con toda esta situación? Tenía que ser algo para aliviar la presión, aunque solo fuera por unos segundos.

La idea de realizar un dibujo obsceno surgió como un relámpago, y antes de poder pensarlo dos veces, mi pluma estaba garabateando algo que haría que cualquier persona con un mínimo de decencia se ruborizara. Era una representación tosca y hilarante que involucraba a nuestro profesor de matemáticas y al director Pascual. No se omitió ningún detalle, aunque la prisa convirtió el dibujo en algo casi abstracto.

El tiempo pasó y, cuando llegó a la mitad de la clase, decidí que era hora de compartir esa cosa. De manera discreta, le entregué el dibujo a Ícaro, quien parecía renuente a aceptarlo. Pero, al final, tomó el papel y le echó un vistazo. Ícaro miró el dibujo por un momento, su expresión inicial de desinterés transformándose en algo más. Sabía que estaba luchando contra el deseo de sonreír, pero no pudo contenerse por mucho tiempo. Una sonrisa finalmente se escapó y se extendió por su rostro, como si fuera un alivio temporal de toda la situación.

Ícaro tomó el lápiz , y mientras la punta se deslizaba por la hoja, una sensación de curiosidad y expectativa creció dentro de mí. Me devolvió el papel, y mis ojos corrieron hacia las palabras escritas allí: "Estoy molesto, pero no es contigo." Leí esas palabras varias veces y una ola de alivio me invadió. Nuestra amistad aún estaba en pie, incluso en medio de toda esa confusión.

Cuando finalmente terminó la clase, me vi guardando mi mochila en un estado de semi-alivio. Fue solo entonces que me di cuenta de que ni siquiera había prestado atención a la materia. Pero sinceramente, ¿a quién diablos le importaba? Ya había lidiado con demasiadas cosas ese día como para preocuparme por un teorema estúpido.

Las personas comenzaron a levantarse y salir de la sala, y eché un vistazo a Ícaro. Estaba recogiendo sus cosas para irse, mientras yo estaba allí, conteniendo las ganas de preguntar qué diablos pasó. ¿Por qué no apareció anoche y por qué estaba tan enojado? Sin embargo, sabía que ese no era el momento adecuado para abrir viejas heridas. Necesitábamos espacio para hablar correctamente, sin prisas, sin las complicaciones de las clases de por medio.

Con un gesto discreto, prácticamente estaba diciendo "nos vemos después". Era una de esas cosas que solo nosotros entendíamos. Por ahora, me uniría al grupo que salía de la sala y esperaría el momento adecuado para poner todo sobre la mesa.

El tiempo seguía arrastrándose como una porquería, pero al menos ahora no era tan insoportable como antes. Las clases pasaban lentamente, pero estaba logrando sobrellevarlas con un poco más de cordura que antes.

A la hora del almuerzo, nos reunimos en el mismo grupo de siempre: yo, Ícaro, Paloma,

Artur y Nina. Estábamos sentados en la cafetería de la escuela, devorando la comida que más parecía alimento para perros. Ese día, nadie tenía novedades que contar, excepto Artur, quien soltó que iba a salir con la misma chica que le plantó tres veces.

Mientras comíamos, la conversación estaba más o menos en piloto automático. Nadie estaba muy animado, y notaba que Ícaro estaba tratando de aparentar normalidad, pero lo conocía lo suficiente como para saber que algo todavía lo estaba afectando. Y lo que sea que fuera, no me lo iba a contar allí, en medio de la cafetería.

Después de esa comida más o menos, las clases de Biología y Educación Física vinieron enseguida, y vaya, ya sabía que la Biología iba a ser un aburrimiento interminable. Pero la Educación Física, ah, esa era la actividad que necesitaba para romper un poco la monotonía. Me encantaba esa clase porque salíamos del edificio y se trataba de gastar energía.

El entrenador ordenó a la gente dar cinco vueltas a la cancha, y no pude evitar sentir una sonrisa formándose en mi rostro. Era la oportunidad de gastar un poco de esa energía que me consumía. Empecé a correr, mis piernas trabajando con ganas mientras me concentraba en cada paso. La adrenalina corría por mis venas, y sentía una sensación de alivio, como si por unos minutos pudiera olvidar las cosas que me atormentaban.

Mientras daba esas vueltas, mi atención se volcó involuntariamente hacia Ícaro, que también estaba en la pista. No era un atleta malo, y normalmente mantenía un buen ritmo. Pero ese día, algo era diferente. Podía notar que corría más lento de lo normal y parecía cojear un poco.

No pude evitarlo; comencé a correr hacia atrás y hacia adelante frente a él, disminuyendo el ritmo.

— Ey, amigo, ¿qué pasa? ¿Por qué cojeas?

Él encogió los hombros, el sudor goteando por su rostro.

— Pisé mal cuando me levanté.

Lo miré, medio escéptico, mientras seguía corriendo hacia atrás.

— ¿Pisaste mal? ¿En serio? Parece que hay algo más ahí.

Me lanzó una mirada un tanto molesta, pero sabía que solo estaba tratando de esconder algo. Y no iba a dejar que pasara tan fácilmente.

Seguí corriendo hacia atrás mientras insistía:

— Está bien, sé que hay algo más ahí. ¿Qué me estás ocultando?

Revoleó los ojos, como si hubiera renunciado a esconderse.

— Está bien, está bien. Me caí anoche, ¿vale? Pisé mal y torcí el pie. ¿Feliz ahora?

Me reí de manera traviesa.

— ¿Solo eso? Y yo pensando que había habido una pelea callejera o algo así.

Después de correr como locos, finalmente, el entrenador nos ordenó parar y dirigirnos a las duchas. Y vaya, esa ducha nunca fue tan bienvenida. Estaba sudando como un cerdo y necesitaba ese agua para lavarme de todo ese lío.

Ícaro y yo entramos al vestuario, arrojamos nuestras mochilas en algún rincón y fuimos directo a las duchas. El agua golpeando mi cuerpo sudado era como un alivio inmediato, y dejé escapar un suspiro de satisfacción. Mientras enjabonaba el desastre del día, podía escuchar el agua correr y la conversación del grupo a mi alrededor.

Después de un tiempo, finalmente terminé de ducharme y apagué el grifo. Tomé una toalla, me envolví en ella y salí del baño. Ícaro hizo lo mismo; nos vestimos y salimos del vestuario con el cabello aún húmedo y el fuerte aroma del jabón impregnado en la piel.

La escuela parecía más tranquila ahora; los pasillos estaban menos concurridos por

estudiantes y más llenos de silencio. El sol afuera estaba abrasador, y nos sentíamos un poco fuera de lugar con el pelo húmedo y la piel fría del baño. Pero no me importaba. La sensación de limpieza después de esa clase de Educación Física era casi liberadora.

Luego, Ícaro soltó que tenía una sorpresa. Fruncí el ceño, tremendamente curioso y mi mente comenzó a divagar en mil direcciones diferentes.

— ¿Una sorpresa? — pregunté, tratando de descifrar qué podría ser.

Él lanzó una mirada misteriosa y se dirigió hacia afuera de la escuela, confiado en que lo seguiría impulsado por la curiosidad. Y, por supuesto, tenía razón, porque no iba a perder la oportunidad de descubrir qué diablos estaba planeando.

Caminamos hasta donde estaba estacionado mi jeep. Miré a Ícaro, la curiosidad casi consumiéndome, y solté la pregunta que había estado en mi mente desde que mencionó la sorpresa.

— ¿Cuál es la sorpresa? —pregunté, con los ojos brillando de expectación.

Él simplemente esbozó una sonrisa traviesa, se acomodó en el asiento del copiloto y me miró.

— Primero, necesitamos salir de aquí.

Sin necesidad de muchas palabras, comencé a conducir, sintiendo cómo la ansiedad crecía dentro de mí como una bestia. Ícaro estaba a mi lado, con la sonrisa misteriosa aún marcada en su rostro, y me concentré en el camino que teníamos por delante.

Contábamos con ese lugar, un rincón solo para nosotros, alejado del bullicio de la ciudad. Un acantilado con una vista increíble del río, adonde íbamos para relajarnos, disfrutar del paisaje y olvidarnos un poco de las complicaciones del mundo. Era el sitio donde podíamos beber un poco, fumar un cigarrillo y simplemente existir sin pensar en nada.

Mientras el auto avanzaba por las apacibles carreteras, el viento golpeando nuestros rostros y la música de la radio llenando el interior del vehículo, me sentí más tranquilo.

Finalmente, el auto se detuvo, y el cielo estaba teñido de un suave color naranja, reflejando el final de la tarde. Salimos del auto y nos apoyamos en el capó, ese pedazo de metal frío bajo nuestras manos. Ícaro sacó algo de su mochila: dos máscaras idénticas, entregándome una.

— Son las máscaras para el ritual — dijo él, con una emoción en la voz que me dejó aún más intrigado.

Sonreí, porque eso significaba que el plan iba en la dirección correcta. Pero luego fruncí el ceño, la curiosidad carcomiéndome por dentro.

— ¿Por qué demonios no me llamaste para conseguir estas máscaras? — pregunté, sin poder contener la pregunta. Después de todo, siempre hacíamos esas cosas juntos, y eso parecía demasiado importante para que él lo hiciera solo.

Ícaro encogió los hombros, una sonrisa en la comisura de los labios.

— No era una tarea difícil, amigo. No pensé que necesitaría refuerzos. Además, necesitaba dar una vuelta para despejarme.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, como ese amigo molesto que no sabe cuándo es hora de irse. Y aun con toda la emoción del plan flotando en el aire, algo más estaba ahí, una atmósfera pesada que no daba tregua.

Respiré hondo, buscando una dosis extra de valentía para ser directo. Las conversaciones serias no eran mi punto fuerte, pero con Ícaro, siempre había una dinámica diferente.

— Oye... —comencé, lanzándole una mirada de reojo mientras lo observaba. Sacó un cigarrillo y un encendedor de su chaqueta, y solo esa acción ya dijo mucho. El silencio se

extendió en el aire, y finalmente solté la pregunta que venía dando vueltas en mi cabeza: — ¿Pasó algo más?

Él tomó una prolongada bocanada de su cigarrillo, y el gesto parecía más un momento de reflexión de lo que alguna vez lo había visto hacer. Y, demonios, ¿qué diablos era ese tono rojizo que asomó por sus mejillas por un instante? Eso me tomó por sorpresa, ya que Ícaro siempre fue el tipo de chico que parecía no importarle nada. Era el maldito rey de la actitud relajada, siempre en su rollo como si el mundo fuera simplemente un juego para él. Esa tendencia a sonrojarse era nueva para mí, y confieso que me pareció bastante extraña... y también tierna.

Alerta: momento súper gay

Ícaro permaneció allí, en silencio durante unos minutos más, el humo del cigarrillo mezclándose con el aire. No quería presionar, pero toda la situación me estaba intrigando cada vez más. Hasta que finalmente soltó las palabras:

— Cuando estaba en el centro, me encontré con mi tío Héctor... y fue algo extraño.

Fruncí el ceño, tratando de entender qué diablos estaba tratando de decir. Encontrarse con Héctor, el policía de la ciudad, no parecía ser algo tan fuera de lo común. Pero por la expresión en su rostro, sabía que había algo más en esa historia.

Encogí los hombros y solté una risita.

— ¿Qué pasó? ¿Te tocó de manera inapropiada? ¿Te pidió que le hicieras una felación?

Ícaro entrecerró los ojos hacia mí, su mirada indicándome que aquello no había sido muy gracioso. Podía ver que se lo estaba tomando en serio, así que decidí dejar de hacer chistes por un momento.

— Lo siento, amigo. Adelante, cuéntame qué pasó.

Él soltó un suspiro y encogió los hombros, como si estuviera pasando página.

— Habló con mi padre. Parece que tuvieron una conversación sobre algunas cosas que desaparecieron de casa. Ya sabes, la consola de videojuegos y la computadora... para las máscaras.

Mi expresión se volvió seria.

— ¿Y qué más?

Ícaro encogió los hombros una vez más, pareciendo un tanto incómodo.

— Parece que Héctor está algo sospechoso. Cree que podría estar metido en algo serio, drogas o algo así.

Abrí los ojos sorprendido.

— Pero al menos no sospecha de nuestro plan original, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza, con una mirada seria.

— Claro que no. Fue solo una reunión aburrida, no es nada importante.

Sabía que él estaba tratando de minimizar todo, pero algo en la historia no encajaba del todo. Sentía que había más detrás de todo esto, y la curiosidad me estaba carcomiendo. Pero no iba a presionar más, porque sabía que, si él quería hablar, lo haría.

El silencio se extendió durante unos minutos más, como si el paisaje a nuestro alrededor estuviera absorbiendo toda nuestra conversación. Hasta que, finalmente, Ícaro rompió el silencio.

— Y tú, ¿cómo fue tu noche? — preguntó con una mirada curiosa.

Encogí los hombros y sonreía de golpe

— Nada especial, amigo. Estuve esperándote, pero como no apareciste, terminé tomando unas cervezas y viendo alguna película.

Ícaro pareció reflexionar sobre mi respuesta por un momento, pero no lograba descifrar lo que estaba pasando por su cabeza. Me sentí herido porque me había dejado plantado, pero no iba

a quejarme como un quejica. Eso no era mi estilo.

Frunció el ceño y parecía a punto de decir algo, pero acabó cambiando de idea. En lugar de eso, dio una calada a su cigarrillo y preguntó de nuevo, como si algo le estuviera martillando en la cabeza.

— ¿No pasó nada más? ¿Solo eso?

Me sorprendió su desconfianza, pero decidí dejarlo estar. Tal vez era simplemente la paranoia natural que teníamos con todo lo que estaba sucediendo.

— Sí, amigo. Solo eso. Nada emocionante.

Él pareció satisfecho con la respuesta y volvió a mirar hacia la vista abajo. No entendía por qué estaba tan desconfiado, pero decidí no darle importancia.

El silencio se instaló de nuevo entre nosotros, pero esta vez no me sentí tan incómodo. Después de todo, así era como funcionábamos, sin necesidad de estar molestando al otro con un montón de palabras. Y si algo sabía sobre nuestra amistad, era que lográbamos entendernos incluso en medio del silencio.

Capítulo 4
Ícaro

Abrí la ducha, permitiendo que el agua caliente envolviera mi cuerpo, como si intentara purificarme de todos los pecados que estaban por venir. Las gotas caían con un ritmo hipnotizante, pero no podía permitirme dejarme llevar por la calma. Eran más de las siete de la noche, y el encuentro con Paco se acercaba.

El agua intentaba aliviar la tensión que se apoderaba de mí, pero el nerviosismo persistía. Fijé mi mirada en el suelo, perdido en pensamientos sombríos mientras el vapor llenaba el baño. El plan estaba en marcha, pero el miedo era una presencia constante, acechando como una sombra. ¿Y si algo saliera mal? ¿Y si nuestros pasos fueran desviados? La ansiedad se mezclaba con el vapor, y mordía involuntariamente el interior de mi mejilla.

No solo eso me ponía nervioso, oh no. Había tenido un momento íntimo mientras Paco dormía, y ahora esa culpa amenazaba con demoler todo lo que habíamos construido. ¡Maldición! ¿Y si se hubiera despertado? ¿Y si supiera lo que pasó, pero fingiera no saber?

El recuerdo resonaba en mí, un momento intenso que se había convertido en una carga de arrepentimiento. Cada segundo en la ducha intensificaba la gravedad de lo que hice. Era como si la culpa estuviera tatuada en mi alma, quemando cada centímetro de mí.

Mi estómago dolía, no solo por el agua caliente, sino por una mezcla venenosa de ansiedad, culpa y autodestrucción. Revivía ese momento incesantemente, analizando cada detalle. ¿Por qué demonios hice esto?

La respuesta era tan clara como el agua. Estaba dominado por un deseo incontrolable, algo que me consumió de manera irresistible. Y entonces, simplemente no pude contenerme. Fue increíble, una experiencia excitante.

Salí de la ducha, dejando atrás los pensamientos bajo. Aunque mi piel aún estaba húmeda, mi enfoque cambió a lo que vendría después. Necesitaba arreglarme, dejar las emociones a un lado y concentrarme en el plan.

Con la toalla, me sequé, tratando de alejar la agitación interna. Cada movimiento era deliberado, como un ritual de regreso a la realidad. Envuelto en la toalla en la cintura, me miré en el espejo, recuperando la firmeza.

Mi reflejo mostraba a un joven seguro de sí mismo, con el cabello húmedo y los ojos ocultando la tormenta. Necesitaba mantener esa imagen, canalizar mi energía hacia el plan, alejando la confusión personal.

Me puse una camiseta negra y jeans oscuros, ropa que me hacía sentir poderoso y misterioso. Me calcé las zapatillas con determinación. Sabía que no podía resolver todo en ese momento. El dilema con Paco estaba pendiente, y necesitaba claridad para abordarlo. Por ahora, me concentré en el plan, en la ejecución inminente. Era lo que podía controlar.

Salí de mi casa y caminé hacia la suya, mis pasos resonando con mis latidos acelerados. Encontré a algunas personas en la calle. Eran rostros comunes, inmersos en sus vidas, ajenos a los terrores que permeaban mi realidad.

Caminando, el nerviosismo crecía con cada paso. Las luces de las casas parpadeaban, creando una atmósfera inquietante. No había vuelta atrás. El destino estaba sellado, y lo que sucediera a continuación daría forma a nuestro futuro de manera irreversible.

Llegué a la casa de Paco y, al levantar el puño para golpear la puerta, esta se abrió antes

de que pudiera siquiera tocar. Paco estaba allí, parado frente a mí, con una sonrisa en el rostro que parecía forzada. Sus ojos revelaban una ansiedad y nerviosismo difíciles de ignorar.

— ¡Hola, Ícaro! — dijo, tratando de parecer casual, pero su voz temblaba ligeramente.

— Hola — respondí, intentando mantener mi compostura, aunque la tensión en el aire era palpable.

Mientras entraba en su casa, el silencio entre nosotros era ensordecedor. Y, tan pronto como ingresé en la sala, la escena que se desplegó ante mí fue extraña e inesperada. Paloma estaba acostada en el sofá, durmiendo, mientras la película "El Guardaespaldas" con Whitney Houston se proyectaba en la televisión.

Fruncí el ceño.

Paco fue hasta el armario y tomó una manta, colocándola cuidadosamente sobre ella. Apagó la luz de la sala, dejando solo la iluminación de la televisión y una lámpara de mesa.

— Dijo que tenía dolor de cabeza, y le di un fuerte somnífero — parpadeó hacia mí. — Dormirá y ni siquiera notará que estuve fuera toda la noche.

Sonreí de vuelta, pero la sonrisa era forzada. La incomodidad flotaba en el aire mientras procesaba la extraña situación.

Entramos en la cocina y sentía la ansiedad en cada fibra de mi ser, pero al mismo tiempo, una emoción. Íbamos a hacer algo importante. Paco abrió la nevera y sacó una cerveza fría.

— ¿Quieres? — ofreció, despreocupado.

Respondí con una expresión ceñuda, arrebatándole la cerveza de la mano y guardándola de nuevo.

— Nada de alcohol — declaré con firmeza. — Necesitamos estar al 100% alerta.

Él rodó los ojos, despectivo.

— Relájate, amigo.

Nos encontramos cara a cara en la encimera central, Paco y yo, pero permanecimos en silencio, ambos sin saber exactamente qué decir. En ese momento, flotaba sobre nosotros la tensión palpable de que aquello podría desarrollarse hacia el triunfo o el desastre inminente.

Pasé la mano por mi cabello, un gesto nervioso que apenas podía contener.

— ¿Qué hora es? — pregunté, como si el reloj pudiera acelerar el desenlace que esperábamos.

Él consultó la hora en su reloj.

— Son las 7:15.

— Aún faltan dos horas para el horario acordado — murmuré, con un toque de decepción en mi voz.

Desde la mañana, las horas parecían estirarse como si fueran reacias a avanzar, prolongando la agonía de una espera que se volvía casi insoportable.

— Ugh, vamos afuera — declaré, rompiendo finalmente el tenso silencio. — Necesito caminar, o sino voy a enloquecer de ansiedad.

Una sonrisa comprensiva se formó en el rostro de Paco. Juntos, nos dirigimos hacia el exterior, saliendo por la puerta de la cocina. Cruzamos el amplio patio, nuestros pasos resonando en el silencio de la noche, hasta llegar al portón que se abría hacia la calle al otro lado.

La casa de Paco era un vasto territorio, con la fachada principal mirando hacia la calle principal y el portón del patio abriéndose hacia la calle trasera.

La calle trasera resultó ser más tranquila, menos transitada, debido a la presencia de un amplio campo de fútbol, un área de juegos para los niños del vecindario. Iniciamos nuestra caminata lado a lado en esa calle poco iluminada, sumergiéndonos en la penumbra que se

extendía ante nosotros.

Instintivamente, metí las manos en los bolsillos, buscando refugio para la ansiedad. Fue entonces, sin intención, que mi mano rozó, casi por accidente, la de Paco. Un deseo instantáneo de tomarla parpadeó en mi mente. Sin embargo, retrocedí ante la idea, consciente de que tal gesto podría crear una extrañeza inevitable entre nosotros.

— Somos unos locos — murmuró consigo mismo, casi como si el pensamiento escapara involuntariamente.

Fruncí el ceño, intrigado.

— ¿Qué?

Se giró hacia mí, una sonrisa pintando sus labios.

— ¿No me dirás que nunca te has preguntado si estás loco o no?

Reflexioné por un momento antes de responder.

— En realidad, no. Al contrario, me siento plenamente consciente de todo.

Era la verdad. Hacía tiempo que estábamos planeando acciones que, a los ojos de muchos, podrían etiquetarnos como locos, psicópatas. Sin embargo, esa perspectiva no resonaba en mí. Me sentía sorprendentemente lúcido. Conocía la verdad. Sabía que había una fuerza en el universo, una fuerza que podríamos manipular y ser recompensados. La mayoría de las personas estaban ajenas a esta realidad, incluso los religiosos, a menudo ciegos ante la verdad más grande que se desplegaba ante nosotros.

— ¿Te consideras loco? — le pregunté.

— No exactamente.

— ¡No estás loco! — afirmé, y él soltó un suspiro pesado. — ¿Cuál es el problema, Paco?

— Quería hablar contigo. Hablar más sobre lo que todo esto significa — admitió.

Rodé los ojos.

— Llevamos dos años hablando y planeando esto.

— Pero no de la forma en que quería hablar.

— Entonces, habla ahora — insistí, algo impaciente.

Él parecía vacilar, y no podía vacilar ahora. El destino estaba llamando a nuestra puerta, y no había tiempo para retroceder.

Paco encontró mis ojos por un segundo y luego apartó la mirada rápidamente hacia el campo de fútbol abierto.

— Mira, alquilé un documental sobre Jeffrey Dahmer — compartió, riendo. — Y tipo, mierda, lo condenaron a quince cadenas perpetuas.

Rió de nuevo, nervioso.

— ¿Tienes miedo de ser arrestado? — le pregunté

Suspiró nuevamente.

— Hay algo que necesito decirte. Una de esas cosas que parecen estúpidas y es estúpido incluso que esté considerando decir esta mierda. De hecho, carajo, ni siquiera sé por qué estoy a punto de soltar esto... pero creo que debo. Aunque sea una tontería.

Fijé mis pies en el suelo, interrumpiendo su movimiento. Crucé los brazos sobre el pecho, un intento vano de ocultar la extraña ansiedad que se apoderó de mí. Parecía inquieto, y esa ansiedad me convirtió en un manojo de nervios.

— Dime de una vez lo que está martillando en tu cabeza — dije, mi paciencia yéndose rápidamente.

El silencio se estiró como una goma a punto de romperse, y mi corazón comenzó a latir

descontroladamente, un sonido casi ensordecedor.

De vez en cuando, Paco me lanzaba miradas extrañas, como si me estuviera contemplando con devoción. Siendo el chico más popular de la escuela, siempre tenía a algún chico admirándome, pero Paco, no sé, parecía diferente. ¿Y si estuviera a punto de abrir la boca y confesar que me amaba? ¿Que estaba enamorado?

Le daría un puñetazo en la cara, aunque supiera que él era más fuerte.

Maldición, ya le había dado unos cuantos pensando en él, pero, solo para aclarar, no soy gay de ninguna manera, y honestamente, no tengo el deseo de serlo.

Abrió la boca, un vaivén de indecisión antes de finalmente pronunciar las palabras:

— No quiero ser arrestado.

Fue como si un cubo de agua fría se hubiera volcado sobre mí. Realmente esperaba que dijera algo diferente, algo que no hubiera sido mencionado. Aun así, parpadeé varias veces, tratando de recuperar el equilibrio después de haber pasado por una avalancha de emociones en vano.

— Nadie quiere ser arrestado, imbécil — solté, dejando ver mi rabia.

Él rió.

— Dije que era algo estúpido.

Reviré los ojos, y él continuó.

— Sí, bueno, eso sería más peligroso para ti — añadió, manteniendo un tono ligero.

Fruncí el ceño.

— ¿Cómo es eso? —pregunté, curioso.

— Una carita bonita como la tuya en la cárcel. Desafortunadamente, sería un éxito entre los presos — dijo con una sonrisa traviesa.

Abrí los ojos sorprendido, incapaz de creer lo que acababa de escuchar. Una mezcla de sorpresa e incredulidad se apoderó de mi rostro, pero pronto fue reemplazada por una risa. Solté una carcajada sincera, realmente aliviado de que nuestra conversación estuviera lejos de ser una declaración de amor.

— ¡Vete a la mierda! — exclamé, y el silencio llenó el aire durante unos minutos — ¿La mochila ya está lista?

— Sí.

— ¿Las máscaras están dentro de ella?

— Sí.

— Daga.

— Sí.

— ¿Las mudas de ropa?

Sonrió antes de responder.

— Sí. El arma y las cuerdas también.

— ¡Perfecto! — exclamé.

El silencio regresó, más denso esta vez, y me di cuenta de que algo estaba profundamente mal conmigo. El viento soplaba frío, cortando la piel, y extrañamente, sentía un creciente deseo de acercarme a él. Pero, por supuesto, no lo haría. Aunque una inexplicable atracción parecía querer empujarme en esa dirección.

— Estoy saliendo con Christina — solté de repente.

En realidad, solo había estado con ella una vez hace un mes, cuando peleó con su novio. Normalmente, no sentía la necesidad de compartir mis conquistas con Paco, pero en ese momento, no sabía exactamente por qué, sentí la necesidad de contar.

¿A quién quería engañar? Sabía exactamente por qué estaba diciendo eso. Era mi miedo de que él estuviera enamorado de mí. El temor sutil se escondía detrás de las palabras, como si estuviera buscando alguna confirmación o negación que pudiera disipar la incertidumbre que flotaba en el aire.

Él pareció sorprendido.

— ¿Christina? ¿Pero ella no sale con Mateo?

— Viven peleando todo el tiempo — comenté.

Paco movió la cabeza lentamente.

— Ten cuidado con ella, amigo. Christina es genial y todo, pero a veces puede ser impredecible.

Sonreí y lo miré, dándome cuenta de que buscaba alguna señal de incomodidad o celos en su rostro. Ahora, yo estaba siendo patético.

— Ella debería tener cuidado con nosotros — añadí, tratando de mantener la ligereza.

Él también sonrió y continué:

— No veo la hora de que todo esto termine. Será increíble ser recompensado.

— Yo tampoco puedo esperar.

Ahora era oficial. No teníamos más nada que decirnos, pero el silencio se volvió increíblemente incómodo.

Finalmente, rompiendo la incomodidad, él dijo:

— A veces es difícil creer que lo lograremos.

— Sé cómo es — coincidí, sintiendo la gravedad de la situación apretar aún más mi pecho.

— Pero, cuando todo esto termine... — comenzó él, pero las palabras parecían escapársele.

— ¿Qué hora es?

Él apartó la mirada hacia la muñeca, observando la manecilla moverse lentamente.

— Casi son las ocho.

— Deberíamos irnos y esperar el momento — sugerí, sintiendo la necesidad de romper con la estática que flotaba entre nosotros.

— Parece una buena idea — asintió él, con una débil sonrisa jugando en sus labios. — Estoy casi muriendo de ansias aquí.

.

Paco cerró la puerta de la casa en cuanto salimos, y mi corazón latía rápido, palpando en mi pecho con una mezcla explosiva de ansiedad y emoción. La noche estaba un poco fría, pero sentía mi piel caliente, como si la adrenalina estuviera hirviendo.

Entramos en el coche, y el rugido del motor parecía un eco del torbellino de pensamientos que giraban en mi mente. Mientras Paco empezaba a conducir en dirección a la casa de Patrícia Khoury, intenté mantener una postura confiada, como si nada más importara. La música distante que salía de la radio estaba ahí solo como un telón de fondo, un contrapunto para el caos que estaba por venir.

Mis dedos jugaban con la manija de la puerta, mi mente repasando el plan en detalle. En ese momento, en esa misión insana, no había espacio para la vacilación. Patrícia Khoury estaba a punto de convertirse en parte de nuestra historia, ya sea que lo supiera o no.

Minutos después, finalmente, llegamos al destino. Un camino de tierra se extendía ante nosotros. Paco apagó la radio, silenciando la banda sonora macabra que nos había acompañado hasta entonces. El motor del coche se apagó con un suspiro, y el silencio se instaló, pesado como

una manta sobre nosotros.

Permanecimos inmóviles, Paco y yo, mirando la oscuridad que se abría frente a nosotros. El único sonido que llenaba el aire era el latido de mi propio corazón golpeando en mi pecho. Era como si todo el universo hubiera entrado en modo de espera, esperando el próximo acto en este juego siniestro que habíamos planeado.

Sentía un nudo en la garganta apretándose a medida que la realidad de la situación se volvía más evidente. La confianza que había tratado de demostrar en el coche ahora parecía una fachada frágil, a punto de derrumbarse.

Paco abrió y cerró la boca varias veces, tratando de encontrar las palabras correctas para decir algo. Sabía que necesitaba ánimo, pero no sabía cómo pedirlo. Finalmente, puse la mano en su nuca y lo atraje hacia un abrazo. No era del tipo que solía abrazar, pero en ese momento, la ansiedad nos afectaba a ambos por igual.

— Paco — afirmé con determinación, manteniendo mi voz baja, casi como si compartiéramos un secreto. — Planeamos esto juntos. Estamos en el mismo barco, ¿recuerdas? Ambos lo deseamos.

Él se apartó ligeramente del abrazo, mirándome a los ojos con un destello de incertidumbre.

— Lo sé, amigo. Es solo que esto se está volviendo demasiado real.

Asentí con la cabeza, tratando de infundir confianza.

— Exactamente, Paco. Es real, es nuestro momento. Y lo haremos juntos. Confía en mí, amigo, todo saldrá bien.

Tragó saliva y pareció encontrar cierta determinación.

— Tienes razón, hermano. Vamos a hacerlo. —sus palabras eran titubeantes, pero la decisión estaba allí.

Salimos del coche con precaución, la oscuridad envolviéndonos mientras Paco abría el maletero y cogía la mochila que contenía todo lo que necesitábamos para nuestra misión. Aunque la noche estaba oscura, logramos llegar a la carretera principal en el momento adecuado. Un coche se acercaba rápidamente y Paco extendió el brazo, levantando el pulgar en un gesto de pedir un aventón. El vehículo redujo la velocidad y se detuvo a nuestro lado. Era Bruno.

Bruno frunció el ceño al vernos allí, en una carretera desierta.

— ¿Qué diablos están haciendo aquí?

No podía permitir que se notara el nerviosismo que sentía. Manteniendo una expresión firme, me acerqué a la ventana del coche.

— Bruno, amigo, necesitamos tu ayuda ahora. Sal del coche.

Bruno me miró con desconfianza y vacilación.

— ¿Qué? ¿Por qué debería salir del coche en medio de la carretera por la noche? ¿Qué está pasando?

Paco también se acercó al coche, con el rostro tenso.

— Tienes que salir, Bruno. Es cuestión de vida o muerte.

Bruno miró de uno a otro, dándose cuenta de que algo estaba muy mal. Con cuidado, salió del coche, manteniendo una distancia segura de nosotros.

— Bueno, ahora alguien puede explicarme qué está pasando.

Antes de que pudiera responder, Paco se aproximó repentinamente a Bruno, con una mirada fría y cruel en sus ojos. En un movimiento rápido, lo empujó contra el coche, haciendo que Bruno golpeara la cabeza en el techo del vehículo. El impacto dejó a Bruno aturdido y con un corte en la cabeza.

— Ahora eres parte de esto, Bruno. No tenías que salir del coche, pero ahora estás involucrado.

Paco siguió sujetando firmemente a Bruno, mientras una sonrisa sádica aparecía en mi rostro.

Aproveché el momento en que Bruno estaba aturdido para actuar rápidamente. Saqué cinta adhesiva de la mochila y empecé a atarle las manos, asegurándome de que no pudiera resistirse. También le tapé la boca cuidadosamente con cinta adhesiva para asegurarme de que ningún sonido pudiera escapar.

Después de inmovilizarlo, lo arrojamos al asiento trasero de su propio coche. Escudriñamos nuestro entorno, asegurándonos de que nadie se aproximara por esa carretera desierta. La noche estaba envuelta en oscuridad, y solo los faros rasgaban la penumbra.

Abrimos la mochila y nos enfundamos en conjuntos holgados que cubrían todo el cuerpo, conscientes de que íbamos a causar estragos y no queríamos ensuciar nuestras ropas con sangre. Con los guantes puestos, ambos nos acomodamos en el coche de Bruno. Tomé asiento en el conductor, sintiendo la ansiedad aumentar cada segundo. Paco estaba a mi lado en el asiento del pasajero, con una sonrisa sádica en el rostro, mientras Bruno permanecía inmóvil y amordazado en el asiento trasero.

Con una última ojeada hacia la oscuridad que se extendía ante nosotros, encendí el motor y comencé a conducir hacia la casa de Patricia. Nuestros corazones aún latían frenéticamente, y de vez en cuando, intercambiábamos miradas mientras sonreía de manera siniestra. Estábamos a punto de hacer historia.

Finalmente, llegamos a una imponente casa que se alzaba en medio de la noche. Estacionamos el coche a una distancia segura. El viento soplaba fuerte, haciendo que las hojas de los árboles bailaran y creando una banda sonora siniestra para nuestra misión.

Paco, el más fuerte entre nosotros, agarró a Bruno con firmeza, arrastrándolo fuera del coche. Se debatía y trataba de resistir, pero era inútil. Paco le propinó un golpe preciso en el estómago, haciéndolo perder el aire y caer de rodillas al suelo, gimiendo de dolor.

Miré a Paco, nuestros ojos se encontraron mientras repasaba el plan una vez más:

— Recuerda, ella será la primera en morir, ya que nació el primer día de enero. Él también será asesinado, porque necesitamos matar a dos personas durante tres noches consecutivas.

Los ojos de Bruno se abrieron de par en par de terror al escuchar esa parte del plan. Paco, por otro lado, simplemente asintió con la cabeza. Según lo descrito en el libro de mi madre, el ritual requería una secuencia específica de víctimas.

Las primeras víctimas debían ser mujeres, según indicaba el libro. La primera de ellas debía haber nacido el 1 de enero, seguida por un hombre. En el segundo día, la primera víctima debía tener exactamente seis letras en su nombre, como Paloma, y también ser acompañada por un hombre. Respecto a la primera víctima a ser sacrificada en el tercer día, la exigencia era que fuera virgen, lo que recayó en Nina, acompañada nuevamente por un hombre.

Para que nuestro plan funcionara, necesitábamos un chivo expiatorio, y el hermano mayor de Nina, Caio, también estaba en mi mira. Todos lo veían como extraño por pintarse las uñas de negro y escuchar metal. Quién iba a decir que vivir en una ciudad atrasada podría tener sus ventajas.

Durante todo el proceso, me mantuve cerca de todos ellos, vigilando sus vidas y observando sus pasos. Gracias a mis acciones, Nina aún era virgen.

Con miradas cruzadas entre Paco y yo, un silencio cargado flotó en el aire. Paco levantó a

Bruno del suelo, este último debatiéndose frenéticamente. La paciencia de Paco parecía no existir en ese momento, y sin dudar, lanzó dos golpes más a Bruno, obligándolo a aquietarse.

Rápidamente nos dirigimos hacia la puerta principal, donde yo, impaciente, presioné el timbre. Ya había observado a Patricia varias veces, lo suficiente como para saber que Bruno siempre iba a su casa cuando los padres salían por la noche, todos los miércoles.

La expresión en el rostro de Paco mostraba una mezcla de ansiedad y expectación. Cada segundo parecía una eternidad hasta que, finalmente, ella abrió la puerta.

En el momento en que nos vio, su rostro se retorció de sorpresa e instintivamente intentó cerrar la puerta de nuevo. Sin embargo, actué rápidamente, poniendo el brazo en el camino e impidiendo su cierre.

Nos miraba con una mezcla de terror y sorpresa, incapaz de comprender completamente lo que estaba sucediendo. Aprovechando la oportunidad, saqué la mochila de mis espaldas y extraje de ella el puñal de plata.

Se retiró, sus ojos se abrieron de par en par de miedo, comprendiendo la gravedad de la situación.

— Relájate, Patrícia — murmuré, sonriendo. No me veía como sádico, pero había un placer en verla tan asustada y acorralada. En ese momento, yo era el arquitecto de su vida, el guionista.

En esa casa, en ese instante, me sentía como un niño libre para hacer lo que quisiera con sus juguetes.

Sus ojos saltaban entre mí y Bruno.

— ¿Esto... esto es una broma de mal gusto? — Preguntó, su voz temblorosa y ojos llenos de miedo. Mantuve el contacto visual, dejando que mi expresión gélida revelara la verdad.

— No, Patrícia — respondí con un tono siniestro, mi sonrisa ensanchándose —, no es una broma. Pero hagamos algo muy divertido.

Tan pronto como las palabras siniestras salieron de mis labios, el terror en los ojos de Patrícia se intensificó. Hizo un intento desesperado de escapar, pero actué con una velocidad sorprendente, agarrándola y lanzándola con brutalidad al centro de la mesa en medio de la sala.

El impacto fue abrumador, y Patrícia chocó contra el vidrio de la mesa. El sonido de los cristales estallando resonó en el ambiente, mientras algunos fragmentos del vidrio la hirieron, dejando cortes en su piel. Gritó de dolor y sorpresa, retorciéndose en agonía en medio de la mesa rota.

La sangre corría de sus cortes, pintando la escena de un rojo sombrío. La sala ahora estaba llena de angustia y horror.

Las lágrimas de Patrícia reflejaban la desesperación en sus ojos mientras la levantaba por el cabello, obligándola a ponerse de pie frente a mí. Temblaba incontrolablemente, su voz temblorosa suplicando:

— Por favor, suéltame. Por favor...

La súplica desesperada no conmovió mi corazón endurecido. Sin un ápice de vacilación, le propiné un golpe devastador en el rostro. El impacto fue brutal, haciendo que cayera hacia atrás, inconsciente. Su nariz estaba ensangrentada, una mancha roja formándose en su piel lastimada.

Me volví hacia Paco, que aún sostenía a Bruno. Con manos temblorosas, saqué las cuerdas de mi mochila. Lanzando una a Paco, ordené:

— Ata a Bruno. Yo me encargaré de Patrícia.

Cada movimiento estaba cargado de tensión y malicia. Patrícia, aún inconsciente, fue

colocada junto a Bruno en el sofá. La cuerda era áspera e implacable, apretando sus manos y piernas con firmeza, volviéndolos impotentes ante nuestro control.

Bruno, con los ojos desorbitados de terror, y Patrícia, que comenzaba a recobrar la conciencia, eran ahora piezas en nuestro macabro juego de ajedrez. Sus miradas llenas de miedo reflejaban la comprensión de que estaban a merced de algo terrible.

Coloqué mi mochila en el suelo, agarré la máscara y se la entregué a Paco. Parecía pesar una tonelada en mi mano. Él la recibió con una sonrisa ansiosa.

Con la respiración agitada, tomé mi propia máscara, y había un suspense en el aire cuando, por primera vez, la coloqué en mi rostro.

La sensación de importancia y euforia nos envolvía. La atmósfera era densa y eléctrica, como si estuviéramos a punto de realizar un ritual arcano esperado durante mucho tiempo.

Poco a poco, me volví hacia Bruno y Patrícia, levantando el puñal en alto. Cada palabra que pronunciaba estaba cargada de suspense y gravedad.

— Oh, Tuliamom, accipe hoc sacrificium — susurré, mis palabras resonando en la sala silenciosa. — Tenebrae tuae nos ducunt. Benedic nobis, domine umbrarum.

En ese momento de horror indescriptible, no vacilé. Con la mano firme, bajé la daga de manera decidida e implacable. La hoja penetró la garganta de Patrícia con un sonido sibilante, mientras la sangre brotaba en un chorro violento de rojo ardiente.

El líquido escarlata tiñó mi máscara y el suelo a mi alrededor, formando un charco que crecía con cada segundo. Patrícia intentó emitir un sonido, pero solo logró producir un gorgoteo angustiado, sus ojos llenos de un terror indescriptible.

Bruno, paralizado y tembloroso, observaba la escena, su propio rostro contorsionado por el pánico. El ambiente estaba lleno de una agonía palpable, y la sala silenciosa era ahora el escenario de una pesadilla.

Le pasé el cuchillo ensangrentado a Paco, cuyos ojos brillaban con una mezcla de ansiedad y éxtasis. Recibió la hoja con una expresión de complicidad, como si compartiéramos una comprensión sombría. Sin dudar, Paco avanzó hacia Bruno, que aún tenía la boca amordazada, sus ojos desesperados reflejando el terror que lo consumía.

Con precisión quirúrgica, Paco perforó el estómago de Bruno, la hoja desgarrando la carne con brutalidad. Su cuerpo tembló de agonía, y un gemido apagado escapó de la mordaza, mezclándose con el aire pesado de la sala. El pánico se apoderó de su rostro de una manera palpable.

Las manos de Bruno temblaban frenéticamente, como si intentaran desesperadamente liberarse de las ataduras que lo mantenían indefenso. El sudor corría por su rostro, mezclándose con la sangre que manchaba su piel. Cada espasmo de dolor dibujaba una narrativa terrible en su rostro contorsionado.

Paco, imperturbable, retiró la daga del estómago de Bruno, dejando un rastro rojo y profundo.

Bruno y Patrícia permanecían uno al lado del otro, sin vida, sentados en el sofá, cuyos almohadones ahora estaban manchados de sangre. El ambiente estaba impregnado con la atmósfera macabra del acto brutal que habíamos cometido. Yo y Paco, cómplices en este oscuro teatro de violencia, decidimos quitarnos las máscaras que ocultaban nuestros rostros.

Al revelar nuestras facciones, intercambiamos una mirada cómplice, una sonrisa siniestra emergiendo en las comisuras de nuestros labios. La expresión de satisfacción pintada en nuestros rostros contrastaba con la carnicería a nuestro alrededor.

Con las manos enguantadas, me acerqué a ambos, sumergiendo mis dedos en la sangre

que teñía el entorno. Con gestos deliberados, tracé símbolos siniestros en las paredes, una expresión de nuestra depravación inscrita en el sombrío escenario. A mi lado, Paco seguía el mismo ritual, sus dedos manchados creando una coreografía macabra en las superficies circundantes. La sangre fresca, ahora transformada en tinta roja, contrastaba con la palidez de las paredes.

— Podemos ir más allá — dije, volteándome hacia Paco.

Su mirada expresaba confusión.

— ¿Cómo así? Ya hicimos el sacrificio, dibujamos los símbolos.

Sonreí.

— Tuliamom es el demonio de la violencia. Necesitamos ser aún más brutales. Dame la daga.

Paco, visiblemente perplejo, me pasó la daga, sin comprender completamente lo que vendría a continuación. Tomé el arma y me acerqué a Patrícia.

Con la daga en mano, perforé el cuerpo de Patrícia, abriendo su vientre de manera abrupta. El sonido húmedo de la hoja cortando la carne resonaba en la sala. Al introducir mi mano en la herida, experimenté una sensación extraña y desconocida, algo que nunca había hecho antes. La tarea de sacar sus entrañas resultó ser más desafiante de lo que imaginaba.

Mientras lo intentaba, Paco me observaba con la boca abierta, impactado por la brutalidad de la escena ante él.

Paco se arrodilló a mi lado.

— Déjame hacer esto. Tengo más fuerza — sugirió, extendiendo la mano para asumir la tarea.

Sumergió la mano en la abertura que yo había creado en Patrícia y comenzó a tirar. El sonido húmedo de la carne siendo arrancada resonó en la sala, y las vísceras y trozos humanos emergieron, creando una visión aterradora. El cuerpo de Patrícia, ahora desprovisto de vida, asumió una palidez cadavérica, transformándola en una figura grotesca que se asemejaba a una muñeca deforme y sin alma. La escena sombría impregnó el ambiente con una aura de morbosidad, mientras el shock y la insanidad se mezclaban en el espeso aire a nuestro alrededor.

Capítulo 5
Paco

Mi corazón golpeaba como loco dentro de mi pecho, listo para explotar en cualquier momento. La adrenalina fluía por mis venas como una descarga eléctrica del demonio. Cada paso en ese maldito bosque oscuro era como una carrera desenfrenada contra el destino.

En cuanto al auto de Bruno, tuvimos que dejarlo atrás porque intentar tomar esa porquería habría sido lo más estúpido que podríamos haber hecho. La policía probablemente nos habría rastreado antes de que pudiéramos deshacernos de él. Así que corrimos, casi sin aliento, jadeando como locos, nuestros corazones golpeando como tambores. La imagen de la horrible escena que habíamos causado seguía pegada en mi mente como pegamento.

Y de repente, un grito rasgó el silencio del bosque, un grito que erizó todos los vellos de mi cuerpo. Habría apostado hasta mi último centavo que era la madre de Patricia quien había encontrado el cuerpo de su hija.

Me detuve bruscamente de correr y me volví hacia el grito. Mirar en esa dirección fue un error terrible, lo sabía. Ícaro también se detuvo, con el rostro retorcido de rabia.

— Paco, ¿qué diablos estás haciendo? — gruñó, furioso porque interrumpí nuestra huida. — ¡La policía va a llegar en cualquier momento, maldita sea!

Me volví para mirarlo, jadeando y sudando. La noche estaba fría, pero yo estaba ardiendo por dentro, con la mezcla sucia de sangre aún cubriendo mi cuerpo y la mochila pesada en mi espalda. La realidad de la situación empezaba a infiltrarse en mi mente. Realmente lo habíamos hecho, y yo estaba en un estado de shock paralizante.

— Lo siento, amigo, lo siento mucho — murmuré, dándome cuenta de mi error. Sin esperar respuesta, me volví y reanudé la carrera con todo lo que tenía. La policía estaba a punto de llegar, y no podíamos permitirnos ser atrapados ahora.

Corrimos lo más rápido que nuestras malditas piernas permitieron, nuestros pulmones ardiendo, mientras atravesábamos la oscuridad del bosque. Después de diez minutos, finalmente alcanzamos un camino de tierra. Allí, oculto entre la vegetación, estaba mi todo terreno.

Nuestros corazones aún latían como unos hijos de puta, amenazando con explotar en cualquier momento. ¡Carajo! Nunca sentí tanto miedo y adrenalina juntos.

Ícaro me miró, y le devolví la mirada, como si supiéramos que no era necesario soltar una sola palabra. La sensación de alivio e incredulidad flotaba en el aire, ¡carajo! Después de todo, ¡finalmente pusimos nuestro plan en acción!

Las máscaras ya estaban guardadas en la mochila, y él empezó a sonreír de oreja a oreja, soltando una risa casi histérica que escapaba de su boca. Yo, a pesar de pasar por esta montaña rusa de emociones, me uní a su carcajada.

Nuestras vidas, carajo, nunca volverán a ser las mismas, y la sensación de emoción y locura solo aumentaba.

— Eso salió mejor de lo planeado — soltó después de un rato, mirándome. Un destello diferente brillaba en sus ojos.

Yo sonreí de vuelta.

— Amigo, pensé exactamente lo mismo — respondí.

Nos quedamos allí, mirándonos como dos idiotas, con esas sonrisas estúpidas en la cara. Era un torbellino de emociones, difícil explicar qué diablos queríamos decir y qué esperábamos

el uno del otro, pero esta noche estaba lejos de terminar.

El plan había funcionado, y quería decir algo genial, no sé, expresar lo feliz que estaba de estar haciendo esto a su lado. Carajo, no sé, siempre fui un mierda con las palabras.

— Ahora viene la otra parte del plan — al final solo dije eso.

Ícaro asintió con la cabeza, aún jadeando como loco.

— ¿Estás listo?

— Carajo, sí — respondí.

Antes de subir al coche, empezamos a quitarnos las sudaderas y metimos todo en una bolsa de basura negra.

Subimos al jeep y nos dirigimos hacia la casa de Nina. Miré mi reloj y vi que ya pasaban de las diez y media. Encendí la radio y busqué entre las estaciones hasta encontrar un rock sonando.

Con la música a todo volumen y el viento despeinándonos, pisé aún más el acelerador, dejando atrás cualquier rastro de sensatez. La velocidad aumentaba y la adrenalina corría como un rayo por el cuerpo, haciéndonos sentir más vivos que nunca.

La carretera estaba completamente vacía, y el silencio de la noche solo era interrumpido por el ruido de los neumáticos desgarrando el asfalto. Era como si estuviéramos en control de todo, carajo, y nada podía detenernos ahora.

Finalmente, llegamos al barrio donde vivía Nina y estacionamos el jeep a una cuadra antes para no llamar la atención de nadie. Afortunadamente, Delfín siempre fue una ciudad tranquila, lo que significaba que, a esta hora, la mayoría de las personas estaba preparándose para dormir. Ícaro y yo nos quedamos parados allí, mirando la casa de Nina desde lejos.

La idea era secuestrar a su hermano para que fuera responsabilizado por las muertes. Según el plan de Ícaro, él sería el chico perfecto, ya que tenía la reputación de ser extraño por pintarse las uñas de negro, escuchar rock y tener tatuajes. Además, también tenía el pelo largo, y Delfín era muy prejuiciosa, lo que haría que pensaran que era él en dos tiempos.

Mirando la casa en la oscuridad, sentí un escalofrío en la espina dorsal. Sabíamos que teníamos mucho trabajo antes de ver nuestro plan desarrollarse por completo.

Escaneé la vista hacia todos los rincones de la calle, asegurándome de que no hubiera un desgraciado a la vista. La sensación de estar en un escenario de una película de terror era innegable. La calle estaba más desierta que un cementerio en una película de zombies.

Con una sonrisa, me volví hacia Ícaro, que estaba hipnotizado observando la casa de Nina, y dije:

— Sabes, en las películas de terror, así es como aparece un asesino. Dos jóvenes dentro de un coche y, de repente... — Hice un gesto teatral, deslizando el dedo por mi garganta, simulando una amenaza inminente.

Ícaro soltó una risa y rodó los ojos, su mirada aún fija en la casa de Nina.

— Pero, ¿cómo diablos nos va a atacar el asesino si nosotros somos los asesinos? — preguntó con tono irónico.

Riéndome junto con él, reconociendo lo absurdo de la situación.

— Carajo, es verdad — concordé — Además, el asesino solo aparece cuando los dos jóvenes están haciendo algo inmoral, como usando drogas o teniendo sexo.

Ícaro se giró hacia mí con el ceño fruncido, aparentemente confundido. Decidí seguir con la broma:

— Y drogas no podemos usar porque no tengo ninguna aquí en el coche.

Mi sonrisa se amplió al ver la expresión de confusión en su rostro, y solo entonces

entendió la broma. Normalmente, no haría este tipo de bromas con él, pero estaba tan eufórico que no pude resistirme.

Sin embargo, en lugar de reír o acompañar la broma, Ícaro pareció sentir incomodidad. Su mirada se apartó y parecía indeciso sobre cómo reaccionar. Esa reacción fue totalmente inesperada viniendo de alguien como él. De repente, salió del jeep, volteándose hacia mí con una expresión determinada.

— Voy a hablar con Nina. Quédate escondido en el jardín y no hagas ruido — instruyó.

Quedé perplejo ante este cambio repentino de planes. No era lo que habíamos discutido anteriormente y me dejó inquieto.

— ¿Por qué este cambio de planes, amigo? ¿No ibas a simplemente llamarla y decirle que estás en casa viendo alguna película? — le pregunté, con un toque de desconfianza en mi voz.

Ícaro me miró, con sus ojos serios.

— Necesitamos ser astutos, Paco. Si me preguntan dónde estuve esta noche, diré que pasé por su casa y luego fui a casa a ver alguna película. Parecerá una coartada más sólida.

La explicación de Ícaro no tenía sentido, pero él era el capitán. Así que asentí con la cabeza, confiando en él.

— Está bien, amigo. Esperaré en el jardín.

Tomé mi mochila y salí del coche en silencio, siguiendo a Ícaro, mi corazón latiendo fuertemente. Se acercó a la casa con determinación, una confianza que solo él tenía. Comenzó a trepar por la enredadera de madera que llevaba a la ventana del segundo piso como si fuera un maldito ninja.

Era obvio que lo había hecho un millón de veces antes, ya sea para pasar la noche intercambiando besos con Nina o para dormir abrazado a ella. Supongo que de vez en cuando necesitaba dejar sus bragas mojadas para que no perdiera la paciencia y se fuera con otro.

Ese pensamiento trajo una molestia familiar a mi estómago, como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el centro de mis entrañas. Joder, tenía muchas ganas de darme unos golpes por pensar en eso en ese momento. Enfócate, Paco, enfócate, me dije, tratando de ahuyentar esos pensamientos inoportunos mientras observaba a Ícaro continuar subiendo.

Me quedé atrás, escondiéndome como un idiota detrás de un árbol, observando la escena con el corazón a punto de salirse de mi pecho. La brisa de la noche hacía que las hojas de los árboles susurraran como un grupo de vagabundos susurrando tonterías. El tiempo parecía haberse ralentizado, y me sentía como si estuviera en medio de un maldito thriller de cine.

Suspiré y recordé la situación de mierda de hace unas horas. Casi me declaré a él mientras caminábamos por la calle. Estuve a punto de darme la vuelta para decirle que lo veía como algo más que un amigo y que quería estar con él, pero por suerte desistí en el momento.

Eso hubiera sido una tragedia.

Esperé allí durante algunos minutos que parecieron una eternidad hasta que finalmente regresó. Miré el reloj y me di cuenta de que no había estado con ella ni siquiera por tres minutos miserables.

— ¿Tres minutos? — solté tan pronto como se acercó. — Vaya, Ícaro, no sabía que eras tan rápido.

Él rodó los ojos hacia mí, mostrando un poco de irritación.

— ¿Y qué crees que pasó? Ella es nuestro sacrificio virgen.

De repente, Ícaro agarró mi brazo con firmeza y me llevó detrás de un árbol. Nos quedamos allí, apretados en la oscuridad, observando cómo se abría la puerta de la casa de los Vilela. Era nuestro momento.

Con el corazón en la boca, abrí la mochila y saqué el arma que habíamos preparado para esa situación. El frío del metal contra mi piel revolvió mi estómago, pero sabía que ya no podíamos dar marcha atrás.

Le entregué el arma a Ícaro.

Caio salió de la casa, probablemente sin tener la menor idea de lo que le esperaba. Vivía en un ambiente extraño con sus padres, ya que eran súper religiosos. Ícaro me contó que ya había visto al padre de Nina darle un puñetazo en la cara a Caio solo para que cambiara de estilo.

Ícaro se acercó sigilosamente a él, sosteniendo el arma en sus manos.

— Buenas noches — dijo Ícaro.

Caio nos observó con los ojos desmesuradamente abiertos, la boca moviéndose como si intentara gritar, pero ningún sonido emergía. Solo instantes después, que parecieron prolongarse una eternidad, finalmente logró articular con voz temblorosa:

— ¿Qué está sucediendo aquí?

Ícaro dio un paso adelante, su voz adoptando un susurro amenazador.

— Vas a venir con nosotros y no vas a pronunciar ni una palabra. ¿Entendido?

La atmósfera estaba más tensa que nunca, con Caio aún confuso y aterrorizado, resistiéndose a obedecer las malditas órdenes de Ícaro.

Fue entonces cuando entré en acción, extrayendo una cuerda de mi mochila con manos firmes. Mientras Ícaro mantenía al hombre en la mira con su arma, me acerqué a Caio y empecé a atar sus manos con firmeza.

Las manos de Caio temblaban como las de un condenado, y podía sentir la frágil resistencia mientras lo ataba. El miedo en sus ojos era evidente. Ícaro, satisfecho con mi progreso, lanzó una mirada de aprobación en mi dirección. Parecía como si estuviéramos jugando a ser dioses en ese momento maldito.

Después de atar las manos de Caio, saqué las llaves del coche de su bolsillo como si estuviera arrebatando dulces a un niño asustado. La adrenalina fluía fuerte por mis venas, y la sensación de control me hacía sentir más vivo que nunca.

— Entra en el maletero — ordenó Ícaro, con una expresión impaciente en su rostro.

— Por favor... —suplicó el chico, casi gimoteando. Vestía una camiseta negra con un dibujo de calavera, pero se notaba que estaba asustado, como cualquier otro adolescente lo estaría.

— ¡Entra en el maletero, mierda! — gruñó Ícaro, elevando un poco el tono de voz.

Miré nerviosamente a mi alrededor, con temor de que alguien pudiera aparecer. Al darme cuenta de que Caio se demoraba en obedecer, no dudé en silenciarlo, colocándole cinta en la boca para evitar que soltara ni un grito. Con la cinta bien sujeta, le propiné un golpe en el estómago, haciéndolo casi arrodillarse. Lo agarré con fuerza y lo arrastré detrás del coche, mientras con una mano abría el maldito maletero.

— Entra — ordenó Ícaro una vez más, su paciencia agotándose.

En este punto, ya no había espacio para la paciencia. Con un gesto rápido y salvaje, empujé a Caio de una vez dentro del maletero.

El sonido metálico del maletero golpeando resonó, acompañado por su gemido cuando fue arrojado dentro, sin piedad. El desgraciado intentó resistirse, pero estaba luchando contra la corriente, contra nuestra maldita determinación.

Todo estaba en marcha. Caio estaba dentro, atado y con la boca sellada.

Entregué la llave del coche a Ícaro, quien la tomó con determinación. Me miró, con confianza en sus ojos, y dijo:

— Voy a conducir el coche del chaval.

Asentí con la cabeza, el peso de la situación sobre ambos.

— Está bien. Voy a volver al jeep y seguirte.

Entré en el jeep y lo puse en marcha, siguiendo de cerca el coche de Caio. Cuanto más nos alejábamos de la casa de Nina, más sentía que lo estábamos logrando, que todo iba según lo planeado.

La sensación que me invadió en ese momento era como si hubiera sido liberado de algún infierno. Era una mezcla de adrenalina, emoción y un toque de euforia enfermiza. El viento soplaba en mi rostro y el rugido de los motores llenaba mis oídos.

Cuando finalmente llegamos cerca de casa, Ícaro estacionó el coche en la esquina, y yo pasé por su lado, intercambiando miradas de entendimiento. Sabía que tenía que ser el primero en llegar a casa, despertar a Paloma y llevarla de vuelta a su hogar.

Estacioné el coche en el garaje, me miré rápidamente en el espejo, respiré profundamente y salté del jeep.

Al entrar en la sala, allí estaba Paloma, extendida en el sofá, aún medio adormilada.

— Hola, princesita — dejé escapar, arrodillándome a su lado.

Ella murmuró con la voz arrastrada por el sueño:

— ¿Qué hora es?

Dibujé una sonrisa en mi rostro.

— Casi las 11.

Sus ojos se abrieron de golpe.

— Maldición, Paco, deberías haberme despertado — me dio un golpe en el hombro, y hice una mueca fingiendo dolor. — Mi padre me matará. Dijo que debía estar en casa a las nueve.

Sonreí aún más.

— No va a hacer nada. Sabe que, estando conmigo, estás segura.

Ella rodó los ojos.

— Sabe que su niñita no está segura con ningún chico — murmuró, apartando la manta y levantándose del sofá. — Esa medicina para el dolor de cabeza de tu madre es muy fuerte.

Sonreí.

— Es su favorita.

Dejamos la casa y subimos al jeep. Mientras pasábamos junto al auto de Caio, noté que estaba estacionado con las luces apagadas y sin nadie dentro del vehículo. Sonreí, imaginando que Ícaro se estaba escondiendo para no ser notado.

Cuando estacioné el jeep frente a la casa de Paloma, noté que su padre estaba esperando en el porche. Tenía una expresión desaprobatoria en el rostro. Solo sonreí y encogí los hombros, sin preocuparme demasiado, y grité:

— ¡Buenas noches, señor! — con total descaro.

Él cruzó los brazos, aún con una mirada irritada, pero no respondió. Era evidente que no estaba muy contento con la situación, pero a mí no me importaba. Paloma rodó los ojos y se despidió de mí con un rápido beso antes de entrar en casa. Yo le saludé con la mano, aún sonriendo, antes de arrancar el jeep y alejarme de allí.

Cuando finalmente regresé a casa, noté de inmediato que el auto de Caio ya no estaba en la esquina. Parecía que algo estaba a punto de suceder. Estacioné mi jeep en el garaje y una sensación de aprensión comenzó a consumirme. La puerta de la casa estaba abierta, y un silencio pesado flotaba en el aire, como si algo estuviera fuera de lugar.

Los vellos de mi brazo se erizaron y un frío incómodo se extendió por mi estómago. Salí del jeep inmediatamente, entrando en casa con pasos lentos y silenciosos, tratando de no hacer ruido.

— ¿Icaro? — llamé, mi corazón latiendo más rápido con cada segundo que pasaba.

Comencé a llamarlo varias veces, el miedo real empezando a intensificarse. ¿Había algo que había salido muy mal o él había cambiado completamente los planes?

Y luego, cuando finalmente llegué a la cocina, fue como si Ícaro hubiera salido de una pesadilla. El tipo saltó frente a mí, tomándome tan por sorpresa que solté una palabrota.

— ¡Mierda, carajo! — exclamé, aún jadeante, mientras él se reía de mi reacción.

— ¿Qué pasa? ¿Pensaste que era la policía o un asesino?

Forcé una sonrisa y pasé por su lado, yendo hacia la nevera y poniendo las botellas de cerveza en una encimera cercana.

— Bueno, pensé que algo había salido mal — dije mientras giraba mi cerveza en las manos — Pero ¿dónde diablos está el hermano de Nina?

Ícaro sonrió aún más.

— Ya lo metí en el sótano.

Di un trago a la cerveza, sintiendo el líquido frío bajar por mi garganta.

— Podría haber ayudado — comenté.

Ícaro encogió los hombros, cogiendo otra cerveza y abriéndola con la destreza que siempre admiré. Luego, nos dirigimos al salón y nos dejamos caer en el sofá. Nuestras miradas se cruzaron una vez más, simplemente sonriendo.

Habíamos hecho esto cientos de veces esa noche. Solo nos quedábamos mirándonos y sonriendo, ni siquiera necesitábamos palabras. Era como si solo nosotros dos entendiéramos lo que estaba pasando aquí.

Permanecimos allí, uno al lado del otro, entregándonos a la comodidad del sofá. Los minutos parecían estirarse en silencio y, de repente, Ícaro dejó caer la cabeza hacia atrás, mirando el techo con una expresión pensativa. Aproveché la oportunidad para observarlo más de cerca. La verdad era que era muy atractivo, del tipo que aceleraba mi corazón.

Él me miró directamente y nuestros ojos se encontraron. Sentí un rubor de timidez apoderándose de mí y, en un gesto para disimular, llevé la cerveza a la boca.

— A veces haces eso. — Ícaro soltó de repente, y me volví hacia él con el ceño fruncido.

— ¿A qué te refieres? — pregunté confundido.

— Mirarme fijamente — dijo, y por un momento, noté que él también estaba un poco avergonzado. ¡Maldita sea, qué situación tan incómoda!

— Bueno, en realidad, estoy entrenando mi habilidad de lectura de mentes, y tú eres mi primer objetivo — respondí con una sonrisa traviesa.

Él entrecerró los ojos y dio otro trago a su cerveza.

— Entonces, ¿en qué estoy pensando?

Puse mi cerveza en la mesita de centro y levanté los dedos hacia el lado de mi frente, fingiendo concentración.

— Bueno... — comencé, creando suspenso. — Estás pensando que todos son estúpidos, excepto tú, y que eres la única persona interesante en esta maldita ciudad. — le sonreí. — ¿Acierto?

Él sonrió hacia mí.

— Te va bien en eso.

— Ah, sabes, es un don natural. Solo leo mentes en mis tiempos libres — respondí con

una sonrisa traviesa.

— Pero solo acertaste la mitad — dijo, inclinando la cabeza.

Fruncí el ceño una vez más.

— ¿En serio? Entonces, ¿en qué estabas pensando?

Él suspiró profundamente, su expresión seria.

— Estaba pensando si algún día todos realmente sabrán quién soy y qué hice.

— Cuando ese día llegue, probablemente ya estaremos muertos y enterrados — respondí con un toque de humor sombrío, lo que pareció causarle un escalofrío. Intenté disipar la tensión en el aire con una risa nerviosa.

— Sabes, tengo un tío que hizo algo terrible — dijo de repente, y no tenía idea de a dónde iba con eso. Continuó. — Él golpeó a alguien hasta la muerte. El hombre que mató era gay, según tengo entendido. Dijeron que el hombre se le insinuó a mi tío y simplemente perdió la cabeza.

Esta revelación tomó por sorpresa el aire de la habitación y, por un momento, mi estómago se retorció. Sin embargo, tenía que mantener la compostura, no quería que él sospechara de nada.

— Eso es fuerte — comenté, tratando de parecer indiferente, aunque estaba lidiando con mis propias emociones por dentro. — ¿Y qué pasó con tu tío después de eso?

Ícaro encogió los hombros.

— Pasó un tiempo en prisión, pero al final salió. Nunca volví a saber de él.

Permanecimos en silencio durante un rato, pero algo aún molestaba mi estómago, una ansiedad y malestar que no sabía cómo manejar. Decidí ser directo con Ícaro.

— ¿Crees que tu tío hizo lo correcto? Quiero decir, un tipo se le insinuó, ¿estaba en lo correcto al hacer lo que hizo? —pregunté, buscando su opinión.

Icaro encogió los hombros con desdén.

— Solo mató a un tipo. Eso no es importante.

El silencio persistió, y maldición, esa pregunta no salía de mi cabeza. Quería entender mejor, pero no tenía ni idea de cómo abordar el tema con él.

— Pero, tipo... — comencé, vacilante — ¿Eso no te hace pensar? Quiero decir... ¿harías lo mismo? Quiero decir, si algún tipo intentara algo contigo, ¿harías lo que hizo tu tío?

Ícaro me miró, y pude percibir una sombra de incomodidad en sus ojos. Parecía sumido en sus pensamientos durante un tiempo antes de responder, con un tono algo áspero:

— Paco, no soy mi tío, carajo. Él era un borracho que metía la pata. Lo que estamos haciendo es diferente, amigo. Tenemos un objetivo y vamos a hacernos ricos y famosos.

Giré los ojos, sintiendo que mi paciencia se agotaba. Parecía que Ícaro no estaba captando la esencia de mi pregunta. Quería saber si, por alguna razón, agrediría a alguien simplemente por ser gay.

Decidí ser más directo.

— No es eso lo que estoy preguntando, amigo. Quiero decir, ¿crees que agredirías a alguien solo porque es gay? Independientemente de cualquier cosa, ¿harías eso?

Ícaro suspiró profundamente, pareciendo irritado por la insistencia de mi pregunta. Me miró con firmeza y respondió:

— No. Eso sería una pérdida de tiempo, no tendría ningún propósito.

Una sonrisa aliviada se formó en mi rostro al escuchar su respuesta. Sin embargo, antes de que pudiera sentirme completamente tranquilo, Ícaro giró la pregunta hacia mí, con una mirada desafiante en sus ojos.

— Y tú, Paco? ¿Golpearías a alguien solo porque es gay?

— No — respondí brevemente, sin entrar en detalles.

No tenía ánimos para prolongar esa conversación. De hecho, todo el tema ya me estaba haciendo sentir bastante incómodo. Después de un tiempo, tomé otro sorbo de la cerveza y luego otro. Necesitaba sentirme mejor lo antes posible.

— ¿Cómo crees que estará la escuela mañana cuando la noticia se difunda? —pregunté, forzando una sonrisa.

Quería cambiar a un tema más ligero.

— Probablemente llena de reporteros — respondió Ícaro. — Esta ciudad nunca ha visto algo así.

Sonreí con la idea. Podía visualizar los pasillos atestados de periodistas, micrófonos y cámaras siendo empujados en mi dirección. Después de todo, Bruno y yo éramos parte del equipo de la escuela. Una sonrisa jugueteó en mis labios mientras imaginaba dar entrevistas a todos ellos, pero antes de que pudiera seguir, Ícaro me interrumpió.

— No, no vas a dar ninguna entrevista — dijo, sacudiendo la cabeza. — No hasta que hayamos terminado todo.

Fruncí el ceño, sin entender.

— ¿Por qué no? Esa sería mi recompensa por haber hecho un sacrificio para Tuliamom.

— Sí, pero ya sabes cómo es — respondió Ícaro, sonriendo pícaramente. — Te emocionarás demasiado y dirás lo que no debes. ¿Así es como funciona tu TDAH, verdad?

Pensé por un momento, recordando las conversaciones que tuve con mi médica sobre mi TDAH. Ella explicó sobre la dificultad para esperar mi turno, interrumpir a los demás y seguir instrucciones detalladas. Todavía me sentía un poco confundido al respecto.

— Realmente no lo sé — admití, encogiéndome de hombros y dando otro sorbo a mi bebida. — Pero prometo intentar mantener la boca cerrada hasta que tengamos todo bajo control.

Ícaro asintió, entendiendo mi promesa.

— Exacto, amigo. Mañana, cuando todos se enteren de que Patricia y Bruno fueron asesinados, será un caos.

Era como si estuviera detrás del escenario de un gran espectáculo, esperando ansiosamente a que se levantara el telón y revelara el caos que habíamos creado nosotros mismos. Imaginaba la conmoción en la escuela, las expresiones sorprendidas de los compañeros y la sensación de estar en el centro de la atención.

— ¿Alguna vez has pensado en cómo será cuando descubran? — le pregunté a Ícaro, mis ojos brillando de entusiasmo. — La reacción de todos, los chismes, las teorías locas... Será épico, amigo.

Ícaro dio un sorbo a su cerveza y, con una sonrisa traviesa, confesó:

— Sabes, nunca he estado tan emocionado por ir a la escuela. Creo que mañana será el día más emocionante de mi vida.

Me reí asintiendo junto a él.

— Yo también, chaval. Nunca pensé que un día normal de clase podría convertirse en algo tan... memorable. — Tomé un sorbo de mi cerveza, mirando al vacío por un momento antes de retomar la conversación. — ¿Has pensado en qué haremos después de salir ilesos de todo esto?

Él pareció reflexivo.

— Bueno, en primer lugar, seremos famosos, Paco. Tuliamom nos dará fama y dinero. Seremos reconocidos no solo en esta ciudad, sino en todas partes. La gente nos reconocerá,

pedirá autógrafos, seremos leyendas.

Forcé una sonrisa. Cuando era pequeño, mis padres me llevaban a la iglesia todos los domingos. El pastor siempre contaba historias sobre demonios, magia negra y todas esas cosas aterradoras. En ese momento, admito que incluso llegué a creer en ello, pero pronto me di cuenta de que era pura tontería.

Ícaro, por otro lado, estaba completamente inmerso en esa creencia. Era algo que compartía con su madre, una conexión especial entre los dos. Para mantener esa conexión especial con él, fingía creer en esas historias locas, aunque en el fondo sabía que eran tonterías. Asentí con la cabeza.

— Sí, seremos los tipos que hicieron historia. Y después de eso, ¿qué planeas hacer con toda esa fama?

— Pensé en escribir un libro del tipo "El Hermano de Mi Novia Era un Asesino", no sé. Podría incluir detalles, diciendo que ya sospechaba.

Esa idea me tomó por sorpresa, pero empecé a ver su potencial.

— Eso podría ser un gran éxito, chaval. Imagina las ventas, las entrevistas en la televisión, las charlas en eventos.

Ícaro asintió con una amplia sonrisa.

— ¡Exacto! Será una obra maestra, un best-seller.

— Tendrás que incluir algunas partes sobre mí, después de todo, estuve allí desde el principio — bromeé, levantando mi cerveza en un brindis imaginario.

Ícaro rió y hizo un gesto teatral de escribir en un cuaderno invisible.

— Claro, serás el coautor no oficial.

— Además — continué emocionado —, será muy fácil convertir tu libro en una película. Apuesto a que llamarán a River Phoenix para interpretarte. Se parecen un poco.

Ícaro pareció gustarle la sugerencia, una sonrisa de aprobación formándose en su rostro.

— ¿En serio? Eso sería increíble.

Asentí con la cabeza y no pude evitar preguntar:

— Y, ¿quién crees que van a llamar para interpretar a mi personaje?

Ícaro encogió los hombros, pareciendo indiferente.

— No sé, quizás Seth Green.

Hice una mueca.

— ¿En serio? Pero él es tan débil y bajito. No creo que haga justicia a mi encanto y personalidad.

Se rió de mi reacción.

— Bueno, tendrás que lidiar con eso, amigo. Después de todo, no eres tú quien elegirá el elenco.

Con una sonrisa traviesa en el rostro, continué:

— Tengo algo mucho más grandioso en mente. Arnold Schwarzenegger sería perfecto para interpretar a mi personaje, chaval.

Ícaro arqueó una ceja, claramente sorprendido por mi elección.

— ¿Arnold Schwarzenegger? Es uno de los mejores actores de acción de todos los tiempos.

Asentí con la cabeza, convencido de mi elección.

— ¡Exacto! Tiene presencia, carisma, es fuerte, alto y ese modo gracioso de hacer las cosas. Estoy seguro de que podría capturar mi esencia.

Ícaro se rió, asintiendo con mi elección poco convencional.

— Bueno, nunca podemos prever cómo van a suceder las cosas. Quién sabe, tal vez tengas razón. Schwarzenegger como Paco Constantino Nery sería inolvidable.

Decidí dar otro sorbo. Sin embargo, al levantar la botella, me di cuenta de que estaba vacía. Era como si la cerveza se hubiera evaporado mientras nuestros planes se desarrollaban.

— Ícaro — murmuré con una sonrisa irónica —, creo que nos quedamos sin combustible aquí.

Ícaro miró mi botella vacía y luego la suya, que estaba casi vacía.

— Parece que sí. — Luego me miró con una expresión inquisitiva. — ¿Te importaría si me quedo a dormir aquí esta noche? No tengo ganas de volver a casa.

Encogí los hombros, un gesto casual que indicaba mi acuerdo, y me levanté. Después de todo, me encantaba cuando él dormía en mi casa.

— Claro.. Siempre eres bienvenido aquí. Voy a buscar más cervezas en la nevera.

— ¿Aún tienes la imagen que te di de Tuliamom? — preguntó mientras me preparaba para salir de la sala.

— Sí, está en mi habitación.

— Creo que deberíamos hacer una oración.

Forcé una sonrisa e intenté no rodar los ojos.

La estatua de Tuliamom tenía cuernos imponentes, piel roja casi ardiente y ojos azules brillantes como zafiros. Curiosamente, noté que no tenía nariz, pero su abdomen bien definido llamó mi atención, haciéndome reflexionar sobre si incluso el inframundo valoraba la buena forma física.

— Claro, está bien — respondí, aunque por dentro me sentía renuente.

Fuimos a mi habitación y agarré la extraña estatua roja que estaba escondida debajo de mi cama, porque Ícaro dijo que al demonio le gustaban los lugares oscuros. ¡Tonterías!

Con una sonrisa, Ícaro tomó la estatua de mi mano y la colocó cuidadosamente en la mesita de noche, como si fuera algo de gran valor.

Para crear la atmósfera adecuada, encendimos algunas velas blancas en el suelo, dejando el ambiente parcialmente oscuro y misterioso, ya que apagamos la luz principal. Ícaro sonrió hacia mí, y con un entendimiento mutuo, nos arrodillamos uno al lado del otro.

La oración continuó en completo silencio, y, maldición, parecía que iba a durar una eternidad. Claro que yo no estaba rezando en absoluto. No creía en esas tonterías, así que mi mente comenzó a divagar.

Recordé el día en que conocí a Ícaro. Fue en el primer año de la escuela secundaria. Apareció en el pasillo, todo serio y silencioso, caminando con actitud.

Un antiguo amigo mío lanzó una provocadora y burlona "alerta de perdedor" mientras extendía el pie, listo para hacer tropezar a Ícaro.

Ícaro no se dio cuenta del pie extendido y, con un movimiento torpe, terminó tropezando, lo que nos llevó a todos a estallar en carcajadas. Pero lo que sucedió después fue lo que realmente me sorprendió. Ícaro se recuperó ágilmente, agarró una pequeña papelera olvidada en la esquina y, con una destreza inesperada, le dio un golpe preciso, impactando en el rostro de mi amigo con la papelera. Fue un movimiento rápido y preciso que dejó a todos boquiabiertos.

En ese momento, mi interés por él surgió inmediatamente.

Una vez que terminamos de rezar, guardé la estatua de nuevo en su lugar y bajamos a la cocina. Al llegar allí, abrí la nevera en busca de más cerveza.

Ícaro me miró, titubeando por un momento.

— Sabes, creo que ya no quiero beber más. Solo quiero dormir para que mañana llegue

pronto.

Aproveché para tomar una botella de cerveza para mí y cerré la nevera con un suspiro. Me acerqué a Ícaro y le di una palmada en el hombro.

— Está bien, chaval. Descansa. Mañana será otro día.

Aquellas palabras no me tomaron por sorpresa. Sabía que la emoción de la noche estaba empezando a dar paso al cansancio.

— Está bien, chaval. Tienes una colchoneta cómoda en mi habitación, si quieres.

Sin embargo, para mi sorpresa, él fue a la sala y se acomodó en el sofá, estirando las piernas y bostezando. Hice una mueca, un poco molesto, ya que me gustaba tenerlo en mi habitación durante la noche.

— ¿Estás seguro? Mi habitación es más cómoda.

Él negó con la cabeza, sus ojos ya comenzaban a cerrarse.

— Estoy muy cansado. La sala está bien para mí.

Sabía que no serviría de nada insistir, así que simplemente encogí los hombros y sonreí.

— Está bien, chaval. Que tengas buenas noches.

Ícaro asintió con la cabeza, con una sonrisa adormilada en los labios.

— Buenas noches, Paco.

Mientras me retiraba a mi habitación, no pude evitar sentir un vacío temporal. Sin embargo, sabía que era solo una noche y que mañana estaríamos de vuelta en nuestra emocionante jornada. Con un suspiro, cerré la puerta de mi habitación y me preparé para un sueño agitado.

Capítulo 6
Ícaro

Mi corazón latía descontroladamente, como si estuviera a punto de saltar por mi boca. Al mirar el cuerpo de Paco extendido en el sofá, me di cuenta de que sostenía el arma del crimen entre mis manos temblorosas. Mi pecho resonaba con un fuerte latido. ¡Dios mío, qué había hecho!

Dejé caer el arma del crimen al suelo, liberándola de mis manos, y sentí la adrenalina correr por mis venas mientras trataba de entender lo que estaba sucediendo. Había matado a Paco, a mi mejor amigo.

Con las manos manchadas de sangre, me arrodillé a su lado, cuyo rostro estaba pálido y sin vida. Las lágrimas comenzaron a caer por mi rostro mientras lo miraba, ahora silencioso e inmóvil.

El sonido de mi propio sollozo resonaba en la sala vacía, mezclándose con el aire denso de culpa y desesperación. Mis manos temblaban violentamente mientras intentaba, en vano, apartar las imágenes de lo que acababa de suceder. El arma que había utilizado para quitarle la vida a Paco yacía en el suelo a mi lado, un objeto siniestro y manchado de rojo.

ΔΔΔ

Abrí los ojos y, en un instante, la realidad invadió mi ser. Un suspiro de alivio profundo escapó de mis labios al darme cuenta de que todo eso había sido solo un sueño. Una pesadilla terrible que, por algunos momentos, había sido tan vívida, tan real, que no podía distinguir entre la ficción y la realidad.

Poco a poco, las últimas brumas de la pesadilla se disiparon, y la claridad de la realidad regresó por completo. Recordé dónde estaba: en la sala de Paco. En realidad, era el sofá en el que había pasado la noche, y Paco estaba en la habitación, durmiendo tranquilamente.

Miré el reloj en la pared y vi que ya había amanecido. Una sensación de malestar comenzó a instalarse en mi pecho, una necesidad incontrolable de subir las escaleras y verificar si él estaba bien. Era algo que debería ser completamente natural entre amigos, ¿verdad? Sin embargo, esa simple preocupación parecía herir mi masculinidad.

Decidí no subir las escaleras, no porque no me importara, sino porque necesitaba controlar mis propios miedos e inseguridades. Era un desafío personal, una batalla interna que estaba decidido a ganar.

Respiré hondo, controlando la ansiedad que quería dominarme, y me quedé en la sala de estar. Era solo una pesadilla, repetía para mí mismo, y yo era Ícaro Ferreira da Luz, alguien que no permitiría ser dominado por el miedo.

Me senté en el sofá, sintiéndome cada vez más ansioso. Comencé a golpear nerviosamente el pie en el suelo, una manifestación visible de mi inquietud. Me sentía patético por estar así, tan perturbado por causa de un simple sueño.

Pero la ansiedad continuaba corroerme por dentro, y sabía que necesitaba hacer algo para aliviar esa tensión. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba un poco sudado y que mi propia camisa tenía un olor desagradable. No había traído una camisa extra a la casa de Paco, y

la idea de estar oliendo mal era inaceptable para mí.

Decidí actuar rápidamente. Sin dudar, me quité la camisa, quedando solo con los vaqueros. Fue una acción práctica, un intento de deshacerme de la sensación de asfixia que esa camisa sudada me causaba. La exposición al aire fresco trajo algo de alivio, pero mi mente aún estaba turbada por la mezcla de vergüenza y ansiedad que la pesadilla había desencadenado.

Me di cuenta de que sería sensato subir y tomar prestada una camisa de Paco. En el fondo, sabía que lo estaba usando como una excusa para verificar si él estaba realmente bien. Después de todo, no podía simplemente admitir mi preocupación abiertamente.

Con un suspiro resignado, me levanté del sofá y subí las escaleras, tratando de mantener mi expresión lo más indiferente posible. La puerta de su habitación estaba entreabierta, y entré con cuidado.

Él todavía estaba allí, acostado en su cama, durmiendo tranquilamente. La sensación de alivio que me invadió era contradictoria. Por un lado, me alegraba de que mi amigo estuviera bien, pero por otro lado, también me sentía un poco tonto por dejar que la pesadilla me afectara tanto.

Abrí su armario para tomar una camisa, y el caos que vi dentro era impresionante. Ropa amontonada, objetos dispersos, era evidente que Paco no era muy organizado. No pude evitar sentir cierto desdén por el desorden, pero en ese momento, mi mente estaba ocupada con otras preocupaciones.

Mientras buscaba una camisa, escuché un leve gemido proveniente de la cama. Paco empezaba a despertar, y sus ojos somnolientos se encontraron con los míos. Sonrió perezosamente y dijo:

— Buenos días, flor del día.

Me volví rápidamente para mirarlo, sintiendo que mi expresión se endurecía.

— Si me llamas flor otra vez, te destrozaré como a un pez —respondí con firmeza.

Paco solo sonrió aún más, pareciendo no importarle mi irritación.

— Está bien, rayo de sol.

Revolví los ojos, decidiendo dejarlo pasar. Era solo una broma, después de todo, y no quería prolongar esa conversación. Guardé la camisa que había elegido debajo del brazo y comencé a dirigirme hacia la puerta.

Era hora de tomar una ducha e ir al baño. Mientras encendía la ducha y el agua comenzaba a correr, noté que había una botella de champú allí. Sin pensarlo mucho, agarré el frasco y lo abrí, comenzando a lavarme el cabello.

El olor del champú llenó el baño, y era el mismo olor que tenía Paco. Para ser honesto conmigo mismo, siempre encontré ese aroma agradable. Era un secreto que raramente admitía, una atracción olfativa que no quería reconocer abiertamente.

Después de terminar la ducha, agarré una toalla y empecé a secarme mientras observaba mi reflejo en el espejo. Paco no tenía la gomina que me gusta usar, así que tendría que conformarme con un peinado simple.

Caminé hacia su habitación, que ahora estaba vacía. Sin pedir permiso, decidí usar su desodorante, y la sensación de usar algo suyo sin preguntar era extrañamente satisfactoria. Miré el reloj en su mesita de noche y, sin dudar, decidí "robar" y usarlo. Sabía que si lo pedía prestado, él lo prestaría sin pensarlo dos veces.

Decidí buscar algo más que pudiera "tomar prestado" sin pedir permiso, pero no encontré nada particularmente interesante. Así que encogí los hombros y bajé las escaleras en busca de algo para comer en la cocina.

Para mi sorpresa, encontré a Paco allí, batiendo huevos y plátanos en la licuadora. Fruncí el ceño con una expresión de disgusto, sin poder evitar la curiosidad sobre lo que estaba haciendo.

— ¿Qué diablos estás haciendo? —pregunté, sin ocultar mi repugnancia.

Él sonrió, como si encontrara divertida mi reacción.

— Es proteína, amigo —explicó, mientras seguía mezclando la extraña combinación de ingredientes—. Estoy tratando de ponerme más fuerte para la acción, ¿sabes cómo es?

Asentí con la cabeza, aún no muy convencido.

Decidí explorar los armarios de la cocina, con la esperanza de encontrar algo para comer, pero mi búsqueda no dio resultados. Los armarios estaban prácticamente vacíos, y la sensación de que no había nada para satisfacer mi hambre comenzaba a molestarme.

Me volví hacia Paco y le pregunté con un tono de frustración:

— ¿No hiciste compras?

Él encogió los hombros con indiferencia, sin dejar de beber su proteína directamente de la licuadora.

— No tuve tiempo. Solo eso para hoy.

Aquella respuesta no era exactamente reconfortante, y me preguntaba cómo él lograba sobrevivir comiendo de esa manera. Pero en ese momento, estaba más preocupado por mi propia hambre que por sus hábitos alimenticios.

Finalmente, después de una búsqueda casi desesperada, encontré medio paquete de Oreos abierto en la nevera. Parecía que sería mi única opción en ese momento, y tenía demasiada hambre como para ser selectivo.

Tomé las galletas, me senté en el mostrador, abrí el paquete y empecé a comerlas una por una.

Comía un poco malhumorado, como era común para mí por las mañanas. La verdad era que no solía ser la persona más agradable justo después de despertar. Pero el sueño había empeorado las cosas un poco más allá de mi preocupación patética. Además, estaba el recuerdo de la noche en que encontré a Paco desmayado en el sofá, una sensación que no podía ignorar. Era algo que me afectaba de una manera que no podía explicar.

Paco se volvió hacia mí.

— Después de la escuela, voy a comprar cosas para la casa.

Él pensaba que mi mal humor se debía a la falta de desayuno.

Obviamente, no iba a revelar la verdad sobre lo que me molestaba, así que respondí con un simple:

— Está bien.

Era más fácil hacerle pensar que mi irritación era solo por el hambre que admitir que había algo más profundo y perturbador afectándome en ese momento.

Mientras terminaba de comer las Oreos, algo importante vino a mi mente. Señalé hacia el pasillo que llevaba a la puerta del sótano y le pregunté a Paco cómo estaba nuestro "huésped especial".

Paco sonrió, una sonrisa que tenía un toque de malicia.

— Bajé para verificar a nuestro invitado... bueno, estaba en una mezcla de pánico y desesperación. Gritó por un rato, se retorció... pero pronto se dio cuenta de que no servía de nada. — Sonreí cuando Paco me miró y dijo — Voy a darme una ducha rápida y vuelvo enseguida. Después de todo, hoy es un día especial.

Asentí con la cabeza, comprendiendo la importancia del día para nosotros. Mientras él se

dirigía al baño, aproveché para alimentar al gato, que esperaba pacientemente la comida. Pasé suavemente la mano por su pelaje suave mientras devoraba la comida. Sus ojos expresaban gratitud, y una ola de ternura me invadió.

Mientras lo acariciaba, pensé en los eventos que estaban a punto de ocurrir. Aunque estaba emocionado por lo que estaba por venir, no podía evitar la sensación de inquietud en el fondo de mi mente. Estaba ansioso por finalizar el plan que habíamos elaborado para salir de esta ciudad que nos asfixiaba.

La escuela, hoy, estaría agitada, pero sabía que la libertad que buscábamos estaba a punto de llegar, esperándonos, y eso me llenaba de determinación.

Tan pronto como bajó las escaleras, se puso la mochila en la espalda y me sonrió.

— ¿Vas a la escuela solo con mi ropa puesta? ¿No llevarás un lápiz? — bromeó.

Le sonreí de vuelta y encogí los hombros.

— Creo que en un día tan traumático y triste como este, a nadie le importará.

Salimos de casa, y Paco cerró la puerta con un toque suave. Caminamos hacia el jeep, y noté que la mañana estaba fresca y llena de expectativas. Con un suave clic de desbloqueo, abrió las puertas del jeep o, y nos acomodamos en el vehículo.

— En la escuela, necesitamos mantener la boca cerrada. Cualquier error, y estamos en problemas — susurré tan pronto como arrancó el motor.

Paco me lanzó una mirada despreocupada, con esa sonrisa de oreja a oreja que indicaba que estaba lejos de estar preocupado.

— Relájate, amigo —dijo, aún sonriendo ampliamente.

Se notaba que estaba muy emocionado.

— Estoy hablando en serio — continué, en un tono de advertencia — La vida tal como la conocemos puede desmoronarse si alguien conecta los puntos. Necesitamos ser discretos, al menos hasta que resolvamos los siguientes pasos.

Paco encogió los hombros, pero la emoción aún brillaba en sus ojos.

— Estás siendo paranoico, amigo. Nadie pensará que nosotros, los chicos más geniales de la escuela, seríamos capaces de algo así — dijo con confianza.

No pude evitar una pizca de escepticismo, pero no quería arruinar su atmósfera.

— Recuerda que el plan era hacer parecer que estábamos tan sorprendidos como todos los demás. Cualquier comportamiento sospechoso puede incriminarnos.

Él suspiró, pareciendo resignado.

— Está bien, está bien. Entendí — dijo, cediendo a mi insistencia — Haré la cara más triste que pueda.

Cuando Paco estacionó el auto a una cuadra de la escuela, estaba haciendo un esfuerzo por contener la explosión de emociones ante la confusión que nos esperaba.

Sabía que algunos reporteros curiosos estarían por ahí, pensando que ese sería el crimen del año. Después de todo, Patrícia y Bruno provenían de familias relativamente importantes, y nuestra ciudad era bastante pequeña. Dos víctimas muertas en un supuesto ritual satánico. Claro, eso por sí solo llamaría la atención, pero lo que presencié parecía un exceso.

Paco tenía una sonrisa amplia y radiante, desbordando entusiasmo ante toda esa frenesí mediática. Mientras él mostraba entusiasmo, yo, aunque también sonreía, luchaba por contener la avalancha de ansiedad que inundaba mi interior.

Mientras avanzaban hacia la escuela, la escena que se desarrollaba ante mis ojos era de pura ebullición. Los reporteros corrían frenéticamente de un lado a otro, sedientos de una nueva fuente de información, seducidos por la promesa de una historia de proporciones épicas.

— Tendremos que estar extremadamente atentos todo el día — dije, mis ojos inquietos examinando todos los rincones a mi alrededor.

Paco soltó una risa exuberante que resonó en la agitación a mi alrededor, su sonrisa rebosante de emoción contagiosa.

— ¡Esto es mucho mejor que la clase de química, sin duda alguna! — exclamó él.

Asentí con un gesto de cabeza, pero en mi interior, sabía que la atención de los medios podría ser peligrosa y requeriría extrema precaución. Tendríamos que vigilar nuestras palabras y acciones frente a las cámaras.

— ¿No es extraño sentirse tan importante? — preguntó él, deteniéndose frente a mí y acomodando la correa de su mochila.

— Sí, es extraño. Pero, ¿qué tal si mostramos un poco más de respeto por la situación y, quizás, sonreímos un poco menos? Después de todo, queridos compañeros nuestros fueron brutalmente asesinados — respondí, dejando un leve toque de sarcasmo en mi voz.

Paco frunció intensamente el ceño y sacudió la cabeza, luchando por encontrar su enfoque. Sin embargo, sabía que la ola de emoción que lo dominaba lo impulsaba a actuar como un protagonista.

— Lo sé, lo sé — respondió él, su voz cargada de determinación, tratando de transmitir una expresión más seria — Sigamos adelante.

Una leve sonrisa se dibujó en mis labios, un ligero arqueo solo de un lado, mientras Paco, una vez más, se permitía sonreír, iluminando su rostro. Era divertido y preocupante verlo esforzarse por actuar naturalmente.

Sabía que la situación requería seriedad, pero también entendía la dificultad que él tenía para mantener una fachada constante frente a toda la atención de los medios. Era un desafío para los dos enfrentar esta situación, pero teníamos que seguir adelante con precaución.

Con una rápida mirada alrededor, vi a Nina parada, aparentemente desorientada ante el caos que nos rodeaba.

Lancé una mirada irónica a Paco, y una sonrisa cínica empezó a formarse en mis labios, indicando que deberíamos acercarnos a ella. Silenciosamente, me aproximé por detrás y toqué suavemente su hombro. Dio un salto asustada, girándose bruscamente para enfrentarme, claramente sorprendida por mi presencia.

— Lo siento, cariño — dije, intentando parecer preocupado — ¿Escuchaste sobre lo que sucedió anoche?

Me miró.

— Sí — dijo, con los ojos llenos de lágrimas — Maldición, estuve con ella en la escuela después de clases. Nunca lo imaginé.

Su voz se apagó y la abracé. Ella empezó a sollozar, aferrándose a mi camisa.

Insoportable.

Paco estaba haciendo un esfuerzo para contener la risa. Por mi parte, simplemente disfrutaba de la situación que se desarrollaba frente a nosotros.

— No te preocupes, Nina — dije con una sonrisa tranquilizadora, Mientras mantenía la actuación de un novio preocupado — Nada malo va a sucederte mientras esté cerca.

Noté a Paloma acercándose a nosotros, sus ojos llenos de expectativas.

— ¿Han escuchado la noticia? — preguntó ella.

Nina la miró y luego a mí antes de responder:

— Sí, ¿fue un ritual satánico, verdad?

Paloma asintió.

— Diabólico. Utilizaron su sangre para dibujar símbolos en las paredes.

— ¿Saben algo sobre quién hizo esto? — preguntó Nina.

— No, pero Doña Lucía me dijo que la psicóloga y el policía Héctor están aquí — respondió Paloma — Quieren hablar con los estudiantes.

Mis cejas se fruncieron en una expresión de preocupación.

— ¿Creen que el crimen está relacionado con la escuela?

— Todo es posible —respondió Paloma.

Aunque esto me molestó, no fue sorprendente. Después de un crimen tan brutal, era evidente que una investigación se extendería por toda la escuela. La clave era actuar como cualquier chico normal de clase media, ocultando nuestras verdaderas intenciones bajo una fachada aparentemente inofensiva.

Hablé:

— Esperemos que encuentren al culpable. Por ahora, creo que es mejor que vayamos a clase.

Nina asintió con la cabeza, claramente afectada. Aunque Paloma y Paco aparentaban no estar muy conmocionados, decidieron acompañarnos hasta el salón de clases, poniendo momentáneamente fin a nuestra conversación.

Durante el primer periodo, Paco y yo compartíamos la misma clase. Mientras prestaba atención a la lección, trataba de convencerme de que todo se desarrollaría según lo planeado, pero una emoción incontrolable crecía en mí, ansioso por avanzar a la siguiente fase de mi plan.

El profesor intentaba impartir la lección, pero resultaba imposible, ya que todos solo querían hablar sobre la reciente tragedia en la escuela. Pensé para mí mismo, "Si supieran la verdad..." Resultaba irónico que mientras pensaba exactamente en eso, Alice, otra alumna, levantó la mano y, al obtener permiso del profesor para hablar, preguntó si creía que algún alumno de la escuela habría cometido esa atrocidad.

El profesor se recostó en la silla y colocó los pies sobre la mesa, encogiéndose de hombros como si no supiera qué decir. Era evidente que él también estaba reflexionando sobre el mismo tema, pero no podía decir nada hasta que las investigaciones se completaran.

Mientras la discusión en el aula continuaba, no pude evitar una sonrisa satisfecha. La confusión y la incertidumbre reinaban, y sabía que apenas estaba empezando. Observaba atentamente las reacciones de mis compañeros, preguntándome cuánto tiempo tomaría para que la psicóloga me llamara. De repente, el sonido fuerte de golpes en la puerta interrumpió el flujo de la clase, haciendo que todos volvieran la cabeza en dirección al ruido, curiosos sobre quién podría estar afuera.

La puerta se abrió de forma abrupta, revelando la figura de Doña Lucía. Sus ojos recorrieron la sala, reconociendo que todos esperaban su llegada. Luego, dirigió su mirada directamente hacia mí y anunció que era mi turno. Me levanté apresuradamente del pupitre, recogí mis cosas y la seguí fuera del aula. Sin embargo, antes de salir, mi mirada se cruzó con la de Paco, intercambiando una breve mirada cómplice que revelaba el leve nerviosismo que intentaba disimular.

Caminé por el pasillo con un sentimiento creciente de ansiedad. Cada paso parecía más pesado que el anterior mientras me acercaba a la sala de la psicóloga. Finalmente, llegamos. Doña Lucía golpeó la puerta antes de abrirla. Entré en la sala con una mirada expectante, y allí estaban ellos.

La psicóloga estaba detrás del escritorio. A su lado, mi tío, o mejor dicho, el policía Héctor. El director Pascual, por su parte, estaba cerca de la ventana, su rostro marcado por una

expresión de profunda preocupación. Aunque las paredes estaban decoradas con diplomas y premios, todo eso parecía insignificante en ese momento.

La psicóloga me miró directamente a los ojos y dijo con voz suave:

— Ícaro, siéntate, por favor.

Obedecí y tomé asiento frente a ellos, sintiendo el peso de sus miradas sobre mí. Mi tío comenzó con las preguntas:

— Ícaro, ¿conocías a las víctimas?

Mantuve mi expresión tranquila.

— Sí. Estudiamos en la misma escuela.

El director asintió.

— Eso es cierto.

Mi tío, aún preocupado, añadió:

— ¿Puedes contarnos si notaste algo extraño o sospechoso en los últimos días? ¿Algún comportamiento inusual por parte de Patrícia y Bruno?

Fingí reflexionar por un momento antes de responder.

— Bueno, no que yo sepa. Ellos eran solo estudiantes como todos nosotros. Nada parecía fuera de lo común.

— ¿Eras muy amigo de ellos?

— ¿Amigos? No exactamente, Policía Héctor. Nos conocíamos, eso es todo.

Él suspiró profundamente, su expresión cansada reflejando la presión del momento. Con los brazos cruzados, continuó indagando:

— ¿Puedes decirnos dónde estabas anoche?

Respondí sin dudar, manteniendo un tono tranquilo:

— Pasé en casa de mi novia, Nina, y luego me fui a casa. — Una breve sonrisa acompañó mi respuesta. — Puedes preguntarle a ella si quieres.

— Preguntaré a tu padre — dijo él.

Mi sonrisa desapareció.

— Mi padre llegó en las primeras horas de la madrugada. Cuando él llegó, yo ya estaba durmiendo.

Él asintió con la cabeza, indicando que entendía, y luego lanzó una pregunta inesperada:

— ¿Te gusta el rock, metal o algo parecido?

Tuve que contenerme para no sonreír. Era evidente que sus sospechas se dirigían hacia personas alternativas que llamaban la atención por su apariencia. Yo era solo un adolescente de clase media como cualquier otro.

Mi respuesta llegó de inmediato, con un tono claro de negación:

— No, oficial, no soy precisamente un fanático de rock ni nada por el estilo.

— ¿Y videojuegos violentos? ¿Te gustan?

— Tampoco.

— ¿Y películas de terror?

— Prefiero las de acción.

Héctor soltó un suspiro pesado, sus ojos cansados revelando la frustración.

— Está bien, puedes ir, hijo — dijo con un gesto de mano, indicando el final del interrogatorio.

Me levanté de la silla, una ola de confianza inundándome. Salí de la sala con la convicción de que no había motivos para sospechar de mí.

Al cerrar la puerta, noté murmullos bajos provenientes de la psicóloga y de mi tío, pero

no les di importancia. Mantuve mi paso firme y continué alejándome, una leve sonrisa jugando en mis labios.

Era hora de volver al aula, pero al salir de la sala, noté que la escuela estaba agitada e inquieta. Algunos estudiantes deambulaban, y las conversaciones susurradas y miradas preocupadas llenaban los pasillos.

Sabía que en ese estado de agitación, nadie podría concentrarse adecuadamente en la clase, y yo mismo no estaba de humor para eso.

Caminé por los fondos de la escuela, donde encontré un rincón aislado en el patio, bien lejos de las miradas curiosas. El sol de la tarde acariciaba mi piel, y aproveché ese momento para poner en orden mis pensamientos.

Con calma, saqué un cigarrillo de mi bolsillo, encendí el encendedor y di una profunda calada, sentado en un banco. El humo se dispersaba lentamente.

A medida que el cigarrillo se consumía, una sensación de relajación y serenidad comenzó a apoderarse de mí. Con cada calada, la tensión del interrogatorio se iba alejando un poco más. El sol seguía brillando suavemente, y el patio trasero de la escuela permanecía imperturbable.

Capítulo 7
Paco

En el receso para el recreo, todos se dedicaban a comentar un solo tema. Decidimos no quedarnos en la cafetería, así que nos dirigimos al patio y nos sentamos bajo la sombra de los árboles, con Nina entre las piernas de Ícaro, apoyada en su pecho. Formamos un círculo mientras el viento mecía las hojas, y experimenté una sensación extrañamente reconfortante.

— ¡Las preguntas fueron absurdamente estúpidas! — exclamó Paloma, irritada. — ¿Qué tienen que ver mis gustos de películas con todo lo que ha pasado?

— Piensan que somos adolescentes idiotas, fácilmente influenciables — comentó Artur.

— Bueno, algunos de nosotros son idiotas — dije, mirando a Artur y soltando una risa.

— Dijeron que les arrancaron los ojos y los pusieron en el estómago — dijo él.

No, eso no sucedió. Sin embargo, sería interesante si hubiera ocurrido. Me reí de nuevo por un segundo. Era increíble cómo la historia ya se estaba convirtiendo en una leyenda monumental.

— Creo que quien lo hizo ya está lejos — dijo Paloma.

— O preparándose para hacer nuevas víctimas — agregó Artur.

Nina soltó un suspiro.

— ¿Será que fue alguien de aquí de la escuela?

Sonreí audazmente.

— ¿Qué pasa, Nina? ¿Tienes miedo de que te pase lo mismo?

Ella hizo una mueca, su cuerpo estremeciéndose. Ícaro, como buen novio, la abrazó aún con más fuerza para calmarla.

Tuve que contenerme para no rodar los ojos.

— Si fue alguien de aquí… — comenzó Paloma, vacilante, — ¿quién creen que fue?

— El hermano raro de Nina — dije de repente, soltando una risa.

Miré a Nina y noté que estaba enojada. Luego, mis ojos se encontraron con los de Ícaro, y compartimos un breve momento de conexión. Solté una risa, y él respondió con una sonrisa sutil.

— ¿Cuál es el problema? — pregunté, fingiendo inocencia. — El tío de Ícaro cree que a quien le gusta esto escucha rock, y su hermano tiene una banda de rock.

Ícaro suspiró.

— Eso es puro prejuicio.

— Ícaro tiene razón — afirmó Paloma.

— ¿Saben lo que pienso? — dijo Artur, y todos volvimos a mirarlo. — Creo que fue Paco.

Sentí incomodidad.

— ¿Por qué yo?

— Porque ese día, estabas lanzando miradas extrañas a Patricia. Apuesto a que estabas imaginando algo nada agradable.

La sospecha en las palabras de Artur hizo que mi estómago se apretara, incluso sabiendo que no tenía idea de lo que estaba sucediendo. ¡Mierda!

— Estás equivocado. Estaba imaginando algo muy agradable con ella — respondí con doble sentido.

El timbre sonó, y todos saltaron sobresaltados. Pero sabía que algo estaba fuera de lo

común. Mientras los imbéciles a mi alrededor empezaban a levantarse e ir a sus aulas, Ícaro me lanzó esa mirada cómplice, como si nos estuviéramos entendiendo sin necesidad de hablar. Mientras los demás salían, nosotros dos nos quedamos allí, sabiendo que era hora de largarnos y dejar esa clase de mierda atrás.

En la calle, todavía había mucho movimiento, con reporteros y personas comunes pasando por allí. Con precaución, nos desplazamos rápidamente por la cuadra, manteniendo la discreción y mezclándonos con la multitud. Con el enfoque en nuestro objetivo, nos movimos con agilidad, evitando llamar la atención innecesaria. Era como si estuviéramos en sintonía, listos para lograr nuestro objetivo sin llamar demasiado la atención.

Finalmente, llegamos al final de la cuadra, donde mi coche estaba estacionado. Entramos rápidamente en el vehículo, suspirando aliviados por estar fuera del alcance de miradas curiosas. Arranqué el motor con una sensación de libertad que recorría todo mi ser, mientras el coche se alejaba lentamente de la escuela.

— ¿Cómo te fue en el interrogatorio? — preguntó Ícaro.

Sonreí ampliamente y travieso, como solo yo sabía hacerlo.

— En realidad, me fue muy bien — respondí. — Esos idiotas ni siquiera sospecharán nada.

Ícaro también sonrió con confianza, y nuestros ojos se encontraron en complicidad.

— Para el fin de semana, Caio asumirá la culpa y estaremos libres — dijo él, con entusiasmo en su voz.

Amplié aún más mi sonrisa, tratando de mantener la fachada, pero sentí un frío incómodo instalándose en el fondo de mi estómago.

— Estoy en un verdadero torbellino de emociones — admití finalmente, soltando una risa nerviosa, e Ícaro me lanzó una mirada confusa. Continué, sintiendo la necesidad de explicar: — A veces, parece que todo va a salir bien, joder, pero hay momentos en los que parece que todo va a salir mal.

— No empieces con esa negatividad ahora, Paco. Lo último que necesitamos es inseguridad. Estamos al borde de algo grande. Nada puede detenernos. Necesitas reponerte y confiar en el plan. Vamos a hacer historia juntos, y nada saldrá mal.

— Claro, Ícaro, siempre tienes razón. — respondí con una sonrisa sarcástica. — Voy a poner mi sonrisa confiada y fingir que no estoy cagándome de miedo.

Solté una risa nerviosa y le guiñé un ojo.

Él entrecerró los ojos hacia mí, su desconfianza pesando en el aire.

— Estás así porque hoy vamos a matar a Paloma, y estás enamorado de ella. — había un rastro de enojo en su voz.

Lo miré con firmeza.

— ¡No es eso, joder!

— Claro que sí.

— No.

— Sí.

Respiré hondo y dejé la discusión de lado, al menos por el momento. Ícaro giró su rostro hacia mí y dijo:

— Tú serás el encargado de matar a Paloma. — Lo miré confundido, ya que sabía que el plan original era que yo matara al padre y él a Paloma. Sus ojos se estrecharon en una sonrisa siniestra. — Quiero saber si tienes el valor de matar al amor de tu vida.

Rodé los ojos, pero, sin decir nada más, simplemente asentí:

— Está bien.

Finalmente, divisamos la casa de Paloma a lo lejos y todo parecía tranquilo, y yo no iba a dar tregua, para nada. Estacioné el auto unas cuadras antes, ocultándolo cuidadosamente en una calle lateral. Luego, con pasos sigilosos, comenzamos a acercarnos silenciosamente a la residencia.

Nos deslizamos entre los arbustos y saltamos el pequeño muro que rodeaba la propiedad. Mientras caminábamos por el jardín, la tensión aumentaba con cada paso, pero no iba a dejar que el miedo venciera mi determinación.

El sol aún brillaba intensamente, pero la calle estaba poco transitada. La gente estaba en la escuela, en el trabajo o en sus casas viendo televisión.

Más o menos sabía que sus padres estarían en el trabajo y que Paloma era la primera en llegar; después, su padre, y solo por la noche llegaba su madre y su hermanita.

Tomé la llave de la piedra falsa y entramos.

La ventaja de Delfín era que normalmente era una ciudad tranquila, así que nadie usaba alarmas ni cámaras de seguridad, y dejaba llaves en lugares falsos cerca de la puerta.

— ¿Paloma? — llamé, queriendo asegurarme de que no hubiera nadie en casa.

Esperé unos segundos, pero no hubo respuesta.

Ícaro y yo nos detuvimos en medio de la sala y nos quitamos la ropa para vestir otro conjunto de sudaderas negras que quemaríamos después. Durante todo el proceso, intenté no mirarlo.

Ya vestido y con los guantes puestos, fui a la cocina y comencé a preparar un sándwich. Era mi forma de calmarme, actuar como si no estuviera a punto de cometer un doble homicidio.

Mientras colocaba cuidadosamente las capas de queso y jamón entre las rebanadas de pan en la cocina, Ícaro entró, sus cejas frunciéndose en una expresión de sorpresa e incredulidad.

— ¿En serio esto? — preguntó, observando mi actividad.

— El asesinato me da hambre — respondí con una sonrisa, dando un gran mordisco al sándwich en construcción. — ¿Quieres uno?

Una sonrisa se formó en sus labios.

— No, gracias. — hizo una pausa — Entonces, revisando el plan. Paloma llega primero y seguro va directo al dormitorio.

Asentí con la cabeza, manteniéndome concentrado en sus palabras.

— Vale, y mientras tanto, estaré escondido en el armario, esperando el momento adecuado para entrar en acción.

Reí, dándome cuenta de que la frase tenía doble sentido.

Ícaro sonrió.

— Exactamente. Tan pronto como ella entre en la habitación, tú la matas.

Forcé una sonrisa, porque sentí algo extraño en el estómago.

Paloma era más que mi víctima, era mi amiga, y cuando estábamos juntos, a veces me sentía un poco mejor. Pero claro, mi lealtad estaba pegada a Ícaro, y no había espacio para nadie más en este lío

A veces, no podía evitar reflexionar sobre cómo serían nuestras vidas después de todo esto. A diferencia de Ícaro, yo no creía en Tuliamón o alguna otra tontería por el estilo. Ícaro poseía talento, estaba enfocado como nadie y era determinado como el infierno; sabía que se convertiría en un escritor respetado. El éxito estaba prácticamente garantizado para él.

¿Y yo? Joder, solo contaba con fuerza física, y no era precisamente hábil con las palabras ni con nada más, ni siquiera como jugador. La idea de ser famoso para mí era como una broma.

En el mejor de los casos, podría seguir realizando trabajos sucios, como esta mierda en la que estábamos a punto de embarcarnos.

Miré a Ícaro e inmediatamente las imágenes de la noche anterior inundaron mi mente. Realmente la habíamos destrozado a Patrícia y Bruno.

Necesitaba expresar el deseo de que Paloma tuviera un entierro decente, con flores y un ataúd abierto. Sabía que él podría malinterpretarlo, pero necesitaba intentarlo.

— Quiero hacer algo rápido — dije.

Él me miró confundido.

— ¿Cómo así?

— Nada de tripas esparcidas. Yo le corto la garganta, hacemos los símbolos y ya está.

Él pareció enojarse.

— Deja de joder. Esa es la diversión de todo esto, ¿no? ¡Vamos a dejar a la gente aterrorizada !

Me encogí de hombros, sintiéndome medio derrotado.

— ¿Hay alguna razón por la que quieras hacer esto rápido? — preguntó con voz dura.

— La ciudad ya está en alerta. Es mejor que lo hagamos lo más rápido posible — afirmé.

Ícaro reflexionó por un momento.

— Creo que tienes un punto. Así que voy a fingir que no estás diciendo eso porque estás enamorado — dijo con una pizca de ironía.

Rodé los ojos y esbocé una sonrisa.

Se me ocurrió algo, algo que no estaba seguro de cómo reaccionaría Ícaro, pero aún así decidí decirlo en voz alta, manteniendo la sonrisa:

— Si sigues hablando así, pensaré que estás celoso.

Él rodó los ojos.

— No me gusta Nina — afirmó de forma contundente.

No estaba seguro de adónde quería llegar con eso, pero pensé, "¿Y de mí, te gusta?" Sin embargo, no reuní el coraje suficiente para expresarlo en voz alta.

— No me gusta Nina — reiteró. — Pero parece que tú sí estás muy interesado en Paloma.

— Solo un poco — admití. — No lo suficiente como para cambiar este plan.

Su mandíbula se tensó ligeramente.

— Es mejor que así sea.

Sonreí.

— Entonces, ¿qué quieres hacer esta noche? — pregunté, cambiando de tema.

—Voy a quedarme en casa y esperar la noticia. Nos vemos solo mañana.

No quería eso.

—¿Por qué?

— Quiero dormir en casa — respondió con firmeza.

El silencio se hizo presente y miré el reloj. Aún faltaba un tiempo para que llegara Paloma.

— ¿Notaste lo agitada que estaba la escuela? — pregunté, solo para seguir la conversación.

— Te dije que sería así.

— Pero no imaginé que sería tan intenso.

— Y mañana será aún más.

— Pero no estaba esperando a la policía — admití.

Sus cejas se fruncieron.

— Están seguros de que fue alguien de la escuela.

Una sonrisa se escapó de mis labios.

— Y realmente lo fue.

Él suspiró.

— Vamos a prepararnos — dijo finalmente — Sube y escóndete en el armario.

Reí una vez más, casi haciendo una broma sobre el hecho de que ya estaba allí, pero decidí dejarlo pasar.

Entré en la habitación de Paloma, y, vaya, era prácticamente un ataque al mundo de las chicas. El papel tapiz claro, los muebles blancos, peluches por todas partes.

— Parece que hemos invadido el reino encantado de Paloma — dijo Ícaro, riendo un poco.

Me puse la máscara y entré en el armario solo, encogiéndome allí dentro y esperando. Ícaro se dirigió al baño para esconderse, listo para aparecer si necesitaba ayuda. Mientras esperaba, eché un vistazo a la habitación a través de las rendijas del armario.

La sensación de ansiedad crecía. Extrañamente, incluso después de haber matado a Bruno y despedazado a Patricia, la tensión no disminuía. Mi corazón seguía latiendo descontroladamente en mi pecho. La máscara, aunque cumplía su función, parecía pesada e incómoda.

Los minutos pasaban lentamente, como si cada segundo fuera prolongado por la tensión. Deseaba terminar con eso lo antes posible, salir de ese armario y enfrentarme a Ícaro.

Quise reír una vez más, notando el doble sentido nuevamente.

La sudoración comenzó a formarse en mi rostro, y el sonido de la puerta abriéndose resonó en la habitación. No tardé en ver a Paloma entrar, lanzando la mochila descuidadamente sobre la cama. Su mirada vagó por la habitación, quizás notando algún cambio sutil que indicara la presencia de algo fuera de lo común.

Dentro del armario, contuve la respiración, tratando de no hacer ningún ruido que pudiera llamar la atención.

Sin poder esperar más, decidí salir del armario con un empujón. Paloma soltó un grito sorprendido, pero antes de que pudiera reaccionar, me lancé sobre ella, haciéndonos caer en la cama. Con una mano, tapé su boca para ahogar cualquier sonido no deseado. La habitación estaba tensa, y la adrenalina pulsaba en mis venas.

Sosteniendo el puñal, lo elevé por encima de nosotros. La respiración de Paloma estaba agitada bajo mi mano, y nuestros ojos se encontraron por un breve y terrorífico momento. Sin titubear, ejecuté el golpe.

Clavé el puñal contra ella una, dos, tres veces, hasta que su resistencia comenzó a desvanecerse y quedó inmóvil. La sábana y mi ropa estaban empapadas de sangre, un crudo recordatorio visual de lo que acababa de hacer.

Ícaro apareció con una sonrisa que se extendía de oreja a oreja. Me levanté de encima de Paloma, sintiendo cómo la gravedad de la situación se intensificaba.

— Está hecho, amigo — dijo Ícaro, aún sonriendo, mientras sus ojos brillaban con una mezcla de excitación y satisfacción mórbida.

Miré el cuerpo de Paloma en la cama, una sensación de vacío mezclada con la certeza de que no había vuelta atrás.

Con los dedos sumergidos en sangre, Ícaro y yo comenzamos a trazar símbolos en las paredes de la habitación. Estuvimos en ello durante unos 15 minutos, dibujando en las paredes con la sangre de Paloma. La atmósfera estaba cargada de una energía siniestra, y nuestros ojos se

encontraban ocasionalmente. Sin embargo, esta situación aún no había terminado.

Mientras nuestros ojos se encontraban detrás de las máscaras, la puerta abajo se abrió. El padre de Paloma había llegado. Con un rápido vistazo, intercambiamos una comprensión silenciosa. Salimos apresuradamente de la habitación de Paloma, cerrando la puerta detrás de nosotros para ocultar la escena espantosa que habíamos creado.

Corrimos hacia la habitación de su padre y nos escondimos, esperando con ansiedad mientras la puerta se abría. Tan pronto como el viejo entró, no dudé. Me lancé hacia él, derribándolo al suelo y lanzando dos puñetazos con una intensidad que parecía provenir de un lugar oscuro dentro de mí. Ícaro apareció a mi lado, listo para contribuir, y comenzó a golpear al hombre caído.

El padre de Paloma estaba completamente indefenso, incapaz de comprender la violencia que se abatía sobre él. Una vez que el hombre quedó inmóvil, sin vida, Ícaro y yo nos quitamos las máscaras. Nuestros ojos se encontraron, y empezamos a sonreír, una sonrisa que pronto se convirtió en carcajadas. Era como si la tensión acumulada se disipara en oleadas de alivio. La risa resonó en la habitación, mezclándose con el sombrío ambiente que flotaba en el aire.

Nos quitamos nuestras sudaderas ensangrentadas y las guardamos en una bolsa de basura, listas para ser quemadas, como hicimos la noche anterior. Salimos de la casa sigilosamente, corriendo hasta mi jeep estacionado. Dejé a Ícaro en su casa y conduje hasta la mía, cada kilómetro recorrido parecía alejarme de la oscuridad que dejamos atrás.

Una vez en casa, la maldita adrenalina desapareció y me sentí un poco extraño, jodidamente extraño. Mierda, me pasé la mano por las sienes y solté un maldito suspiro. No, no me arrepentía, obviamente no, pero la ansiedad me estaba jodiendo. Vagué por la sala, cada rincón de la casa gritando con lo que acababa de suceder. La vibra de lo que hicimos aún flotaba en el aire, haciendo que el lugar se sintiera más pesado que la mierda.

Fui hacia la nevera, cogí una cerveza y me quedé apoyado en la barra, sintiéndome tan solo como un náufrago en medio del océano. Siempre he sido un tanto solitario. Mis padres solían estar de viaje constantemente, dejándome aquí mientras disfrutaban de una serie interminable de lunas de miel, y yo ni siquiera tenía la oportunidad de viajar en vacaciones. Supongo que por eso me aferraba tanto a Ícaro. Haría cualquier cosa por ese tipo.

Escuché un ruido proveniente del sótano y sonreí al recordar a Caio. El pobre ni siquiera había almorzado aún. Sonriendo, cogí algunos aperitivos del armario y bajé las escaleras hacia el sótano.

El ambiente del sótano estaba húmedo y cargado, con un olor extraño en el aire. Encontré a Caio atado en el suelo, con las manos sujetas a un tubo. Me acerqué con una sonrisa.

— ¿Qué tal, Caio, disfrutando de tu estancia? — pregunté con una sonrisa sarcástica, sosteniendo el paquete de aperitivos.

Caio tenía lágrimas secas en el rostro, mostrando tanto miedo como una pizca de ira en sus ojos.

—¿Por qué diablos estás haciendo esto? — preguntó, con la voz temblorosa.

Reí.

— Ah, ya sabes, Caio, culpa de todas esas porquerías de la TV con sus películas violentas y videojuegos. Solo queríamos experimentar un poco de emoción, ¿entiendes?

Él me miró con odio, pero eso no me importaba en absoluto. En ese momento, lo único que importaba era mantener el control, aunque solo fuera para divertirme un poco.

— Entonces, ¿la vida de niño blanco básico se volvió demasiado aburrida, eh? — preguntó con firmeza, denotando su indignación.

Me reí con desdén, mirándolo a los ojos.

— Exactamente eso, Caio. A veces, solo queremos sentir algo diferente, escapar de la monotonía de esta vida predecible.

Él me miró, claramente irritado con mi actitud. Era como si estuviéramos en una mala película, y yo fuera el guionista de toda esta locura.

De repente, algo cambió en la expresión de Caio, y comenzó a reír, como si hubiera entendido algo que yo no.

— Eres patético — dijo entre risas, mirándome con una mezcla de desprecio y diversión.

Me quedé confundido, tratando de entender lo que quería decir. Él sonrió aún más, como si estuviera disfrutando de mi confusión.

— No engañas a nadie, amigo. Ya hay comentarios por la ciudad —dijo, manteniendo la sonrisa.

Hice una mueca de confusión.

—¿Comentarios? ¿Quién está comentando?

Él sonrió aún más, como si estuviera deleitándose con la situación.

— En un pueblo pequeño como este, es obvio que alguien te atraparía en los bares gays, incluso estando fuera de la ciudad.

Un escalofrío recorrió mi espalda, extendiéndose por mi estómago cuando me di cuenta de que realmente podría ser el tema de conversación principal en esta maldita ciudad. Caio sonrió aún más, disfrutando cada segundo de mi reacción.

— ¿Estás montando todo este espectáculo por tu enamoramiento de Ícaro, eh? — soltó, manteniendo esa sonrisa burlona.

La pregunta resonó en el aire, transformando el ya pesado ambiente en un caldero a punto de explotar. Tragué saliva, luchando por no dejar que mi agitación se transparentara.

— ¿Qué demonios estás insinuando? — respondí, tratando de disimular la irritación en mi voz.

Pero Caio seguía ahí, sonriendo como si supiera algo.

— Incluso algunas personas de la escuela ya comentan, ¿sabías? Piensan que Paloma está contigo por lástima, porque eres un homosexual reprimido, siempre siguiendo a Ícaro como un perrito faldero — escupió las palabras, dejando un sabor amargo en el aire.

Una sonrisa, sin rastro de humor, se extendió por mi rostro mientras me agachaba para estar más cerca de Caio. La atmósfera en el sótano parecía cargada eléctricamente, como si el aire estuviera a punto de estallar.

— Maldita sea, Caio, Paloma ya está muerta — dije, manteniendo la voz firme y tranquila.

Sus ojos se abrieron como platos, una mezcla de horror e incredulidad. Continué, revelando lo que parecía ser la guinda del pastel.

—Y mañana, tu hermanita seguirá el mismo camino maldito. Ícaro y yo estamos planeando cargar toda la culpa sobre ti. Después de todo, un chico raro como tú, que viste con camisetas de calaveras y se pinta las uñas, sería el sospechoso perfecto, ¿no crees?

Caio intentó articular palabras, pero la incredulidad lo paralizó. El sótano quedó lleno con el peso de la revelación mientras me alejaba.

Fui a la cocina, dándome cuenta de que había olvidado entregar el paquete de aperitivos a Caio, pero al diablo, en ese momento, era lo que menos importaba. Mi cabeza era un caos, no quería ser el tema de conversación en esta maldita ciudad. Pero, demonios, si todos ya lo sabían, ¿Ícaro también sospechaba?

La agitación se mezclaba con la ansiedad, una sensación que intentaba sofocar. He pensado en declararme tantas veces, abrirme de una vez por todas, pero siempre retrocedía. El maldito miedo me retenía, y ahora, con toda la ciudad señalándome con el dedo.

Pero, ¿y si toda esta situación fuera una oportunidad? ¿Un empujón que necesitaba? Tal vez era el momento de declararme de una vez por todas a Ícaro. Después de todo, ya estábamos planeando salir de esta maldita ciudad. Que se jodan todos los que están aquí, juzgando y susurrando.

La idea cobraba fuerza en mi mente agitada. A veces, el caos abre paso a las decisiones más importantes. Tal vez toda esta mierda pudiera ser el catalizador para un cambio que necesitaba y que, en el fondo, quería.

Capítulo 8
Ícaro

A las 17:30, Paco me dejó en la puerta de casa, mientras el sol se despedía en el horizonte.

A las 19:15, me encontraba en mi habitación cuando, de repente, la ciudad pareció despertar en agitación.

A las 20:30, mi padre llegó a casa con pasos pesados, llamando mi nombre con tristeza. Murmuró que lamentaba mucho, que una compañera mía había sido asesinada.

A las 23:00, estaba recostado en mi cama, mirando el techo con una sonrisa de oreja a oreja. De repente, escuché un sonido distintivo de piedritas golpeando mi ventana. Fruncí el ceño, confundido y sorprendido por esta interrupción inesperada.

Con un suspiro de resignación, me levanté de la cama y me acerqué a la ventana, abriéndola lentamente. Miré hacia abajo y no me sorprendió ver a Paco con una expresión ansiosa en el rostro.

— Deberíamos encontrarnos solo mañana, Paco — comenté mientras él trepaba por la enredadera que daba acceso a mi ventana — Pero debería haber imaginado que no podrías esperar; después de todo, siempre has sido impaciente.

Le sonreí, pasando la lengua por los labios mientras él saltaba dentro de mi habitación con su agilidad habitual. Paco encogió los hombros, tratando de disimular su ansiedad con una sonrisa tonta.

— La adrenalina está corriendo por mis venas, amigo. No pude resistirme. Hay varios coches de policía patrullando la calle.

A pesar de la diversión que compartíamos, mi corazón latía más rápido en ese momento, y miré rápidamente hacia la puerta, temiendo que mi padre pudiera aparecer en cualquier momento.

— Paco, no podemos ser tan descuidados — susurré, tratando de mantener mi voz baja — Mi padre está agitado con todo esto, y cualquier ruido podría llamar su atención.

Paco rió, aparentemente despreocupado.

— Relájate, amigo. Siempre has sido el más paranoico.

Le sonreí, compartiendo su emoción. También estaba lleno de energía, aunque de una manera un tanto diferente. Esta noche había sido más tranquila que la noche en que matamos a Patricia, pero la sensación de poder aún estaba presente.

Finalmente, me volví hacia Paco y le dije en voz baja:

— ¿Trajiste tu identificación falsa?

Él pareció un poco sorprendido por la pregunta.

— ¿Por qué necesitaríamos eso?

Sonreí aún más.

— Vamos a comprar bebidas y dirigirnos al mismo lugar de siempre.

Paco entendió de inmediato, y su rostro se iluminó con una sonrisa maliciosa.

— Ah, entendido. Realmente no pierdes el tiempo.

Con cuidado, Paco y yo descendimos por la ventana de mi habitación, aterrizando silenciosamente en el suelo afuera. La noche estaba oscura, y el viento traía un aire de suspenso que solo aumentaba nuestra sensación de adrenalina.

Manteniéndonos agachados, nos dirigimos por el costado de la casa hacia la calle. Sabíamos que no podíamos hacer ruido, no con mi padre cerca, posiblemente alerta ante cualquier movimiento. Nuestros pasos eran rápidos y silenciosos, y nuestros corazones latían al unísono, ansiosos por lo que estaba por venir. La adrenalina pulsaba en nuestras venas mientras nos acercábamos al vehículo. Paco tomó las llaves rápidamente y desbloqueó las puertas.

Entramos en el coche con sonrisas cómplices, sabiendo que la noche apenas comenzaba. El interior del vehículo estaba sumido en sombras, proporcionando un ambiente perfecto. Paco condujo con confianza por las tranquilas calles de la ciudad hasta que llegamos a una pequeña tienda de conveniencia. Estacionó el coche discretamente en un lugar oscuro, y antes de salir, se volvió hacia mí con una mirada astuta.

— Quédate aquí y deja el motor encendido — dijo, indicándome con un gesto de cabeza que debía esperar en el coche.

Asentí con una sonrisa. Mientras Paco entraba en la tienda, mantuve mis ojos fijos en él, observándolo desde lejos, y por alguna razón, simplemente no podía dejar de sonreír. Paco regresó al coche con una sonrisa traviesa en el rostro y unas cervezas en las manos. Las mostró con orgullo y dijo:

— Cogí tus favoritas.

Acepté la cerveza con un gesto de cabeza.

— Buena elección.

Luego, nos dirigimos al acantilado, donde la oscuridad de la noche envolvía todo a nuestro alrededor. Pero a pesar de la oscuridad, las estrellas brillaban intensamente en el cielo, creando un escenario mágico.

Estacionamos el coche cerca del borde del acantilado, mirando hacia abajo en la oscuridad que se extendía debajo de nosotros. Era como si estuviéramos en la cima del mundo, observando el universo frente a nosotros. Era un lugar perfecto para nuestros planes siniestros y nuestros oscuros secretos.

— Un brindis — sugerí, aún dentro del coche.

Él giró la mirada hacia mí, una sonrisa maliciosa bailando en sus labios.

—¿A qué? — preguntó, su voz cargada de provocación.

—A todo — respondí, dejando que mi propia sonrisa apareciera.

Dios mío, estaba rebosante de energía en ese momento. No podía precisar exactamente por qué me sentía tan vivo y emocionado. Después de todo, aún quedaba mucho por hacer para concluir nuestro plan macabro. Sin embargo, el hecho de que las dos primeras etapas hubieran sido exitosas me estaba inundando de euforia. Ambos levantamos nuestras botellas de cerveza en un brindis y luego inclinamos nuestras cabezas hacia atrás, dando largos sorbos a la bebida fría.

— Por un momento pensé que no tendrías el coraje de matar a Paloma — confesé, dejando escapar un suspiro.

Frunció el ceño.

— Espera, ¿qué quieres decir?

Respiré hondo antes de responder, tratando de encontrar las palabras adecuadas para describir la sensación:

— No tengo idea, pero creo que tuve miedo de que descubrieras que los sentimientos que tenías por Paloma eran más profundos de lo que podías imaginar. A veces, nos encontramos perdidos en emociones que siempre estuvieron allí, esperando para salir a la luz.

Paco miró directamente a mis ojos, su expresión seria por primera vez desde que comenzamos la conversación.

— No iba a titubear contigo, Ícaro — afirmó, la determinación en su voz evidente.

Le miré y sonreí, sintiendo una ola de confianza.

— Lo sé — concordé, reconociendo la lealtad que existía entre nosotros.

El silencio se hizo presente, como si estuviéramos dejando que nuestra conversación se disipara en el aire.

— Entonces, después de todo esto terminar — dijo Paco—, nos graduaremos. Oh vaya eso es muy grande.

Me reí.

— No tan grande como lo que estamos haciendo aquí.

Él dio un trago a su bebida.

— Debo decir que estoy de acuerdo con usted.

Me recosté en el asiento del auto, sintiéndome un poco adormecido después de algunas botellas de cerveza. Bebí otras dos botellas y miré a Paco, que parecía estar perdido en sus propios pensamientos.

De repente, una ola de impulsividad me invadió y salí del auto. Abrí la puerta y me dirigí al capó, donde me apoyé, contemplando el cielo estrellado. La noche estaba deslumbrantemente clara, con las estrellas brillando como diamantes en la oscuridad.

Las estrellas eran tan brillantes y cercanas esa noche que parecía que podía alcanzarlas con las manos extendidas. El aire nocturno estaba fresco y nítido, envolviéndome como un manto reconfortante. Era como si el universo estuviera conspirando con nosotros, observando nuestros pasos con interés.

No pasó mucho tiempo antes de que Paco también saliera del auto y se uniera a mí en el capó. Miró el cielo estrellado por un momento antes de voltearse hacia mí.

— Ícaro, ¿estabas hablando en serio sobre escribir un libro?

Fruncí el ceño, un poco sorprendido por la pregunta.

—Sí — respondí sinceramente — Siempre he querido escribir un libro.

Paco parecía intrigado.

—¿Vas a incluir en el libro las veces que hemos estado aquí, entonces? ¿Nuestras conversaciones aquí?

Solté una risa sincera, sacudiendo la cabeza.

— No, esa parte es solo nuestra. Nadie más va a leer sobre esto, y eso lo hace aún más especial y significativo. — Ríe nuevamente, admitiendo — Estoy un poco borracho para decir cosas tan cursis.

Él se rió conmigo y apartó la mirada por un momento antes de murmurar.

— Sabes, Ícaro, me gusta escuchar cosas cursis de ti.

Le miré, sorprendido por la sinceridad de sus palabras.

El recuerdo de aquella noche en que él estaba inconsciente volvió a mi mente, como un fantasma del pasado, haciéndome sentir mal. Aquel viejo malestar, la sensación de algo que estaba mal y que nunca debería haber permitido que sucediera. Solo quería deshacerme de ese recuerdo, de ese momento que se cernía como una sombra sobre nuestra amistad.

Me volteé hacia él, bebiendo otro trago de cerveza para encubrir la ansiedad que comenzaba a acumularse. La pregunta quemaba en mi mente, y sabía que necesitaba hacerla, aunque temiera la respuesta.

— Paco — comencé, mi voz sonando más débil de lo que hubiera querido —, si hiciera algo malo o extraño, ¿seguirías siendo mi amigo?

Él se volvió hacia mí, confundido y un poco divertido, y respondió con una pregunta

sarcástica:

— ¿Qué tipo de cosa mala o extraña? ¿Matar personas para un ritual?

Me reí.

— No, no se trata de eso. Es más sobre... cosas que podrían cambiar la forma en que me ves, cómo me percibes como persona.

Hubo un breve momento de pausa, mientras el silencio de la noche nos envolvía. Mi corazón latía más fuerte mientras lo miraba, buscando sus ojos.

— Mira, Ícaro — comenzó él, su voz vacilante — Soy una mierda expresando sentimientos, pero carajo, quiero que entiendas que estoy aquí de verdad, no importa qué pase. Nuestra amistad es increíblemente importante para mí. Es algo que valoro más que cualquier otra mierda en este mundo.

Conocía lo suficiente a Paco para darme cuenta de que solía recurrir a groserías cuando estaba nervioso o bajo presión. Por eso entendía lo difícil que estaba siendo para él expresar todos esos sentimientos de manera tan franca y honesta.

Hizo una pausa por un momento, buscando las palabras adecuadas para continuar.

— Maldita sea, hemos pasado por un montón de cosas juntos, momentos buenos y malos, y cada uno solo ha fortalecido nuestro vínculo. No eres solo un amigo para mí, carajo, eres como... no sé, alguien en quien confío completamente.

Me reí, pero sentí un nudo en la garganta, y sus palabras me llegaron profundamente.

— Cuando digo que estaré contigo, demonios, no son solo palabras vacías. Es un compromiso profundamente arraigado en lo más profundo de mi ser. No importa lo que hagas, no importan los desafíos que enfrentemos, nunca te abandonaré.

Miró profundamente en mis ojos.

— Sé que somos muy diferentes, pero eso no cambia el hecho de que eres una persona increíblemente especial para mí. Estoy listo para enfrentar cualquier mierda, superar cualquier obstáculo, porque nuestra amistad es invaluable, no tiene precio.

Mi corazón parecía querer salirse de mi pecho. La tensión era palpable en el aire, y no sabía cómo reaccionar a todo eso. Di otro trago a mi cerveza.

Entonces, algo cambió en el ambiente, y Paco actuó impulsivamente, como si fuera tomado por una fuerza que ya no podía contenerse.

Me tomó por la cintura, sus labios encontrando los míos en un beso intenso. El alcohol nublaba mis sentidos, y la sorpresa de ese gesto repentino casi me hizo perder el equilibrio, pero él me sujetó firmemente.

Su lengua invadió mi boca, y yo respondí de inmediato, cediendo al deseo que había estado entre nosotros. Ese beso estaba lleno de pasión, como si estuviéramos liberando años de deseo y atracción reprimidos en un momento explosivo. Las estrellas sobre nosotros parecían girar mientras nos entregábamos a esa explosión de emociones, el alcohol actuando como un catalizador para nuestros deseos más profundos.

Me sujetaba con tanta fuerza que casi era sofocante, pero de una manera extraña y emocionante, estaba disfrutando ser dominado de esa manera. Era una sensación completamente nueva, una revelación inesperada de deseos profundos que nunca había admitido para mí mismo.

Su lengua seguía explorando mi boca, y apenas podía resistir. El beso era enloquecedor, alimentado por el deseo acumulado durante tanto tiempo. Una de las manos de Paco permanecía firme en mi cabello, mientras la otra comenzaba a recorrer mi cuerpo, deslizándose hasta llegar a mi trasero. Lo apretó con fuerza, un gesto audaz y cargado de deseo, que hizo que mi cuerpo se erizara. La excitación entre nosotros era palpable, y pude sentir su erección presionando contra la

mía, lo que me hizo gemir involuntariamente.

— Oh Dios... — exclamó él, claramente afectado por mi gemido.

Paco agarró mi cabello y lo tiró hacia atrás, exponiendo mi cuello y atacándolo con fuerza, chupando y marcando mi piel. Era un frenesí de atracción que nos envolvía, y no podía creer la rapidez con la que habíamos evolucionado hasta ese punto. Mi corazón latía descontroladamente, como si estuviera a punto de saltar de mi boca, mientras extendía la mano hacia la erección de Paco, ansiando sentir el volumen que estaba claramente presente.

— Oh Dios… —murmuré, sin palabras para describir lo que estaba sucediendo.

Cuando mi mano encontró la erección, la sensación me hizo jadear. Era grande, mucho más grande de lo que esperaba, y la excitación que recorría mi cuerpo alcanzaba niveles inimaginables. Mis pensamientos parecían correr descontroladamente, y no podía evitar las vívidas fantasías que llenaban mi mente. Pensamientos intensos de su miembro en mi boca, en mi trasero, me dejaron casi sin aliento. Era una avalancha de deseos que no sabía cómo contener.

De repente, abrí los ojos, asustado por el rumbo que estaban tomando mis pensamientos. No sabía si realmente quería eso. Quiero decir, el deseo era fuerte, intenso. Deseaba profundamente deslizar la cremallera de sus pantalones, arrodillarme y tomar su miembro en mi boca. Pero, ¿podría hacerlo? Bueno, estaba ebrio, y el alcohol nos da coraje, ¿verdad? Tal vez pudiera hacerlo realidad.

Y no se trataba de ser gay, porque no estaba lo suficientemente sobrio como para etiquetar nada. Simplemente seguía el impulso del momento, dejándome llevar por el valor temporal que proporciona la bebida. A veces, es más fácil tomar decisiones cuando estamos inmersos en la niebla del alcohol.

Eso era, no era gay, solo estaba borracho. Al día siguiente, se lo explicaría, y él lo entendería. Después de todo, apuesto a que muchos chicos se han permitido una escapada por curiosidad, guiados por el alcohol.

Fijé la mirada en las estrellas mientras él seguía besando mi cuello. Todo parecía girar, como si el universo estuviera bailando en sincronía con nuestros movimientos. Con las manos actuando por instinto, abrí la cremallera de sus pantalones, la adrenalina pulsando en mis venas. Nunca había hecho esto con un hombre antes. Él interrumpió los besos en mi cuello, ambos jadeantes, como si el tiempo se hubiera congelado en ese momento. Era un territorio desconocido para mí, una inmersión en la oscuridad de mi propia voluntad.

Bajó sus pantalones, y cuando desvié la mirada hacia abajo, me encontré con su pene, erguido y firme, casi rozando su propio ombligo. Mi mano se movía rítmicamente, arriba y abajo, con urgencia.

Levanté la mirada y me encontré con la suya, casi hipnotizada, una conexión intensa entre nosotros. La fuerza del momento era abrumadora, así que bajé la mirada una vez más. Mi respiración estaba acelerada, casi vergonzosa, pero estaba tan inmerso en eso que no podía preocuparme lo suficiente como para detenerme. Si me detenía, temía que no pudiera seguir adelante.

Entonces, me arrodillé y lo tomé en mi boca. La sensación era como tener un trozo de carne entre los labios y la lengua, una experiencia visceral. Aprecié especialmente sentir el calor, los latidos de las venas. Sin embargo, no me atrevía a mirarlo, con miedo de descubrir si le estaba gustando. Había cierta valentía en la ceguera de la acción, una entrega total a las sensaciones, pero enfrentar la realidad podría romper el hechizo y revelar verdades incómodas.

Entonces, con fuerza, me levantó, girándome de espaldas y apoyándome en el capó del coche. Mi corazón empezó a martillar en el pecho, rápido e irregular. No era como si quisiera

huir, pero la sensación de impotencia era abrumadora. Estaba allí, entregado, pero, demonios, era difícil no sentir cierto miedo, una ansiedad que me quemaba por dentro. La oscuridad de la noche amplificaba la atmósfera cargada, haciéndome cuestionar cada elección que me había llevado hasta ese momento.

Él bajó mis pantalones y calzoncillos con violencia, lo que me dejó simultáneamente excitado y nervioso. Aquello había escalado muy rápido, y la intensidad de la situación era abrumadora. Cada movimiento parecía acelerar mi corazón, mientras trataba de equilibrar la creciente excitación con la ansiedad que se instalaba. A veces, la línea entre el deseo y la aprensión es tan delgada que es difícil distinguir dónde comienza una emoción y termina la otra.

Cuando comenzó a introducir su pene en mí, una ola de dolor intenso me consumió. Mordí con fuerza mi propio labio, deseando gritar, deseando que se detuviera. Al mismo tiempo, había un ansia buscada de más, una voluntad que se extendía hasta el límite.

Las primeras embestidas no aliviaron la situación; el dolor persistía, ardiendo dentro de mí como una herida abierta. Era una danza cruel entre el deseo y la agonía, una dualidad que convertía cada movimiento en una experiencia angustiosa y extasiante al mismo tiempo.

Pasé la mano por el capó, buscando desesperadamente algo para agarrarme, y fue entonces cuando sentí que él agarraba mi mano, los dedos entrelazados. Apreté su mano con fuerza, deseando que sintiera el mismo dolor que yo. Era un apretón firme, un intento desesperado de compartir el peso de la experiencia.

Pero de repente, algo me golpeó profundamente, un arrebato de placer tan abrumador que no pude evitar gemir. Su nombre escapó de mis labios, una expresión primitiva de éxtasis. Gotas de sudor resbalaron por mi frente. Era una experiencia infernalmente intensa, pero al mismo tiempo, increíblemente sublime.

¿A quién quería engañar? Aquello era demasiado gay, lo más gay que podría hacer. Estaba entregándome al sexo anal y disfrutando. Debería tatuarme la palabra "maricón" en la frente.

Agarró mi pene, comenzando el movimiento de vaivén. Me corrí antes que él, pero su propia eyaculación llegó poco después.

Cuando terminó, mi cadera latía de dolor. Rápidamente, arreglé mis pantalones, cerrándolos apresuradamente, evitando mirarlo con una abrumadora sensación de vergüenza. El aire estaba cargado con la intensidad reciente de lo que había sucedido, y ahora me encontraba inmerso en una mezcla de sensaciones desconcertantes, una danza torpe entre el placer momentáneo y el peso de la realidad que se había instalado.

— Es tarde — dije finalmente, buscando una excusa para poner fin a la noche intensa — Creo que es mejor que me vaya a casa.

La realidad de la situación comenzaba a pesar.

— Mírame — pidió él.

Respiré hondo antes de encontrar el coraje para enfrentar sus ojos. Su sonrisa, satisfecha y genuina, me envolvió, disipando parte de la vergüenza que aún llevaba.

— ¿Estás bien? — preguntó él, y yo simplemente asentí, incapaz de articular una respuesta.

Su toque suave buscó mi mano, y, renuentemente, me entregué a ese gesto de consuelo.

— ¿Puedo besarte? — preguntó él.

Encogí los hombros, como si dijera que me daba igual. No me importaba.

Nos besamos una vez más, pero esta vez fue diferente. Fue un beso suave y tranquilo.

Nos separamos y entramos en el coche en silencio, como si ambos estuviéramos

procesando lo que acababa de suceder.

El trayecto de vuelta fue silencioso, y sentía que mis ojos se volvían pesados, luchando contra la fatiga que el alcohol y las intensas emociones habían causado. No quería pensar demasiado o analizar cada movimiento en ese momento.

Sin pensar mucho, recosté mi cabeza en el hombro de Paco y cerré los ojos.

Capítulo 9
Paco

Tan pronto como abrí los ojos y mi visión se aclaró, una sonrisa apareció en mis labios. ¿Cómo no despertar lleno de alegría, recordando la noche anterior y todo lo que pasó? Fue como ganar en la lotería.

Estaba en la habitación de mis padres, ya sabes, porque la cama de ellos era más grande y no tenía un olor tan extraño. Por cierto, necesitaba averiguar si había alguna rata muerta en mi habitación.

Ícaro todavía estaba dormido, aferrado a mi brazo, pareciendo un gato perezoso. Pensé en despertarlo de una manera más divertida, así que me incliné y lo desperté con un beso lleno de energía y entusiasmo. Para mi sorpresa, él respondió de inmediato, pasando la pierna alrededor de mi cintura, como si fuera un abrazo lleno de deseo.

Pensé que usaría la excusa del alcohol, diciendo que estaba borracho y que era hetero como nunca.

Bueno, gemir como hetero, él no gemía.

Y joder, no pasó mucho tiempo antes de que mi "amiguito" abajo se despertara y se pusiera más duro que el hierro, haciendo la mañana aún más interesante y llena de promesas. Finalmente, cuando nos separamos, él abrió los ojos y me miró. Por supuesto, yo tenía una sonrisa de oreja a oreja que no podía ocultar. Era como si hubiera descubierto un tesoro escondido, en serio, ¡como una máscara de alegría!

Pero Ícaro, el pobre tipo, tenía una expresión somnolienta y una arruga en la frente que era adorable de cojones. Parecía estar luchando con el acto de despertar.

— Buenos días — dije, rompiendo el silencio.

— Buenos días —respondió con voz ronca, apenas abriendo los ojos.

Intentó volver a dormirse, cerrando los ojos, pero me incliné y le planté un beso en la sien, como si estuviera susurrando "mantente despierto".

Ícaro, con voz un poco malhumorada, murmuró:

— Para con eso, joder. Déjame dormir.

Hice una mueca de incredulidad y pregunté:

— ¿Parar qué?

Bufó y respondió, aún medio adormilado:

— Con esos besos y todo ese entusiasmo. Estoy tratando de descansar aquí.

Solé una risa traviesa e ignorando su pedido, le di otro beso en la sien, esta vez más prolongado.

— ¿Pero cómo puedo parar cuando eres tan agradable de despertar?

Me acerqué aún más a él, dejando que mis labios se deslizaran por su cuello. Ícaro soltó un gran suspiro, relajándose y su respiración volviéndose más pesada.

Mi mano se deslizó debajo de su camisa, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos. Nuestros corazones latían salvajemente, y cada toque era como una señal de que estábamos en la misma onda. Era un momento íntimo de cojones, y sabía que algo emocionante estaba a punto de suceder... de nuevo.

— No imaginé que actuarías así — dije, mientras aún besaba su cuello.

— ¿Cómo así? — preguntó, llevando la mano hasta mi cabello y apretando con fuerza.

— No sé — respondí, apartándome para mirarlo. — Pensé que te volverías loco por darme culo.

— Vete a la mierda —dijo él, empujándome con enojo.

"Gracias, Paco. Arruinaste el ambiente, idiota."

Él bufó y rodó los ojos, apartándose de mis brazos.

— No soy un virgen asustado, no hace falta que te pongas así.

Me reí.

— Sé que no lo eres, después de todo, te entregaste a mí.

Él me miró con la cara tan roja como un tomate. Creo que nunca lo había visto tan rojo antes. Parecía estar enojado, así que probablemente estaba rojo por la ira, pero prefería creer que era de vergüenza.

Se pasó la mano por el cabello desordenado y encogió los hombros.

— No fue tan importante.

Para él no fue gran cosa, pero para mí sí lo fue. Y joder, estaba dispuesto a repetirlo una y otra vez. En la cama, en el sofá, en un momento más tranquilo o rápido. Con los productos adecuados, ¿entiendes? Él a cuatro patas, o encima de mí, en todas las posiciones que se puedan imaginar.

Se relajó un poco, dándose cuenta de que no había razón para estar de mal humor.

— Vamos a disfrutar del momento, ¿de acuerdo?

— Ah, para mí está bien. — Nos quedamos allí, simplemente mirándonos, yo con una sonrisa que, maldita sea, parecía forzada, tratando de romper la extraña vibra. —Todo esto es nuevo para mí —respondí, tratando de suavizar un poco la situación.

Todo lo que quería era echar un vistazo a su mente, entender qué demonios estaba pasando por ella. Sus ojos estaban entrecerrados, rebosantes de conflicto y enojo.

Finalmente, rompió el silencio.

— Mentiroso.

Fruncí el ceño, confundido.

— ¿Qué quieres decir?

Rodó los ojos y soltó la bomba.

— Sé que ya has follado con otros chicos.

Abrí la boca, maldiciendo mentalmente, y me contuve antes de preguntar:

— ¿Cómo lo sabes?

Sonrió triunfante.

— En realidad, acabo de tender una trampa y has caído.

Bufé, dándome cuenta de que había sido un idiota.

— Tienes razón — dije al final, aceptándolo, pero evitando los detalles.

Él, sin embargo, me preguntó de manera agresiva, tomándome por sorpresa.

— ¿Cuántos chicos has follado?

—Algunos — respondí, sin querer dar un número específico, porque, bueno, ¿quién estaba contando?

Parecía a punto de soltar alguna bronca por su expresión, pero en el último segundo se detuvo, respiró profundamente.

— No lo arruines todo, Paco — dijo, manteniendo esa postura un poco enojada.

No estaba seguro de qué quería decir con esa frase, pero me di cuenta de que todavía estaba un poco molesto conmigo, por alguna razón. O tal vez era solo su mal humor matutino.

— Esto es lo último que quiero hacer — dije, con un toque de provocación en mi voz.

Sus brazos se estrecharon a mi alrededor, y lo besé. Me subí encima de él y, dios, me sorprendió lo fácil que estaba siendo. Aunque él estaba un poco indeciso por alguna razón, no hizo ningún esfuerzo por apartar mis manos, en absoluto. De hecho, abrió las piernas, dándome espacio para acomodarme, ¿sabes? Parecía que se había sumado al juego sin muchas preguntas.

Mis manos recorrieron su cuerpo, explorando cada detalle, mientras las suyas me agarraban con firmeza. Estaba muy excitado. Esta situación me estaba sacando de control.

Pero no podía penetrarlo de nuevo sin lubricante; ahora estaba dolorido. Lo sabía porque también había tenido mis experiencias de ser penetrado sin lubricación.

Le di un beso en el cuello y seguí bajando, explorando cada centímetro. Podía sentir cómo la atmósfera se calentaba a medida que avanzaba, y el deseo entre nosotros solo aumentaba. Bajé el pantalón corto que le había prestado, y su pene saltó hacia fuera; sin embargo, tan pronto como lo metí en mi boca y chupé un par de veces, él eyaculó.

Cuando levanté la mirada, estaba nuevamente rojo como un tomate, ahora estoy seguro de que era de vergüenza.

— Voy a darme una ducha — declaró, haciendo una mueca, muriéndose de vergüenza por haber eyaculado tan rápido.

— Iré contigo.

Salió de la habitación sin mirarme.

— De ninguna manera.

Me reí.

— Es fácil decirme que no después de haberme tragado tu semen.

Ya me he acostumbrado a los cambios de humor de Ícaro. Como que tiene estos dos lados. Como si fueran dos tipos diferentes, ambos peleando dentro del mismo cuerpo.

Suspiré, pasándome la mano por el desorden de mi cabello, mientras miraba el desorden que había hecho en la cama de mis padres. Si ellos supieran, tío, si ellos supieran...

Me quedé en la habitación, escuchando el sonido de la ducha al final del pasillo. Y bueno, decidí que era una buena idea usar el baño de mis padres. Con todo el cuidado del mundo, dejé que el agua caliente recorriera mi cuerpo. Una sonrisa idiota se dibujó en mi rostro. En serio, ¿quién no estaría feliz en esta situación?

El agua estaba revitalizante, y cuando finalmente salí de la ducha, volví a mi habitación para elegir mi ropa con toda tranquilidad.

Bajé las escaleras y me di cuenta de que aún no había hecho las compras.

Allí estaba yo, parado frente a la nevera, pareciendo un completo idiota, tratando de decidir qué hacer para el desayuno. Maldita sea, debería haber planeado mejor las cosas. Afortunadamente, había una pizza de la noche anterior, y podía tirarla en el maldito microondas y resolver mi problema como un vago de mierda.

Finalmente, Ícaro bajó, con el cabello peinado hacia atrás, todo elegante. Llevaba MI camisa y MIS vaqueros. Yo estaba apoyado en el mostrador, sonriendo hacia él. Dios, incluso podría comenzar a cantar una serenata, pero eso sería ir demasiado lejos, seguro.

Se arrojó sobre la mesa con una expresión aburrida. ¿Cómo puede alguien cambiar de humor tan rápido? Es un misterio de la psicología que no tengo paciencia para descifrar. Al menos, no estaba en la mira de su cuchilla.

El silencio se prolongaba, y noté que él estaba mirando al vacío, como si estuviera vagando por la luna.

— Un centavo por tus pensamientos — solte, tratando de captar su atención. Finalmente apartó la mirada hacia mí, como si acabara de despertar de un coma de diez años.

— No quieres saber lo que pasa por mi cabeza, créeme —dijo con una mirada sombría.

— Vaya, qué dramático — respondí con un toque de cinismo.

No respondió, solo continuó mirándome con una expresión aburrida, como si estuviera pensando en cualquier cosa menos en hablar conmigo. Entonces, como siempre, decidí provocarlo un poco más.

— Bueno, quieres parecer enigmático, pero apuesto a que estás pensando en la eyaculación precoz — solté con una sonrisa traviesa, desafiándolo.

Me miró como si fuera a matarme. El microondas pitó, advirtiendo que la pizza ya estaba lista. Sin perder tiempo, le corté un trozo y me senté a su lado.

El silencio flotaba entre nosotros mientras devorábamos la pizza.

— ¿Has tenido sexo con algún chico de nuestra escuela?—lanzó de repente, tomándome por sorpresa.

Detuve la pizza a medio camino de mi boca.

— No — respondí sin pensar demasiado.

Pero era una mentira descarada. Hice con Kevin dos veces, justo al principio del año. Debería haber sido honesto, pero cuando todo es nuevo y no tienes idea de lo que Ícaro Ferreira da Luz está tramando, es difícil ser sincero.

— ¿Por qué? — pregunté.

Él encogió los hombros con su característica ironía.

— Oh, solo estaba curioso — respondió con una sonrisa pícara — Ya sabes, la curiosidad mató al gato...

Fruncí el ceño, desconfiado, y bromeé:

— En tu caso, creo que tú serías el que mataría al gato, ¿eh?

Él sonrió y levantó las manos en señal de inocencia.

— No maltrato animales — dijo aún sonriendo — Solo estaba haciendo una pregunta, nada más.

El silencio colgó en el aire por un momento, como si estuviera a punto de dominar la conversación. Pero Ícaro no podía permitir que eso sucediera y lanzó otra de esas curiosas preguntas.

— ¿Y tú ya tenido sexo con algún profesor? — lanzó la pregunta, y lo miré, sonriendo con la boca llena de pizza.

Era difícil no reírse de la situación.

— ¿Qué pregunta es esa? — dije con la boca llena — Claro que no. Basta con mirar mi boletín, está lleno de números decepcionantes.

Ahora estaba siendo sincero. Por supuesto que había fantaseado con uno que otro profesor, pero nunca había tenido el coraje de intentarlo.

— ¿Por qué me estás haciendo estas preguntas? — pregunté, estrechando los ojos una vez más — Y no digas que es solo curiosidad.

Él bufó.

— Claro que es curiosidad. No conocía este lado tuyo y estoy intrigado. Me dijiste que te habías tenido sexo con algunos y quería saber dónde los conociste.

Era una pregunta válida, pensé para mí mismo, mientras me rascaba el cuello antes de responder:

— Frecuento algunos bares.

Sus cejas se fruncieron, y preguntó con curiosidad:

— ¿Bares gays?

— Algo así — respondí, sabiendo que estaba volviendo aún más curioso a Ícaro.

— ¿Desde cuándo haces eso, frecuentar esos bares? — inquirió.

La pregunta me dejó un poco incómodo, ya que había comenzado a hacerlo cuando me di cuenta de que me gustaba y no podía tenerlo.

— Desde el año pasado — respondí, manteniendo mi respuesta simple y sin dar demasiados detalles.

Él soltó un suspiro de frustración.

— ¿Qué pasa? — pregunté, tratando de entender su enfado.

— Nada — dijo — Solo parece ser una cosa de gente pervertida y enferma.

Su respuesta me tomó por sorpresa, y una incomodidad comenzó a crecer dentro de mí. Esa palabra, "enferma", fue como frotar algo áspero en una herida.

Mi garganta parecía hincharse de repente, como si la conversación estuviera apretando mi cuello. Tuve que aclararla dos veces antes de responder.

— No es como te lo estás imaginando.

— ¿Ah, no? — Elevó una ceja hacia mí — ¿No es un montón de tipos follando con desconocidos?

La acusación en su voz me hizo sentir como si tuviera que justificarme.

— Muchos van solo a conversar, para no sentirse tan solos —respondí, sintiendo un malestar en el estómago — Y...

Vacilé, incapaz de encontrar una manera de explicar.

Ícaro permaneció rígido.

— Y contagiarse de VIH para morir en una cama de hospital — dijo.

Mi estómago se revolvió con la crueldad de las palabras. Amaba a Ícaro, de eso nunca tuve dudas. Sin embargo, sabía lo mucho que le gustaba usar las palabras para herir. Normalmente, simplemente lo ignoraría o haría una broma para desviar la atención, pero maldita sea, estaba hablando de mí. Estaba hablando de esto después de que revelé algo que nunca había compartido con nadie antes.

Sentí como si el aire me fuera robado de los pulmones, y cuando finalmente logré respirar nuevamente, respondí con un nivel de ira que rara vez le mostraba:

— Vete a la mierda. No sabes absolutamente nada. ¿Y quién te crees para hablar como si fueras superior?

Miró sorprendido durante unos segundos, como si no esperara esa reacción. Luego, encogió los hombros como si fuera algo insignificante.

— Tenemos que ir a la escuela — dijo, levantándose — No podemos llegar tarde.

El clima tenso de la conversación parecía haberse disipado repentinamente, y actuó como si nada hubiera pasado.

Subimos a mi jeep en un silencio cargado. Sabía que tarde o temprano terminaría cediendo, poniendo a Ícaro de nuevo en el maldito pedestal. Pero en ese momento, quería digerir mi enojo solo. Quería procesar esa mierda que había soltado antes de decidir cómo demonios lidiar con sus palabras.

Encendí la radio y comenzó a sonar "Love Hurts" de Nazareth. Miré la radio de mi auto con desdén, como si estuviera jugando una cruel broma conmigo en ese momento. En serio, de todas las canciones posibles, ¿esa tenía que ser la elegida? Era como si la radio se burlara de mi situación, eligiendo la banda sonora más irónica posible. Solo podía reír internamente, pensando que incluso el universo intentaba hacer bromas conmigo en ese momento.

— Por el amor de Dios, cambia de radio antes de que empiece a sangrar por los oídos —

pidió Ícaro, haciendo una mueca.

Sabía que odiaba las canciones románticas de los años 70.

— ¿Por qué? — pregunté, fingiendo que la música no me molestaba — Esta canción es un clásico.

— Es cursi — se quejó, arrugando la nariz.

— Cursi y un gran clásico — bromeé, mirándolo con una sonrisa irónica. Comencé a tararear la canción, exagerando la entonación — "I'm young, I know, but even so I know a thing or two I learned from you..."

— Por favor, cállate — pidió Ícaro, rodando los ojos, como si mi interpretación de la canción fuera demasiado insoportable para él. No pude resistir la tentación de provocarlo aún más. Continué entonando la canción con entusiasmo, ignorando por completo mi propio enojo, como si la música fuera un arma secreta contra la tensión entre nosotros.

— It burns you when it's hot. Love hurts. Ooh, ooh, love hurts...

Ícaro rodó los ojos nuevamente y, en lugar de pedirme que parara, decidió tomar un paquete de caramelos del guantera del coche para distraerse. Sonreí mientras seguía cantando, pero luego suspiré. Por un momento, pensé que la canción tenía razón: El amor es solo una mentira diseñada para ponerte triste.

Finalmente, llegamos a la escuela. Había un grupo de reporteros afuera, todos desesperados por más detalles sobre lo que había sucedido recientemente. Cruzamos el pasillo y escuchamos a alguien gritar con alegría que ya no habría más clases. Esos tipos estaban celebrando como si fuera la mejor noticia, y el resto solo los miraba, más o menos pensando: "¡Qué idiotas!"

— Deja de reír, Paco — dijo Ícaro, deteniéndose frente a mí. Puse una mueca.

— ¿Qué pasa?

Él suspiró.

— Acabas de perder a tu novia —susurró, mirando a todos lados—. ¿Recuerdas eso?

Maldición, era verdad. Entre todos los eventos, ni siquiera recordé que ella estaba muerta. Pensé que estaría triste, pero ahora, viéndolo todo, la olvidé fácilmente, como si hubiera sido parte de una vida pasada mía. Cerré los ojos y me esforcé por poner la cara más trágica posible, pero por la mirada que Ícaro me lanzó, debía parecer que acababa de tragarme una rana. Contuve la risa, llevándome la mano a la cara como si estuviera sofocando el llanto, pero en realidad, estaba tratando de contener las ganas de reír.

Maldición, esto era demasiado sospechoso. Ese momento parecía una escena ridícula, y estaba a punto de explotar de risa. Quité la mano de mi rostro, y ahí estaba Ícaro mirándome, una expresión de enojo pintada en su rostro. Sin embargo, algo en sus ojos delataba que él estaba en la misma sintonía que yo. Ambos estábamos tratando de contener la risa.

La situación era demasiado ridícula para ser tomada en serio. Nos miramos y, de repente, no pudimos contenernos más. Una risa escapó, inicialmente contenida, pero pronto se convirtió en algo más audible. Las personas a nuestro alrededor nos miraban con desconfianza, sin entender qué estaba pasando.

Ícaro pasó las manos por el cabello, encantador de cojones, manteniendo una expresión más seria mientras la risa aún flotaba en el aire. Nuestras miradas cómplices decían más que palabras, pero luego él rompió el silencio.

— Voy a buscar a Nina —susurró, decidido.

Fruncí el ceño, curioso.

— ¿Por qué?

— Voy a convencerla de que se escape de casa esta noche. Decirle que necesita encontrarse conmigo.

Asentí con la cabeza, entendiendo a dónde quería llegar. Después de todo, era parte del plan. Él me miró con confianza.

— Será fácil convencer a Nina. La muerte de Paloma la ha dejado conmocionada, ahora está vulnerable.

Una sonrisa se formó en mi rostro. Ícaro tenía razón, esa chica estaba pasando por momentos difíciles, lo que haría nuestra tarea más fácil. Mientras asentía con la cabeza, él miró a su alrededor, asegurándose de que no nos estuvieran observando.

— Espérame, Paco — dijo, su voz cargada de secretos — Voy a volver a casa contigo.

Mi sonrisa se amplió, casi alcanzando proporciones ridículas. Él rodó los ojos, dándose cuenta de la expresión idiota en mi rostro.

— Deja de sonreír así.

Hice un gesto de rendición con las manos, tratando de contener la risa.

— Lo siento, Ícaro, pero realmente me gusta este plan — le dije.

Él bufó, pero no pude evitar notar un destello de emoción en sus ojos.

Eché un rápido vistazo a mi alrededor, asegurándome de que no hubiera ningún idiota espiando mientras me dirigía al baño. Una vez dentro, la puerta chirrió ligeramente al cerrarse tras de mí. El lugar estaba pobremente iluminado, con azulejos cubriendo las paredes.

Me acerqué al lavabo y el grifo chirrió cuando lo encendí. El espejo, deteriorado y antiguo, reflejaba mi expresión satisfecha. Sonreí para mí mismo, observando el peculiar brillo en mis ojos. Ícaro y yo estábamos en otro nivel ahora.

Habíamos tenido sexo y él no parecía arrepentido, solo de mal humor, aunque eso era más o menos normal en él. No sabía si esto entre nosotros evolucionaría hacia algo más serio, pero, joder, quería que así fuera. Me encontraba en ese estado de incertidumbre, pero al mismo tiempo anhelando que las cosas fueran más allá.

Sonreí aún más para mí mismo, y fue entonces cuando Artur entró al baño. Sus ojos parecían cansados, afectados por la pérdida de Paloma. Yo, por otro lado, mantuve mi expresión, tratando de transmitir tristeza, aunque mi corazón estuviera más ocupado con el lío que había ocurrido entre Ícaro y yo.

Artur me miró seriamente.

— Paco, no parece que estés sufriendo por Paloma —observó.

Rodé los ojos, soltando un suspiro teatral.

— ¿Ah, en serio? Supongo que no tengo que deshacerme en lágrimas para complacerte. Cada uno lidia con el duelo a su manera, hermano —respondí, intentando sonar convincente.

Frunció el ceño, claramente molesto.

— En serio, estás actuando de manera súper sospechosa —insistió.

Encogí los hombros, recordando cuando ya había soltado algo así en el caso de Patrícia. En ese momento, no lo tomé tan en serio, pero ahora, con las cosas más complicadas, su desconfianza empezaba a molestarme.

— Relájate, Arturito. No hay motivo para volverse paranoico. Cada situación es diferente, y solo estoy tratando de manejarlo de la mejor manera posible —argumenté.

Él se cruzó de brazos, aún con una mirada dudosa.

— Siempre tienes una excusa lista, ¿verdad? — replicó.

Rodé los ojos.

— Sea lo que sea en lo que estés pensando, es solo tu paranoia. No hay nada aquí que no

se pueda explicar — dije con firmeza.

Artur soltó un suspiro, pero parecía no totalmente convencido.

— Estoy vigilándote, Paco — advirtió.

— Está bien. Siéntete libre de vigilarme, pero no encontrarás nada porque no hay nada que encontrar — aseguré, intentando sonar tranquilo.

Estaba a punto de salir, cuando soltó la pregunta que me hizo detenerme:

— ¿Todo esto es por tu amor por Ícaro? — preguntó con cautela.

Me detuve inmediatamente, la sangre hirvió, y una ola de ira me golpeó. Sin pensar, agarré la solapa de su camisa y lo empujé con fuerza contra la pared. Sus espaldas golpearon con un sonido seco, y él se quedó allí, asustado, mirándome fijamente.

— ¿Qué mierda estás insinuando? —gruñí, la ira resonando en mis palabras.

Él tragó saliva, con los ojos abiertos de par en par.

— Solo estoy diciendo que actúas de forma extraña cuando se trata de Ícaro — respondió, intentando mantener la calma.

Apreté aún más la agarre en el cuello de su camisa, recordando las palabras de Caio. ¿Acaso todos hablaban sobre mí y yo no me había dado cuenta?

— No te atrevas a hablar mierda sobre mí, ¿entendido? Estoy cansado de tus insinuaciones — espeté, con voz firme y ojos fulminantes.

Artur asintió rápidamente, pareciendo genuinamente asustado.

— Está bien, está bien. Tranquilo — respondió en un tono apaciguador.

Una sonrisa cínica se dibujó en mi rostro mientras observaba a Artur, un placer momentáneo corriendo por mis venas. La sensación de tenerlo contra la pared, un instante de control, me hizo sentir poderoso.

— Artur — susurré, manteniendo el tono bajo pero cargándolo con una amenaza velada — Será mejor que elijas tus palabras con más cuidado. No toleraré más insinuaciones. ¿Entendido?

Él asintió, aún claramente nervioso. Aproveché el momento y di un paso hacia atrás, dejándolo allí, consciente de que yo no era alguien para ser subestimado.

— Esto no va a terminar bien para ti si sigues por este camino, Artur. Puedes apostar por ello — concluí, antes de dar la vuelta y salir del baño. La puerta chirriante detrás de mí resonó como una advertencia sutil de lo que podría pasar si él seguía revolviendo la colmena.

Salí del baño un poco aturdido, una mezcla de euforia, ansiedad y felicidad apoderándose de mí. Un torbellino de sensaciones que no sabía cómo manejar. Me dirigí al jeep, esperando a Ícaro. Saqué un cigarrillo del guantera, lo encendí y exhalé el humo mientras intentaba poner mis ideas en orden.

Solo necesitaba mantener la paciencia. Después de la graduación, estaría lejos de esa ciudad, junto con Ícaro. La idea de vivir juntos pasó por mi mente, pero mierda, no quería ilusionarme. Evitar crear expectativas era la clave, pero era difícil no dejar que la mente divagara hacia un futuro incierto, lleno de posibilidades.

Ícaro entró en el jeep, una amplia sonrisa iluminando su rostro.

— ¡Nina está en el rollo! Va a suceder.

Forcé una sonrisa, tratando de ocultar la confusión que se instalaba en mí, pero Ícaro lo notó de inmediato. Frunció el ceño, sus ojos buscando respuestas.

— ¿Problemas?

Forcé una sonrisa.

— Nada, tío, solo estoy pensando demasiado. Concentrémonos en el plan, ¿vale?

Ícaro asintió, aún con expresión desconfiada.

— Si. Pero cualquier cosa, cuéntamelo, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, ocultando el torbellino de pensamientos que rondaban mi mente. A veces, era mejor mantener las cosas en secreto.

Encendí el coche y empecé a conducir. Un silencio extraño se instaló entre nosotros, algo un poco extraño, porque generalmente estábamos parloteando sin parar. Pero, mierda, el momento final se acercaba, así que tenía sentido que estuviéramos más ansiosos.

El motor rugía mientras avanzábamos, creando una banda sonora para dentro del coche. Miré a Ícaro, y ese brillo en sus ojos indicaba que él también estaba ausente, sumido en sus propios pensamientos.

Estacioné el jeep en el garaje, decidido a llevar a Ícaro a su casa solo más tarde. Pero, demonios, tan pronto como entré en la casa, algo no parecía estar bien. La lámpara de pie estaba en el suelo, hecha pedazos. Nos intercambiamos miradas confusas, y el ambiente a nuestro alrededor parecía impregnado de una extraña sensación.

Ícaro hizo un gesto para que nos quedáramos en silencio, y recorrimos la casa con la cautela de quienes entran en un territorio desconocido, alimentados por el suspense. Cada crujido del suelo era una nota en la sinfonía de tensión. Cuando llegamos a la cocina, nos dimos cuenta de que la puerta estaba entreabierta.

El silencio ahora se había vuelto sofocante, y la sensación de algo terrible al acecho hizo que nuestros pasos fueran aún más cautelosos.

Cuando fijé la mirada en el patio trasero, me encontré con Caio. Estaba allí, con el pie y la mano heridos. El muy desgraciado se había lastimado a propósito para escapar. Sin vacilar, corrí hacia él y me abalancé sobre él.

— ¡Por favor, alguien... ayuda! — comenzó a gritar, desesperado.

Sin dudarlo, le propiné un puñetazo para silenciarlo. Si los vecinos escuchaban, Ícaro y yo estaríamos en problemas.

Comencé una secuencia de golpes, uno tras otro. Su rostro se iba desfigurando, quedando totalmente destrozado, una mezcla grotesca de colores: rojo, morado. Era la expresión del terror.

Ícaro se detuvo a mi lado, y solo cuando agarró mi hombro, me di cuenta de que había golpeado a Caio hasta la muerte. El cielo estaba firme, claro, brillante, y allí estábamos nosotros, frente al cadáver.

Capítulo 10
Ícaro

Bajo la luz del día, cavamos apresuradamente una fosa improvisada en el patio trasero de la casa de Paco para ocultar el cuerpo de Caio.

Maldición, eso no estaba en nuestros planes, pero la urgencia de deshacernos de esa carga nos impulsaba a actuar rápidamente. Mi cuerpo y el de Paco estaban tensos y cubiertos de sudor mientras cavábamos, depositábamos el cuerpo y lo cubríamos nuevamente.

Era un ritual sombrío, una danza macabra bajo el sol abrasador. Intentaba mantener la fe, rezando silenciosamente para que esa fosa se convirtiera en la sepultura final de nuestros pecados. Sin embargo, una sensación inquietante rondaba mi mente, sugiriendo que el cuerpo de Caio no descansaría en paz para siempre en esa tierra recién removida.

— Solo por ahora, Ícaro — murmuró Paco, tratando de calmarme — Tan pronto como terminemos, buscaré otro lugar para el cuerpo.

Permanecí en silencio. Dos años de planificación y ahora, en la cruda realidad del momento, no tenía idea de cómo se desarrollarían las cosas.

¿A quién culparíamos? El juego de sombras que habíamos iniciado parecía haber perdido temporalmente el control, y las consecuencias eran inciertas.

Entramos furtivamente en la casa, nuestras ropas manchadas de tierra y sudor, testigos mudos de nuestras acciones clandestinas. Paco parecía cargar con el peso del arrepentimiento en sus hombros; sus ojos reflejaban la sombra de la duda y la inquietud.

En la cocina, iluminada por la pálida luz de la tarde que se filtraba entre las cortinas entreabiertas, nos detuvimos en un momento tenso.

— Ícaro, no quería que esto se descontrolara así. Yo... — titubeó Paco, buscando palabras que pudieran mitigar la gravedad.

Suspiré, sintiendo el peso de la situación.

— Paco, de nada sirve lamentarse sobre lo que ya está hecho. Ahora, debemos lidiar con las consecuencias. Encontremos una manera de salir de esto.

El ambiente en la cocina estaba cargado de tensión, como si las paredes pudieran escuchar el secreto que guardábamos. Paco, aún tenso, buscó respuestas en mi rostro sudoroso y sucio.

— Ícaro, ¿qué hacemos ahora? — su voz estaba llena de ansiedad, reflejando el caos que habíamos desencadenado.

Di un profundo suspiro, pasando la mano por mi cabeza, tratando de aclarar mi mente confusa. La agitación afuera indicaba que la policía estaba cada vez más impaciente. No podía pensar con claridad con la presión creciente.

— Primero — dije, volteándome hacia él —, vamos a tomar una ducha. Necesitamos limpiar todo esto. Luego, necesitamos pensar con claridad. No podemos dejar que el pánico nos consuma.

Subimos las escaleras en silencio, la frialdad de lo que habíamos hecho flotaba sobre nosotros como una sombra. En el baño, comenzamos a desnudarnos, la suciedad y el peso del momento evidentes en cada prenda de ropa que quitábamos.

La atmósfera estaba tensa, como si el propio ambiente estuviera cargado por la oscuridad de nuestros actos. Entré en la ducha, cerrando los ojos mientras el agua caliente corría por mi

cuerpo.

El sonido del agua se mezclaba con el eco distante de las sirenas, creando un contraste perturbador entre el refugio temporal de la ducha y la implacable realidad afuera.

Después de unos segundos, Paco entró en la ducha, rompiendo el tenso silencio que nos envolvía. Sentí reconfortantes brazos rodeándome y me volví hacia él, abrazándolo y apoyando mi cabeza en su hombro. No era alguien dado a abrazos, pero en ese momento, la exhaustión me dominaba. Dos años de planificación y ahora, en medio de la crisis, me encontraba perdido, sin rumbo.

Descansando mi cabeza en su hombro, finalmente escuché su voz, susurrando:

— No quería esto. No quería que las cosas se salieran de control. — Permanecí en silencio — No quiero ser arrestado. Y no quiero que tú también lo seas — murmuró, las palabras escapando como un suspiro pesad — Necesitamos encontrar una salida, Ícaro. Alguna manera de escapar de esto.

Mi mente trabajaba frenéticamente, tratando de vislumbrar alguna solución posible. No había espacio para el remordimiento, solo la necesidad pragmática de evitar las consecuencias inminentes. El meticuloso plan ahora parecía una telaraña enredada, y necesitaba desesperadamente encontrar un hilo de esperanza para escapar del destino que se aproximaba.

Recordé la cita planeada con Nina, quien esperaba encontrarme más tarde en el parque. Necesitaba encontrar otra víctima masculina, alguien que fuera un sospechoso plausible para las autoridades. En una ciudad prejuiciosa como la nuestra, Caio ya era el sospechoso perfecto, y sería fácil señalarlo con el dedo en un ambiente donde los prejuicios corrían profundamente.

La alternativa de culpar a un sin techo también flotaba en mis pensamientos, pero la incertidumbre pesaba. Miré a Paco, nuestro abrazo aún presente pero ahora cargado de una tensión silenciosa.

— Necesitamos encontrar un chivo expiatorio. Alguien que sea fácilmente descartable.

Las opciones eran limitadas y el tiempo era esencial. Sabía que, para protegernos, necesitábamos actuar con eficiencia fría y calculada. Mis reflexiones se sumergían en el abismo de la incertidumbre, una búsqueda desesperada de un culpable. Artur, que trabajaba durante la noche en la pizzería, parecía tener una coartada irrefutable. La "verdadera mente detrás de los asesinatos" debía ser alguien que conociera el silencio y la soledad, alguien con razones oscuras y motivos ocultos, o simplemente alguien que hubiera sucumbido a la locura.

Entonces, como si una sombra se deslizara en mi mente, surgió una posibilidad intrigante. Una figura perdida en la soledad, alguien que había enloquecido después de la dolorosa pérdida de su esposa.

Una sonrisa brotó en mi rostro, extendiéndose de oreja a oreja, pero con una sombra de ironía. Mi pobre padre, víctima de la tragedia que le arrebató a su esposa, hundiéndose en un mar interminable de alcohol. ¿Y si, en la oscuridad de su dolor, hubiera sucumbido a la locura, desencadenando una serie de asesinatos? La pregunta resonaba en mi mente: ¿por qué lo haría? ¿Realmente había un motivo tangible cuando la locura?

Dirigí mi mirada a Paco, quien aún me abrazaba firmemente. Su expresión de confusión se manifestó en un ceño fruncido al encontrarse con mi sonrisa.

— ¿Qué pasa? —preguntó él.

Sin embargo,¿Cómo podría yo culpar a mi padre? ¿Podría alegar que lo sorprendí cometiendo el terrible acto contra Nina? Pero, ¿serían suficientes mis palabras para convencer a alguien? ¿Quién creería en mí? A menos que estuviera por encima de toda sospecha Sin embargo, la única manera de alcanzar ese estado sería convertirme en la víctima, alguien que

emergió victorioso después de librar una batalla valiente contra su propio padre. Los engranajes de la trama giraban en mi mente.

— ¿Qué pasa? — murmuró él, sus ojos escudriñando los míos, capturando la sutil expresión que bailaba en mi rostro.

Sonreí.

— Mi padre. Él será responsable de los asesinatos.

Sus ojos se estrecharon en confusión, incapaces de comprender completamente la magnitud de lo que acababa de revelar.

— ¿Pero alguien va a creer que un hombre, padre de familia, hizo todo esto?

Mi sonrisa persistió.

— Si una víctima sobreviviente dice que sí, seguramente lo creerán.

Él parecía más confundido que nunca, incapaz de descifrar lo que estaba urdiendo. Ri suavemente antes de continuar.

— Yo seré la víctima, Paco. Mi padre intentará matarme.

Sus ojos, antes perplejos, ahora reflejaban una mezcla de incredulidad y preocupación. Una mueca de consternación distorsionó sus rasgos, y se alejó, como si la idea inminente fuera demasiado para absorber.

— ¿Qué estás diciendo, Ícaro?

Ri otra vez.

— Tú me apuñalarás, Paco. Yo seré el testigo contra mi padre.

Paco salió, sus pasos pesados resonando en el silencioso baño. Se envolvió en una toalla, mientras yo lo observaba con una sonrisa irónica.

— Estás loco, Ícaro —dijo, su voz resonando con una mezcla de incredulidad y preocupación, como si estuviera tratando de encontrar alguna lógica en medio de la locura que yo proponía.

Ri, una risa cargada de una extraña euforia.

— La locura es mejor que desperdiciar dos años de planificación.

Él se volteó hacia mí, buscando respuestas en mi rostro.

— No lo haré — afirmó, su decisión firme, antes de salir del baño hacia la habitación.

Sin pensarlo dos veces, lo seguí, desnudo.

— A veces, la locura es el único camino que nos lleva al destino deseado — murmuré.

Paco permaneció en silencio, dejando que las palabras flotaran en el aire. Me acerqué, guiándolo hasta el borde de la cama. Con cuidado, lo hice sentarse, y con determinación, tiré de su toalla y la arrojé al suelo. Me senté en su regazo, nuestras intimidades cercanas. Él colocó su mano en mi cintura, atrayéndome más cerca, y sonrió. Mi sonrisa persistió, aunque ahora llevaba un matiz de melancolía.

— Solo quiero que entiendas lo necesario que es esto, y tú lo sabes —murmuré, buscando en los ojos de Paco una comprensión que él se resistía a ofrecer.

— Bueno... — titubeó, claramente evitando enfrentar la inevitabilidad de lo que estaba por venir.

— ¿Cuál es nuestra otra opción? Quiero decir, ¿además de dejar todo esto atrás y renunciar a nuestro plan que hicimos juntos?

— Creo que sería mejor renunciar — respondió, sus palabras cargadas de resignación.

— Si hago eso, me arrepentiré por el resto de mi vida y te odiaré por ello — advertí, con mis ojos fijos en los suyos.

— Y si mueres, me odiaré por el resto de mi vida — confesó, suspirando con un peso

innegable.

— No me importa si te odias — declaré con una sonrisa débil — Pero voy a hacerlo, contigo o sin ti.

Él esperó, confundido, mientras yo continuaba.

— Voy a casa, mataré a mi padre y me herir solo.

En realidad, estaba jugando un juego, amenazando me herir como último recurso desesperado para hacer que Paco aceptara el plan. Él conocía mi naturaleza impredecible y un tanto insana, era consciente de que muy bien podría seguir adelante con el plan, ya sea que él estuviera de acuerdo o no. Pero, en el fondo, deseaba que fuera con él.

Él respiró hondo.

— ¿No podemos pensar en otra cosa más que poner tu vida en peligro?

— No, no podemos. No me importa hacerlo. Sé que va a doler, pero solo debes pinchar de lado y no alcanzar un órgano vital.

— Esa probablemente sea una mala idea. No sé nada sobre anatomía humana.

Mi risa rompió el silencio.

— No te preocupes, sé lo suficiente como para asegurarme de que esto no termine en tragedia total.

Él, en medio de un dilema interno, me miraba con una mezcla de preocupación y renuencia.

— No lo sé, Ícaro. Esto parece demasiado arriesgado.

— El riesgo es lo que hace la vida interesante, Paco.

Él respiró hondo, una vez más.

— Está bien. Vamos a hacerlo.

Mis labios se curvaron en una sonrisa sombría.

— Vamos a salir victoriosos.

Con una decisión tomada, sentí la tensión en el aire mientras nuestros labios se unían en un beso. Las manos de Paco se deslizaron hasta alcanzar mi cadera, apretando con firmeza. Un gemido escapó de mis labios, ahogado por el beso. Sorprendentemente, las emociones turbulentas que inundaban mi ser suprimían cualquier necesidad de alcohol. El miedo y la vergüenza eran eclipsados por la intensidad del momento.

Comencé a moverme, nuestras erecciones tocándose. Sin embargo, mi cadera aún latía debido a la noche anterior, y el recuerdo de lo que estaba por venir trajo una sombra de vacilación. El beso cesó, y Paco sonrió. Juntos, nuestras miradas descendieron, enfocándose en su miembro que se erguía, duro y rígido. La visión provocó una reacción visceral en mí, mi corazón acelerando mientras la boca salivaba involuntariamente.

Saliendo de su regazo, me arrodillé entre sus piernas, guiado por un impulso visceral. Su miembro estaba allí, palpitante, mientras yo, no siendo un profesional, seguía un instinto que parecía surgir naturalmente de dentro de mí. Pasé la lengua suavemente, explorando cada contorno con una mezcla de deseo y curiosidad. La punta de mi lengua trazó un camino provocativo antes de envolver completamente su miembro con mi boca. Un gemido escapó de los labios de Paco, resonando en la habitación mientras él agarraba mis cabellos, presionándolos hacia abajo con urgencia.

El ritmo era dictado por él, sus manos sosteniendo mis cabellos mientras yo me esforzaba por seguir el ritmo. La intensidad del momento desafiaba mis límites, haciendo difícil evitar atragantarme. La decisión de explorar nuevos territorios me llevó a forzar la elevación de mi cabeza antes de atacar sus testículos con mi boca. Un toque de audacia y curiosidad flotaba en el

aire mientras chupaba, buscando una experiencia más allá de lo convencional. No estaba seguro si lo estaba haciendo de la manera "correcta", pero el deseo de experimentar guiaba mis movimientos.

El clímax finalmente llegó, y Paco eyaculó, ensuciando mis cabellos y rostro. Una expresión de satisfacción se extendió en sus rasgos mientras se entregaba al éxtasis momentáneo. Respiré hondo, consciente de la intensidad del momento.

— Necesito una nueva ducha— dije, intentando ignorar mi vergüenza.

ΔΔΔ

Mientras nos bañábamos por separado, el agua caliente no solo intentaba limpiar la suciedad física, sino también aliviar el peso emocional que cargábamos.

Vestirse se convirtió en un ritual silencioso, cada pieza colocada como una armadura para enfrentar lo que estaba por venir.

Caminamos hacia la salida, con la respiración contenida delatando la ansiedad que se cernía en el aire. La casa de mi padre nos aguardaba.

Descendimos y nos encontramos en la sala, un silencio desconcertante colgaba en el aire. Miré a Paco y percibí su aprensión, su temor latente. No tanto por el riesgo de ser arrestado o asesinado, sino por el temor de causarme daño.

Sonreí y me acerqué, envolviéndolo en un abrazo, como si las palabras fueran innecesarias, solo la reconfortante fuerza del gesto. Él devolvió el abrazo con firmeza, y noté lo increíblemente perfumado que estaba.

— También estoy asustado — susurré, manteniéndolo seguro entre mis brazos.

— Lo sé.

—Va a doler mucho — confesé, y un nudo se apretó en mi estómago.

— Lo sé —respondió, y reí ante su sinceridad.

— ¿Prometes que te quedarás aquí y solo esperarás noticias? — pregunté, el miedo goteando en mi voz.

Esta era otra parte del plan que lo atormentaba profundamente. Debía dejarme allí, sangrando, hasta que la policía finalmente decidiera llegar y llamar a una ambulancia.

Él no respondió, así que le di un suave golpe en las costillas, expresando mi impaciencia.

— ¿Prometes? — pregunté de nuevo, los dientes apretados, ansioso por una respuesta.

— Prometo.

Permanecimos abrazados por unos momentos más, nuestros corazones latiendo descontroladamente.

Luego entré en el jeep, y Paco se instaló en el asiento del conductor, lanzándome una sonrisa. Correspondí con una sonrisa propia, abriendo la guantera para sacar un cigarrillo y encenderlo. La noche estaba fría y la brisa fría proporcionaba una sensación revitalizante mientras golpeaba mi cuerpo recién bañado. El aroma del cigarrillo llenaba el interior del vehículo, añadiendo una nota de calor y contemplación a la fría noche.

El trayecto hasta allí estuvo marcado por un silencio pesado.

Detuvo el coche frente a mi casa, y nos quedamos allí en silencio por un momento más. Forcé una sonrisa, solté el cinturón de seguridad y salí del coche. No había fuerzas para intercambiar otro beso.

Entré en la sala, la atmósfera tensa impregnando el ambiente. El silencio era palpable, roto solo por el sutil ruido de mis pasos en el suelo.

— Papá, estoy aquí. Necesitamos hablar.

Caminé hacia su oficina, una sensación de aprensión creciendo con cada paso. La puerta chirrió al abrirse, revelando un escenario que, de alguna manera, ya esperaba. Mi padre estaba allí, desmayado en su silla, con un vaso de whisky aún en la mano.

Suspiré, observándolo con una mezcla de desaliento y alivio. Su embriaguez, de cierta manera, simplificaba las cosas. No sería un obstáculo.

— Ridículo — murmuré, más para mí mismo que para él.

Salí de la oficina, cerrando la puerta suavemente detrás de mí, dejando a mi padre entregado a su torpor alcohólico. Me dirigí a la sala, buscando un refugio momentáneo ante la inminencia de lo que estaba a punto de suceder. Mi corazón latía descontroladamente, cada paso cargado con un peso que trascendía la realidad cotidiana.

Tomé el teléfono de la sala y marqué el número de Nina. El teléfono sonó varias veces antes de que ella respondiera.

— Hola — dijo Nina, su voz cargada de tristeza.

— Nina... necesito verte — dije con voz sombría.

Hubo una pausa al otro lado, como si estuviera considerando la gravedad de mi solicitud.

— No estoy segura de que sea una buena idea, sinceramente — respondió cautelosa.

Revoleé los ojos internamente.

— Estoy mal, Nina. Todo está muy difícil. No sé cómo reaccionar ante la muerte de Paloma — dije, las palabras saliendo con un tono de desesperación cuidadosamente calculado.

Otra pausa, y pude sentir la vacilación en su voz cuando finalmente respondió:

— Me gustaría poder estar ahí para apoyarte, pero mis padres están volviéndose paranoicos con todo lo que está pasando. No quieren que salga de casa. — suspiró — Y para empeorar las cosas, Caio aún no ha dado noticias.

Hice una pausa mientras intentaba articular una solución.

— Nina, necesitamos estar juntos ahora. No puedo enfrentar esto solo. Por favor, escapa de casa, ven a mi casa.

— No estoy segura, eso no parece una buena idea — dudó.

Tomé aire, forzando un llanto.

— Nina, por favor... no sé cómo lidiar con todo esto. Estoy a punto de hacer una tragedia aquí. Todo esto me recuerda demasiado a la muerte de mi madre. No puedo soportar la idea de estar solo ahora.

Al otro lado de la línea, pude sentir la tensión aumentar en su voz.

— No hagas nada precipitado. Intentaré encontrar una manera de salir sin que mis padres se den cuenta.

Colgué el teléfono, sintiendo un ligero alivio mezclado con la ansiedad que aún pesaba sobre mí.

El silencio en la sala era ensordecedor. Crucé la sala en pasos inquietos, con la mente inmersa en pensamientos tumultuosos. La necesidad de una escapatoria me llevó hasta la caja de cigarrillos en la mesa, donde tomé uno y lo encendí. El humo ondulante llenaba el espacio, creando una cortina entre yo y la realidad.

Finalmente, escuché un ruido proveniente del patio trasero, un sonido que ya esperaba. Le había pedido a Paco que entrara por la puerta trasera.

Al abrir la puerta, allí estaba él, ya cambiado con un buzo negro, probablemente habiendo estacionado el auto en algún lugar distante para evitar sospechas. Nos abrazamos, como si no nos hubiéramos visto en años.

— ¿Cómo fue con Nina? — preguntó Paco, su mirada buscando pistas en la mía.

— Ella está viniendo. — respondí, la incertidumbre aún flotando en el aire.

El silencio entre nosotros estaba cargado de tensión, como si cada segundo estuviéramos más cerca del punto de no retorno. Nos miramos a los ojos, conscientes del compromiso sombrío que habíamos asumido.

En un breve momento de complicidad, nos dimos un rápido beso, cargado de tensión y urgencia. Luego, pedí a Paco que se escondiera en el armario del pasillo.

Sus pasos silenciosos resonaron por la casa, mientras me preparaba para el próximo acto de esta macabra representación. Mi corazón latía fuerte en mi pecho, el peso de la situación se hacía sentir en cada segundo. La casa, antes un refugio, se había transformado en un escenario sombrío donde los personajes bailaban al borde del abismo.

Me dirigí hacia la puerta, ansioso por la llegada de Nina. El sonido de la cerradura siendo manipulada resonó, y luego, ella estaba allí, en la entrada, sus ojos reflejando la inseguridad del momento.

— Hola — dijo ella, su voz susurrante.

— Hola.

La sala estaba impregnada por la atmósfera densa, y podía sentir la presencia de Paco escondido en el armario, como un secreto guardado bajo llave. Ella tomó mi rostro y me besó en medio de la sala, sin darse cuenta de que era un beso de despedida. La pobre chica no tenía idea de lo que estaba a punto de suceder.

Sin embargo, el timbre sonó repentinamente en la casa, interrumpiendo el momento. La sorpresa se apoderó de mí, ya que no esperaba visitas esa noche. Un sentimiento de extrañeza se instaló en el aire, exacerbando la tensión ya existente.

Me levanté y abrí la puerta lentamente para revelar la figura parada afuera. Era mi tío Héctor, con uniforme de policía. Un ligero nerviosismo me golpeó, pero rápidamente disimulé mis sentimientos.

— Buenas noches, Tío Héctor. ¿Qué lo trae por aquí tan tarde? —

pregunté, tratando de mantener la voz estable, a pesar del torbellino de emociones que corrían dentro de mí.

Él sonrió, esforzándose por transmitir una calma reconfortante, y luego respondió:

— Con todo lo que está sucediendo, vine a ver cómo estabas. Pero no sabía que Nina estaría aquí.

Un escalofrío recorrió mi estómago. Tener a Héctor allí no estaba en nuestros planes. Estaba armado y tenía entrenamiento. Mi mente comenzó a dar vueltas, tratando de anticipar los próximos movimientos.

— Hola, agente Héctor — saludó Nina tímidamente.

Él sonrió aún más, recorriendo la sala con la mirada.

— Solo quería saber si todo está bien.

Forcé una sonrisa.

— Por supuesto que sí.

— ¿Dónde está tu padre? — preguntó él.

— Durmiendo.

Héctor sonrió y se volvió hacia Nina.

— Sería mejor que te fueras a casa, con todo lo que está pasando — dijo firmemente.

¡Maldición! ¡Maldición! Esto no debería estar sucediendo.

Sin embargo, antes de que Nina pudiera salir de la sala, la radio colgada en el cinturón de

Héctor, la radio de la policía, de repente se manifestó, anunciando una noticia alarmante.

— Unidad de policía, aquí es la central. Informe de varias personas enmascaradas aterrorizando la plaza central de la ciudad. Necesitamos refuerzos de inmediato — dijo la voz en la radio.

Héctor rodó los ojos con cierto cansancio, pero rápidamente tomó la radio del cinturón para responder.

— Recibido. Estoy en camino — apagó la radio y se volvió hacia nosotros, explicando la situación. — Desde que se filtraron las fotos del lugar del crimen por la prensa, muchas personas han estado vandalizando lugares con los símbolos que encontramos en las paredes de la casa de Patrícia.

Traté de contener la sonrisa que quería formarse en mi rostro.

— Nina, lo siento mucho, pero necesito irme. Quédate aquí y no salgas bajo ninguna circunstancia. Volveré tan pronto como resuelva este problema — dijo Héctor antes de salir apresuradamente.

Acompañé a mi tío hasta la puerta, observándolo entrar en el coche de patrulla con prisa. Se volvió hacia mí y gritó:

— Cierra la puerta, Ícaro.

Una sonrisa se formó en mi rostro mientras obedecía, viéndolo partir. Cerré la puerta con llave y regresé a la sala, donde Nina expresaba su cansancio con un suspiro pesado.

— Esto es una locura. No sé cómo voy a aguantar todo esto — dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas. — Tengo miedo de lo que pueda suceder.

Le sonreí, una risa áspera escapando de mis labios.

— No tendrás que aguantar mucho tiempo, porque pronto estarás muerta.

Ella me miró, asustada.

Avancé lentamente, y Nina dio otro paso hacia atrás, con los ojos confundidos. Sabía que estaba sonriendo de manera insana, y ella percibió que algo había cambiado en mi rostro. Ya no tenía la expresión amigable que ella conocía; había una presencia inhumana en mis rasgos.

Ella retrocedía hacia el pasillo, ajena al sonido de Paco abriendo el armario y saliendo. Sus espaldas chocaron con él, y Paco, enmascarado, la sujetó firmemente, tapándole la boca.

Con una sonrisa en el rostro, observé a Paco levantar el puñal y perforar su pecho. El sonido fue estridente, un eco siniestro que resonó en la sala.

La mirada de Nina estaba llena de puro terror mientras intentaba articular palabras que no salían de su boca. La sangre brotaba, pintando la escena con tonos de rojo intenso. La daga cortaba la carne con precisión cruel, y un escalofrío recorría mi cuerpo al presenciar la violencia que yo mismo había desencadenado.

El silencio siguió, solo interrumpido por el sonido amortiguado de sus últimos suspiros, una vida perdida en medio de la trama sombría que habíamos tejido.

Paco y yo miramos el cuerpo de Nina en el suelo, sus ojos ahora cerrados para siempre. Él se quitó la máscara, revelando un rostro tenso y sombrío, y corrió hacia mí. Nos abrazamos en una mezcla de alivio y desesperación, y nuestros labios se encontraron en un beso cargado de emociones conflictivas.

— Ahora, necesitamos ser rápidos — dije, con la frente apoyada en la suya. — Mi padre está desmayado en la oficina.

— Lo lograremos —respondió él, jadeante. — Vamos a lograrlo.

Él retiró el cuchillo y avanzó rápidamente, cortando mi abdomen. El dolor fue más intenso de lo que imaginaba, y caí de rodillas. Paco me ayudó a acostarme en el suelo, la frialdad

del piso contrastando con el calor de la sangre que escapaba de la herida.

— Va a doler, pero pasará. —susurró él, su voz transmitiendo una mezcla de determinación y pesar.

La daga descendió de nuevo, cortando mi piel con precisión cruel. Cada movimiento era una tortura, pero sabía que lo estábamos haciendo por un motivo mucho mayor que nosotros mismos. El suelo debajo de mí se iba tiñendo cada vez más de rojo, un testimonio sombrío del pacto que sellamos en esa noche de horrores.

Él besó mi frente y se levantó, dejando la habitación. Segundos después, escuché el disparo y supe que mi padre estaba muerto. Todo había terminado.

El sonido de ese disparo resonó como un siniestro presagio. La sangre brotaba de mí, tiñendo todo de rojo, como si el propio infierno se estuviera manifestando a mi alrededor. Intentaba desesperadamente mantenerme consciente, pero todo estaba borroso y confuso, como si la realidad misma se estuviera deshaciendo.

Nunca imaginé que recibir una puñalada dolería tanto, pero lo estaba haciendo no solo por mí, sino también por Paco. Era nuestro plan, nuestros objetivos, nuestro futuro lo que estaba en juego. La lealtad que compartíamos estaba siendo puesta a prueba en los momentos más oscuros.

Mientras el mundo a mi alrededor se desvanecía en la oscuridad, vi a alguien acercarse. No podía ver claramente quién era, pero algo en su figura me resultaba familiar. Y entonces, como si las sombras hubieran concedido una respuesta a mis pensamientos, reconocí el rostro.

— Tío?